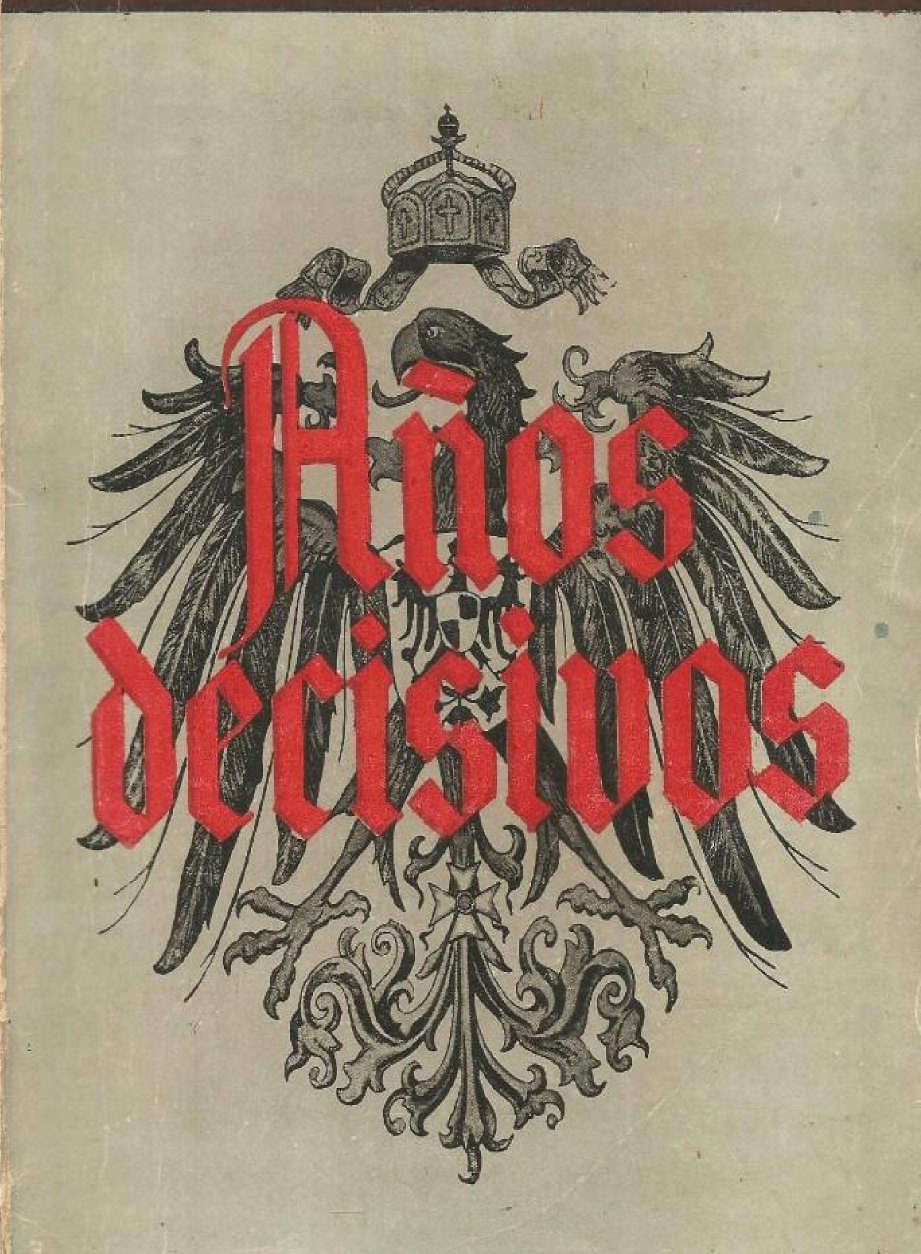
OSWALD SPENGLER



ESPASA-CALPE [redacted]


ESPASA
S A
C
CALPE S A

OSWALD SPENGLER

AÑOS DECISIVOS

PRIMERA PARTE

ALEMANIA Y LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA UNIVERSAL

VERSIÓN DEL ALEMÁN
POR
LUIS LOPEZ-BALLESTEROS

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1934



TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24. — MADRID

Sujetas a los destinos del mundo
tejen las normas.
Nada pueden cambiar ni mudar.

RICARDO WAGNER, *Sigfredo.*

INDICE

INTRODUCCIÓN

Nadie podía anhelar más que yo la subversión nacional de este año. Odié, desde su primer día, la sucia revolución de 1918, como traición infligida por la parte inferior de nuestro pueblo a la parte vigorosa e intacta que se alzó en 1914 porque quería y podía tener un futuro. Todo lo que desde entonces he escrito sobre política ha ido contra los poderes que se habían atrincherado en la cima de nuestra miseria y nuestro infortunio, con ayuda de nuestros enemigos, para hacer imposible tal futuro. Cada línea debía contribuir, y espero que así haya sido, a su caída. Tenía forzosamente que advenir algo, en una forma cualquiera, que librase de su pesadumbre a los más hondos instintos de nuestra sangre, si habíamos de participar con la palabra y con la acción en las decisiones venideras del acontecer mundial y no tan sólo ser sus víctimas. El magno juego de la política mundial *no* ha terminado. Es ahora cuando mayores puestas se arriesgan. Para cada uno de los pueblos vivos es cuestión de grandeza o aniquilamiento. Pero los acontecimientos de este año nos dan la esperanza de que tal dilema no esté ya resuelto para nosotros, de que volveremos a ser alguna vez —como en la época de Bismarck— sujeto, y no tan sólo objeto de la historia. Son décadas grandiosas las que vivimos; grandiosas, esto es, terribles e infaustas. La grandeza y la felicidad son cosas distintas, y no nos es dado elegir. Ninguno de los hombres hoy en vida, cualquiera que sea el lugar del mundo en el que aliente, será nunca feliz; pero sí habrá de ser posible a muchos recorrer, a voluntad, con grandeza o ruindad, el camino de su vida. Ahora bien: quien sólo bienestar quiere, no merece vivir en el presente.

El que obra suele no ver lejos. Es impulsado sin conocer el fin real. Opondría quizá resistencia si lo conociera, pues la lógica del destino jamás ha tenido en cuenta los deseos humanos. Pero aun es mucho más frecuente que yerre y se extravíe por haber desarrollado en sí y en redor suyo una imagen falsa de las cosas. La magna tarea del historiador es comprender los hechos de su tiempo y, partiendo de ellos, presentir, interpretar y diseñar el futuro que ha de advenir, lo queramos o no. Sin una crítica creadora, anticipadora, monitoria y *directiva* no es posible una época de tanta conciencia como la actual.

No amonestaré ni adularé. Quiero abstenerme de toda valoración de las cosas que acaban de *empezar* a nacer. Un acontecimiento sólo puede ser verdaderamente valorado cuando ya es lejano pretérito y los éxitos o fracasos *definitivos* han llegado a ser, tiempo ha, hechos consumados; o sea al cabo de decenios enteros. Hasta finales del siglo pasado no se hizo posible una madura comprensión de Napoleón. Ni siquiera nosotros podemos tener todavía una opinión definitiva sobre Bismarck. Sólo los hechos son firmes; los juicios oscilan y cambian. Y, en conclusión: un magno acontecimiento no precisa de la valoración de sus contemporáneos. La historia misma lo juzgará cuando ninguno de los que en él participaron esté ya en vida.

Pero hay algo que ya puede ser dicho: la subversión nacional de 1933 ha sido algo grandioso y seguirá siéndolo a los ojos del porvenir, por el ímpetu elemental, suprapersonal con el que se cumplió y por la disciplina anímica con la que fué cumplida. Ha sido algo total y absolutamente prusiano, como el levantamiento de 1914, el cual transformó en un instante las almas. Los soñadores alemanes se irguieron serenos, con imponente evidencia, y abrieron un camino al futuro. Pero precisamente por ello los que en aquel suceso participaron deben comprender claramente que no fué una victoria, pues no tuvieron adversarios. Ante la violencia del levantamiento desapareció al instante todo lo que todavía actuaba y todo lo ya hecho. Fué una promesa de victorias *futuras* que han de ser logradas en rudos combates, y a las que entonces sólo se abrió campo. Los directores han tomado sobre sí toda la responsabilidad y tienen que saber o habrán de aprender

lo que ello significa. Es una tarea erizada de tremendos peligros y no se plantea en el interior de Alemania, sino fuera, en el mundo de las guerras y las catástrofes, donde *sólo* la gran política tiene la palabra. Alemania está, más que ningún otro país, entretejida en el destino de todos los demás; menos que ninguno puede ser gobernado como si fuese algo de por sí. Y, además, no es la primera revolución nacional ésta que en Alemania se ha cumplido —Cromwell y Mirabeau fueron antes—, pero sí es la primera que se cumple en un país políticamente impotente y en situación muy peligrosa. Y esto eleva hasta lo inmensurable la dificultad de los problemas.

Los cuales están todos no más que planteados, apenas comprendidos y sin resolver. No es tiempo ni ocasión de embriaguez y sentimiento del triunfo. ¡Ay de quienes confundan la movilización con la victoria! Un movimiento acaba de iniciarse, no de lograr su fin, y esta sola iniciación no ha cambiado en nada las grandes cuestiones de la época, que no atañen únicamente a Alemania, sino al mundo entero, ni son cuestiones de estos años, sino de todo un siglo.

Para los entusiastas, el peligro está en ver demasiado sencilla la situación. El entusiasmo no es compatible con fines situados allende generaciones enteras. Pero sólo con tales fines comienzan las verdaderas decisiones de la historia.

Esta aprehensión del poder se ha realizado en medio de un torbellino de fortaleza y debilidad. Y me alarma verla celebrada diariamente con tanto estrépito. Sería más acertado ahorrarlo para un día de éxitos verdaderos y definitivos, esto es, de *política exterior*. No hay otros. Cuando lleguen a ser logrados, los hombres del momento, los que dieron el primer paso, llevarán quizá ya muchos años bajo tierra, olvidados acaso y denigrados, hasta que una posteridad cualquiera recuerde su significación. La historia no es sentimental, y ¡ay de quien se tome sentimentalmente a sí mismo!

Toda evolución de un tal comienzo entraña muchas posibilidades, de las que rara vez tienen plena conciencia los que en ella intervienen. Puede entumecerse en principios y teorías, naufragar en la anarquía política, social y económica o retornar sin

fruto a su principio; así, en el París de 1793 se sentía claramente *que ça changerait*. A la embriaguez de los primeros días, que tantas veces ha arruinado ya posibilidades venideras, siguen regularmente una desilusión y la inseguridad en cuanto al *«paso inmediato»*. Advienen al poder elementos que consideran como resultado el disfrute del poder, y quisieran eternizar un estado que sólo momentáneamente es tolerable. Ideas excelentes son extremadas por los fanáticos hasta su anulación en lo insensato. Lo que al principio prometía grandes cosas acaba en tragedia o en comedia. Nosotros queremos considerar serenamente y a tiempo estos peligros, para ser más prudentes que alguna generación del pasado.

Ahora bien: si han de echarse los cimientos perdurables de un gran futuro, sobre los cuales puedan edificar las generaciones venideras, ello no ha de ser posible sin la acción continuada de antiguas tradiciones. Unicamente aquello que de nuestros padres llevamos en la sangre, ideas sin palabras, es lo que promete consistencia al futuro. Aquello que años atrás designé con el nombre de «prusianismo» —ahora precisamente contrastado— es lo importante, y no una especie cualquiera de «socialismo». Necesitamos una educación enderezada a darnos una actitud *prusiana;* la que tuvimos en 1870 y 1914 y duerme como posibilidad permanente en el fondo de nuestras almas. Lo cual sólo con el ejemplo vivo y la autodisciplina moral de una clase dirigente puede alcanzarse, no con muchas palabras o a la fuerza. Para poder servir a una idea es preciso *dominarse a sí mismo*, estar pronto a sacrificios interiores *por convicción*. El que confunde esto con la presión intelectual de un programa no sabe siquiera de qué se trata. Con esto retorno al libro *Prusianismo y socialismo,* con el que en 1919 comencé a señalar esta necesidad moral, sin la cual no es posible construir nada duradero. Todos los demás pueblos han recibido de su *pasado* un carácter. Nosotros no hemos tenido un pasado educativo, y por ello mismo, antes que nada, hemos de despertar, desarrollar y educar el carácter que en estado de germen hay en nuestra sangre.

A tal fin va consagrada también esta obra, cuya primera parte es la presente. Hago lo que siempre he hecho: no doy una imagen

optativa del porvenir, y menos aún un programa para su realización, como ahora es moda entre los alemanes. Veo más lejos que otros. No veo tan sólo grandes posibilidades, sino también grandes peligros, su origen y quizá el medio de evitarlos. Y cuando nadie tiene el valor de ver y decir lo que ve, quiero yo hacerlo. Tengo un *derecho* a la crítica, porque con ella he señalado una y otra vez lo que *ha* de suceder porque *sucederá*. Ha sido iniciada una serie decisiva de hechos. Nada de lo que llega a ser un hecho es revocable. Ahora tenemos todos que seguir avanzando en tal dirección, la hayamos o no querido. Sería miope y cobarde negarse. Lo que el individuo no quiere hacer, lo hará *con* él la historia.

Pero el sí presupone una comprensión. A ella ha de servir este libro. Es una advertencia de peligros. Siempre hay peligros. Todo el que obra está en peligro. La vida misma es peligro. Pero quien ha enlazado el destino de Estados y naciones a su sino particular tiene que enfrentarse *clarividentemente* con los peligros. Y para ver claro es quizá para lo que mayor valor es preciso.

Este libro ha nacido de una conferencia —«Alemania en peligro» — que pronuncié en 1929 en Hamburgo, sin hallar demasiada comprensión. En noviembre de 1932 me puse a desarrollarlo, siempre ante la misma situación de Alemania. El día 30 de enero de 1933 estaba ya impreso hasta la página 106. *Nada* he modificado luego en él, pues no escribo para meses ni para el año próximo, sino para el futuro. Lo que es exacto no puede ser anulado por un acontecimiento. Sólo el título he cambiado, para evitar interpretaciones erróneas. La aprehensión del Poder por los nacionalistas no es un peligro; los peligros existían ya, en parte desde 1918 y en parte desde mucho más atrás, y perduran, porque no pueden ser despejados por un acontecimiento singular, el cual precisa de una evolución acertada y prolongada a través de años enteros para lograr eficacia contra ellos. Alemania *está* en peligro. Mis temores por Alemania no han disminuído. La victoria de marzo fué demasiado fácil para que pudiera abrir los ojos a los vencedores sobre la magnitud del peligro, su origen y su duración.

Nadie puede saber a qué formas, situaciones y personalidades conduce esta subversión ni qué reacciones despertará en el exterior. Toda revolución empeora la situación política exterior de un

país, y sólo para hacer frente a ésta son necesarios estadistas de la categoría de Bismarck. Estamos quizá ya inmediatos a la segunda guerra mundial, con una desconocida distribución de las potencias y con medios y fines —militares, económicos y revolucionarios— imprevisibles. No tenemos tiempo de limitarnos a cuestiones de política interior. Tenemos que estar «en forma» para todo acontecimiento imaginable. Alemania no es una isla. Si no vemos como el problema más importante precisamente para nosotros nuestra relación *con el mundo*, el destino —¡y qué destino!— pasará sin compasión sobre nosotros.

Alemania es la nación *decisiva* del mundo, no sólo por su situación en la frontera de Asia, hoy en día el continente más importante en cuanto a la política mundial, sino también porque los alemanes son todavía lo bastante jóvenes para vivir *en sí* los problemas de la historia universal, informarlos y *decidirlos*, mientras que otros pueblos se han hecho demasiado viejos y demasiado torpes para aportar algo más que una defensa. Y también frente a los grandes *problemas* entraña el ataque la máxima promesa de victoria.

Esto es lo que he descrito. ¿Logrará el efecto esperado?

Munich, julio 1933.

OSWALD SPENGLER.

EL HORIZONTE POLÍTICO

I

¿Qué hombre de las razas blancas tiene hoy una mirada para lo que en derredor suyo sucede en la esfera terrestre; para la magnitud del peligro que sobre esta masa de pueblos se cierne amenazador? No hablo de la multitud ilustrada o inculta de nuestras ciudades, de los lectores de periódicos, de la grey votante de los días de elecciones —en las cuales hace ya mucho tiempo que no existe, entre electores y elegidos, diferencia alguna de categoría—, sino de las clases *dirigentes* de la naciones blancas, en cuanto no han sido aniquiladas; de los estadistas, en cuanto hay algunos; de los directores *auténticos* de la política y de la economía, de los ejércitos y del pensamiento. ¿Ve alguno más allá de estos años, de su parte del mundo, de su país o siquiera del círculo limitado de su actividad?

Vivimos en una época henchida de fatalidad. Ha despuntado la época histórica más grandiosa, no sólo de la cultura faústica de la Europa occidental, con su tremendo dinamismo, sino, precisamente por ella, de toda la historia universal, más grandiosa y terrible que las épocas de César y de Napoleón. ¡Pero qué ciegos están los hombres sobre los cuales se desencadena este tremendo hado, arrastrándolos en su vorágine, elevándolos o aniquilándolos! ¿Quién de ellos ve y comprende lo que con ellos y en torno suyo sucede? Quizá algún anciano sabio chino o hindú que mira silencioso en derredor suyo, con un pasado milenario del pensamiento en su espíritu; pero ¡qué a ras de suelo, qué mezquina y ruinmente pensados se muestran cuantos juicios y medidas emergen en la Europa occidental y en América! ¿Quién de los habi-

tantes del Oeste medio de los Estados Unidos comprende verdaderamente algo de lo que sucede más allá de Nueva York y de San Francisco? ¿Qué sospecha siquiera un hombre de la clase media inglesa de lo que se prepara en el continente vecino, para no hablar de la provincia francesa? ¿Qué saben todos ellos de la dirección en la que se mueve su propio destino? Nacen entre ellos risibles vaciedades, tales como superación de la crisis económica, inteligencia de las naciones, seguridad nacional y autarquía, para «superar», con la *prosperity* o el desarme, catástrofes que abarcan generaciones enteras.

Pero yo hablo aquí de Alemania, más amenazada que ningún otro país por la tormenta de los hechos, y cuya *existencia* está en juego en todo el sentido sobrecogedor de la palabra. ¡Qué miopía y qué ruidosa oquedad reinan en ella, qué puntos de vista más provincianos emergen cuando se trata de los más arduos problemas! Hay que fundar dentro de nuestras fronteras el tercer reino o el Estado soviético, suprimir el ejército o la propiedad, a los dirigentes de la economía o de la agricultura, dar a los Estados particulares la mayor independencia posible o anularlos, dejar actuar de nuevo, como en 1900, a los viejos señores de la industria o la administración o, en fin, hacer una revolución, proclamar la dictadura, para la cual ya se encontrará luego un dictador —cuatro docenas de individuos se sienten hace mucho capaces de serlo—, y todo iría a maravilla.

Pero Alemania no es una isla. Ningún otro país está, en su acción o pasión, tan entretejido en los destinos del mundo. Ya su situación geográfica, su carencia de fronteras naturales, le condenan a ello. En los siglos XVIII y XIX era «Europa central»; en el XX es otra vez, como desde el siglo XIII, un país frontero al «Asia», y a nadie es más preciso que a los alemanes pensar política y económicamente más allá de las fronteras. Todo lo que en la lejanía sucede extiende sus ondas hasta el interior de Alemania.

Pero nuestro pasado se venga: los setecientos años de pequeños Estados de un lamentable provincialismo, sin un hálito de grandeza, sin ideas y sin fines. Imposible compensarlo en dos generaciones. Y la creación de Bismarck tuvo el grave defecto de

no haber *educado* a la generación inmediata para los hechos de la nueva forma de nuestra vida política (1). Se veían, pero no se comprendían, ni se lograba una adaptación interior a sus horizontes, a sus problemas y a sus nuevos deberes. No se *vivía* con ellos. Y el alemán medio seguía viendo como antes, de un modo partidista y particularista, o sea a ras de suelo, angostamente, tontamente, los destinos de su gran nación. Este pensamiento *mezquino* comenzó cuando los emperadores de la dinastía de Hohenstaufen, con sus miras sobre el Mediterráneo, y la Hansa, que había reinado desde el Escalda a Nowgorod, sucumbieron, a consecuencia de la falta de un apoyo político en el interior, a otras potencias de más firmes cimientos. Desde entonces el alemán se encerró en innúmeras patrias diminutas y en intereses de campanario, midió la historia del mundo con el criterio de tales horizontes y soñó, hambriento y miserable, con un imperio en las nubes; sueño para el que se inventó el nombre de «idealismo alemán». A este pensamiento mezquino endoalemán pertenece aún lo que de ideales y utopías políticas ha brotado en el suelo pantanoso del Estado de Weimar, todas las imágenes optativas internacionales, comunistas, pacifistas, ultramontanas, federales y «arias», del *Sacrum Imperium*, el Estado soviético o el tercer reino. Todos los partidos piensan y hablan como si Alemania estuviera sola en el mundo. Las asociaciones obreras no ven más allá de las zonas industriales. Odiaron siempre la política colonial, porque no entraba en el esquema de la lucha de clases. En su limitación doctrinaria no comprenden, o no quieren comprender, que el imperialismo económico de la época alrededor de 1900 constituía, precisamente para el obrero, una premisa de su existencia, por cuanto aseguraba la salida de los productos y la importación de materias primas, cosa que el trabajador inglés había comprendido ya mucho atrás. La democracia alemana adora el pacifismo y el desarme fuera de las fronteras del poder francés. Los federales quisieran transformar el país, pequeño ya de por sí, en un haz de Estados enanos de cuño pretérito y dar con ello a las potencias extranjeras ocasión de moverlos unos contra otros.

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 227 y siguientes.

Y los nacionalsocialistas creen poder arreglárselas sin el mundo y contra el mundo y edificar sus castillos en el aire sin una reacción, silenciosa cuando menos, pero muy sensible, del exterior.

2

A todo esto se añade el *miedo general a la realidad.* Nosotros, los «rostros pálidos», lo sentimos todos, aunque sólo muy raramente, y nunca la mayoría, tengamos conciencia de él. Es la debilidad psíquica del hombre tardío de las culturas superiores, extrañado en sus ciudades del cultivo de la tierra maternal y con ello de la vivencia *natural* del destino, el tiempo y la muerte. Se ha hecho demasiado despierto, se ha acostumbrado a la perpetua meditación sobre el ayer y el mañana y no soporta lo que ve y tiene forzosamente que ver: la marcha *implacable* de las cosas, el azar *sin sentido*, la historia *real* con su tránsito sin piedad a través de los siglos, en un lugar determinado de la cual ha nacido y se ha insertado irrevocablemente el individuo con su minúscula vida privada. Esto es lo que el individuo quisiera olvidar, rebatir y negar. Huye de la historia y busca refugio en la soledad, en sistemas imaginarios, ajenos al mundo, en una fe cualquiera o en el suicidio. Grotesco avestruz, esconde la cabeza bajo esperanzas, ideales o un *cobarde* optimismo: es así, pero no debe ser así, luego es de otro modo. El que canta de noche en el bosque lo hace por miedo. Por el mismo miedo clama hoy su pretenso optimismo la cobardía de las ciudades. No se soporta ya la realidad. Se sitúa una imagen optativa del porvenir en substitución de los hechos, aunque la historia no se haya ocupado aún nunca de los deseos de los hombres, desde la Jauja de los niños pequeños hasta la paz mundial y el paraíso obrero de los grandes.

Si es ciertamente muy poco lo que sabemos del futuro —sólo la *forma* general de los hechos venideros y su avance a través de los tiempos pueden ser deducidos por comparación con otras culturas—, no es menos seguro que las fuerzas motrices del futuro no son otras que las del pasado: la voluntad del más fuerte, los instintos *sanos*, la raza, la voluntad de posesión y de poderío, y

sobre ello se ciernen, ineficaces, los sueños, que siempre serán sueños: justicia, felicidad y paz.

A todo ello ha venido a añadirse, en nuestra cultura y desde el siglo XVI, para la mayoría, la imposibilidad cada vez mayor de lograr una visión conjunta de los acontecimientos y las situaciones de la gran política y la gran economía, y comprender, no digamos ya dominar, los poderes y las tendencias que en ellos actúan. Los estadistas auténticos son cada vez más raros. La mayor parte de lo que en la historia de estos siglos se ha hecho y no ha sobrevenido de por sí ha sido hecho por medias cucharas y aficionados que tuvieron suerte. Mas, por lo menos, pudieron confiarse en los pueblos, cuyo instinto les dejó hacer. Sólo hoy se ha hecho tan débil este instinto y tan fuerte la crítica palabrera nacida de una alegre ignorancia, que existe un peligro creciente de que un verdadero estadista, conocedor de las cosas, no sea ya siquiera instintivamente aceptado o tolerado a regañadientes, y sí impedido de hacer lo que haya que hacer, por la resistencia de todos los que pretenden entenderlo mejor. Lo primero pudo comprobarlo Federico el Grande; lo segundo fué casi el destino de Bismarck. Sólo las generaciones posteriores, y aun ni siquiera ellas, pueden estimar la grandeza y las creaciones de tales caudillos. Pero lo que importa es que el presente se limite a la ingratitud y la incomprensión y no desarrolle una acción contraria. Los alemanes sobre todo son grandes en maliciar de los actos creadores, criticarlos y frustrarlos. La experiencia histórica y la fortaleza de la tradición, tal como alientan en la vida inglesa, les escapan por completo. El pueblo de los poetas y los pensadores está en vías de convertirse en un pueblo de charlatanes y agitadores. Todo verdadero estadista es impopular, por el miedo, la cobardía y el desconocimiento de sus contemporáneos; pero incluso para comprenderlo así hay que ser más que un «idealista».

Actualmente estamos todavía en la *edad del racionalismo*, que empezó en el siglo XVIII y que en el XX se precipita hacia su fin (1). Todos nosotros somos sus criaturas, lo sepamos o no y lo

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 69 y siguientes. (*Nota del traductor:* Para que el lector pueda compulsar las frecuentes citas

queramos o no. El concepto de «racionalismo» es familiar a todos; pero, ¿quién sabe todo lo que a él pertenece? Es el orgullo del espíritu urbano desarraigado, no guiado ya por ningún instinto fuerte, que mira de alto abajo, con desprecio, al pensamiento pletórico de sangre del pasado y a la sabiduría de las viejas razas campesinas. Es la época en que todo el mundo sabe leer y escribir y quiere por ello intervenir en todo, y todo lo entiende mejor. Este espíritu está poseído por los conceptos, los nuevos dioses de esta época, y *critica* el mundo: el mundo no vale nada; podemos hacerlo mejor; pongamos, pues, manos a la obra y formulemos el programa de un mundo mejor. Nada más fácil cuando se tiene ingenio. Ya se realizará luego por sí solo. Entretanto llamamos a esto el «progreso de la Humanidad». Tiene un nombre, luego existe. Quien lo duda es un ser limitado, un reaccionario, un hereje y, sobre todo, un hombre sin virtud democrática. ¡Quitémosle de en medio! El miedo a la realidad ha sido así vencido por la *soberbia intelectual*, por la presunción nacida de la ignorancia de todas las cosas de la vida, de la pobreza de alma, de la falta de respeto y, por último, de la tontería vuelta de espaldas al mundo, pues nada hay más tonto que la inteligencia urbana carente de raíces. En los escritorios y en los clubs ingleses se la llamaba *common sense;* en los salones franceses, *esprit*, y en los estudios de los sabios alemanes, la razón pura. El romo optimismo del filisteo de la ilustración empieza a no temer ya a los hechos elementales de la historia y sí a *despreciarlos*. Todo sabihondo quiere incluirlos en su sistema, ajeno a la experiencia; hacerlos conceptualmente más perfectos de lo que realmente son y saberlos subordinados a su pensamiento, porque no los *vive* ya, sino que se limita a *conocerlos*. Esta tendencia doctrinaria a la teoría por falta de experiencia o, mejor, por falta de capacidad para experimentar, se manifiesta literariamente en un infatigable proyectar utopías y sistemas políticos, sociales y económicos, y prácticamente *en el furor de organizar*, de lo que se ha hecho un

---

que Spengler hace, en el presente libro, de su obra anterior, *La decadencia de Occidente*, las referimos todas a la versión castellana de la misma, publicada por la editorial Espasa-Calpe, Madrid, dando la paginación correspondiente.)

fin en sí abstracto, y del cual son consecuencia burocracias que sucumben a su rodar en el vacío o hacen sucumbir órdenes vivos. El racionalismo no es, en el fondo, más que crítica, y el crítico es lo contrario del creador: analiza y sintetiza, pero la concepción y el nacimiento le son ajenos. Por eso su obra es artificial e inanimada y *mata* cuando tropieza con vida real. Todos estos sistemas y organizaciones han nacido sobre el papel, metódicos y absurdos, y *sólo* en el papel viven. Ello comienza en los tiempos de Rousseau y de Kant, con ideologías filosóficas que se pierden en lo general; pasa, en el siglo XIX, a construcciones científicas con métodos físicos y darwinistas —sociología, economía política, concepto materialista de la historia—, y se pierde, en el siglo XX, en la literatura de las novelas tendenciosas y los programas de los partidos.

Pero no nos engañemos; el idealismo y el materialismo pertenecen *por igual* a este área. Ambos son racionalistas de parte a parte, Kant no menos que Voltaire, Novalis tanto como Proudhon, los ideólogos de la guerra de la independencia lo mismo que Marx y la concepción materialista de la historia en el mismo grado que la idealista. Poco importa que su «sentido» y su «finalidad» se vean en el progreso, la técnica, la «libertad» y la «felicidad de los más» o en el florecimiento del arte, la poesía y el pensamiento. En ambos casos pasa inadvertido que, en la historia, el destino depende de poderes muy otros, más robustos. La historia de los hombres es la historia de las guerras. De los pocos historiadores de categoría ninguno ha llegado a ser popular, y de los estadistas, Bismarck llegó a serlo cuando de nada podía ya servirle.

Pero lo mismo que el idealismo y el materialismo, también el *romanticismo* es una manifestación de presunción racionalista por falta de sentido de la realidad. Son afines en su último fondo y ha de ser difícil hallar en un romántico político o social la frontera entre tales orientaciones del pensamiento. En todo materialista de alguna significación se oculta un romántico (1). Despre-

(1) *Los enigmas del Universo*, de Haeckel, por ejemplo, son el libro de un puro apasionado y un lógico débil. Pues la fe, más fuerte que toda prueba, caracteriza al romántico.

cia, desde luego, el espíritu frío, romo y metódico de los demás; pero lo posee en cantidad suficiente para incurrir en la misma presunción con los mismos medios. El romanticismo no es señal de instintos fuertes, sino de un intelecto débil que se odia a sí mismo. Los románticos son todos infantiles, hombres que han permanecido demasiado tiempo, o siempre, niños, sin fuerza para la autocrítica, pero con perpetuas inhibiciones, producto de la obscura conciencia de su debilidad personal, y movidos por la idea morbosa de transformar la sociedad que les resulta demasiado *viril*, demasiado *sana* y demasiado *sobria;* no, desde luego, con cuchillos y pistolas, como en Rusia, sino con noble palabrería y teorías poéticas. ¡Ay de ellos cuando no poseen dotes artísticas suficientes para sugerirse por lo menos la posesión de la fuerza morfogenética que les falta! Pero también en este aspecto son afeminados y débiles: no pueden dar cima a una gran novela o a una severa tragedia, y mucho menos a una filosofía robusta y completa, y sí sólo a lirismos sin forma exterior, esquemas exangües e ideas fragmentarias, vueltos de espaldas al mundo y hostiles a él hasta lo absurdo. Pero así fueron también los eternos «adolescentes» de 1815, con sus levitas y sus pipas a la antigua alemana, Jahn y Arndt inclusive; el mismo Stein no pudo domeñar su gusto romántico por los viejos órdenes estatales lo bastante para hacer de su gran experiencia práctica un uso diplomático afortunado. Eran ciertamente heroicos y nobles y estaban en todo momento dispuestos a ser mártires; pero hablaban demasiado de la esencia alemana y demasiado poco de ferrocarriles y convenios aduaneros, y por eso no fueron, para el porvenir *real* de Alemania, más que un obstáculo. ¿Habéis oído alguna vez el nombre del gran Friedrich List, que se suicidó en 1846 porque nadie comprendía ni apoyaba sus previsores fines políticos: la constitución de una economía nacional alemana? Pero los nombres de Arminio y de Thusnelda los conocían todos.

Y precisamente los mismos eternos adolescentes han retornado hoy, inmaturos, sin experiencia ninguna ni voluntad de acumularla, pero escribiendo y hablando a troche y moche sobre política, entusiasmados con los uniformes y las insignias y llenos de una fe fanática en una teoría cualquiera. Hay un romanticismo

social del comunismo apasionado, un romanticismo político que da la categoría de hechos a las cifras electorales y a la borrachera de los discursos de mitin, y un romanticismo económico que, sin conocimiento alguno de las formas internas de la economía real, corre en pos de las teorías monetarias de cerebros enfermos. Sólo en masa se sienten a gusto, porque en ella pueden amortiguar, multiplicándose, el obscuro sentimiento de su debilidad. Y a esto le llaman superación del individualismo.

Y son, como *todos* los racionalistas y *todos* los románticos, sentimentales como una canción callejera. Ya el *Contrato social* y los «derechos del hombre» proceden de la época de la sensibilidad. Del otro lado, Burke, como estadista auténtico, acentuaba, con plena razón, que ellos, al otro lado del Canal, propugnaban sus derechos no como hombres, sino como ingleses. Lo cual se basaba en un pensamiento práctico y político y no racionalista por indisciplina de los sentimientos. Pues el sentimentalismo trasnochado que preside todas las corrientes teóricas de estos dos siglos, el liberalismo, el comunismo, el pacifismo, y todos los libros, discursos y revoluciones, es fruto de la indisciplina psíquica, de la debilidad personal y de la falta de disciplina por una vieja tradición severa. Es «burgués» o «plebeyo» en cuanto tales palabras tienen de insultante. Ve las cosas humanas, la historia y el destino político y económico *desde abajo,* pequeña y mezquinamente, desde el respiradero del sótano, desde la calle, el café de literatos o el mitin, no desde la altura y la lejanía. Toda clase de grandeza, todo lo que sobresale, impera o es superior le es odioso, y para él, la actividad constructiva consiste en la demolición de todas las creaciones de la cultura, el Estado y la sociedad hasta el nivel de las gentes pequeñas, sobre el cual no se alza comprensivamente su pobre sentir. Sólo esto es hoy popular y amigo del pueblo, pues «pueblo» significa, en boca de todo racionalista y de todo romántico, no la nación *plena de forma,* estructurada por el destino en el curso de los tiempos, sino aquella parte de la masa *informe* que cada uno siente igual a sí, desde el «proletariado» hasta la «humanidad».

Este reinado del espíritu urbano sin raíces toca hoy a su fin. Como última especie de la comprensión de las cosas *tal como son*

aparece el *escepticismo*, la duda fundamental del sentido y el valor de la reflexión teórica, de su capacidad de deducir algo y de producir prácticamente algo: el escepticismo bajo la forma de la gran experiencia histórica y fisonómica, de la visión insobornable de los hechos, del verdadero conocimiento de los hombres, que enseña cómo el hombre ha sido y es, y no cómo *debiera* ser; del pensamiento histórico genuino, que enseña, entre otras cosas, cuán frecuentemente ha habido ya épocas tales de crítica omnipotente y cuán en vano han transcurrido; el *respeto* a los hechos del suceder mundial, que son y permanecen interiormente enigmas que sólo podemos describir y no explicar, y que prácticamente sólo por hombres de raza fuerte, *que son por sí mismos hechos históricos*, pueden ser dominados, y no por programas y sistemas sentimentales. Este severo conocimiento histórico de los hechos, que se inicia en el siglo presente, se hace intolerable a las naturalezas blandas e indisciplinadas. Odian a quien los fija y le tachan de pesimista. Está bien; pero este *vigoroso* pesimismo, del que forma parte el desprecio que a todos los grandes hombres de acción, *conocedores* de los hombres, inspira el género humano, es algo totalmente distinto del pesimismo cobarde de las almas mezquinas y cansadas, que temen a la vida y no soportan la visión de la realidad. La vida por ellas esperada, llena de felicidad y de paz, sin peligro y ampliamente cómoda, es aburrida, senil y, además, sólo imaginable, nunca posible. Contra este hecho, contra la *realidad* de la historia, se estrella toda ideología.

3

Por lo que respecta a la situación momentánea del mundo, todos corremos el peligro de verla erróneamente. Desde la guerra civil americana (1865), la guerra francoprusiana (1870) y la época victoriana hasta 1914, ha reinado en los pueblos blancos un estado *tan inverosímil* de tranquilidad, seguridad y existencia pacífica y sin cuidados como es vano intentar hallarlo en ningún otro siglo. Quienes lo han vivido o han oído de él a otros, sucumben siempre de nuevo a la inclinación a considerarlo *normal*, a

interpretar el confuso presente como perturbación de tal estado natural y a desear que las cosas «vuelvan, por fin, a ir bien». Pero no sucederá tal. Aquello no volverá. No se han determinado bien las *causas* que trajeron consigo tal estado, imposible a la larga: el hecho de que los ejércitos permanentes y en constante aumento hacían tan incalculables las consecuencias de una guerra, que ningún estadista se atrevía a desarrollarla; el hecho de que la economía técnica llevaba una marcha febril que había de hallar rápidamente un término, porque se apoyaba en condiciones en vías de rápida desaparición, y, por último, el hecho de que, por ambas circunstancias, los arduos problemas no resueltos de la época iban siendo continuamente aplazados y transferidos a los hijos y a los hijos de los hijos, como fatal herencia de las generaciones venideras, hasta dejarse de creer en su existencia, aunque amenazaban, con tensión cada vez mayor, desde el futuro.

Muy pocos soportan una larga guerra sin que su alma se corrompa; nadie una larga paz. Esta época de paz desde 1870 a 1914 ha acostumbrado mal a todos los hombres blancos y los ha hecho insaciables, desmedidos e incapaces de soportar la desgracia; consecuencia de ello son las ideas y las exigencias utópicas que son hoy el bagaje de todo demagogo, exigencias a la época, a los Estados, a los partidos y, sobre todo, a «los demás», sin recordar siquiera los límites de lo posible ni los deberes, los merecimientos y los sacrificios.

Esta paz, demasiado prolongada sobre un suelo convulso de excitación creciente, es una terrible herencia. Ningún estadista, ningún partido, apenas un solo pensador político se encuentra hoy lo bastante seguro para decir la verdad. Mienten todos; unen su voz al coro de la multitud mal acostumbrada e ignara, que quiere pasarlo mañana tan bien como antes o aún mejor, aunque los estadistas y los dirigentes de la economía debían conocer mejor la temerosa realidad. ¡Pero qué jefes tenemos hoy en el mundo! Este optimismo cobarde y falto de honradez anuncia todos los meses el «retorno» de la coyuntura y la *prosperity* en cuanto un par de especuladores alcistas hacen subir pasajeramente las cotizaciones, el término del paro forzoso en cuanto un centenar de obre-

ros encuentra trabajo en algún lado y, sobre todo, el logro de la «inteligencia» entre las naciones a la menor decisión de la Sociedad de Naciones, enjambre de parásitos veraneantes en las orillas del lago de Ginebra. Y en todas las reuniones y en todos los periódicos resuena de nuevo la palabra crisis como la expresión de una perturbación pasajera del bienestar, con la cual se miente y se oculta que se trata de una catástrofe de proporciones incalculables, forma *normal* en la que se cumplen los grandes virajes de la Historia.

Pues vivimos en una época grandiosa, la más grande que la cultura de Occidente haya vivido y vivirá jamás, la misma que la antigüedad vivió desde Canas hasta Accio, la misma desde la cual resplandecen los nombres de Aníbal, Escipión, Graco, Mario, Sila y César (1). La guerra mundial fué tan sólo para nosotros el primer rayo y el primer trueno surgidos de la nube tempestuosa que se cierne, henchida de destino, sobre este siglo. La *forma del mundo* es hoy fundamentalmente transformada, como entonces por el naciente *Imperium Romanum*, sin que la voluntad ni los deseos «de la mayoría» sean tenidos en cuenta ni contadas las víctimas que *cada una* de tales decisiones exige. ¿Pero quién lo comprende así? ¿Quién lo soporta? ¿Quién se siente feliz de *tomar parte en ello*? La época es grandiosa, pero los hombres son tanto más pequeños. No soportan ya la tragedia ni en la escena ni en la realidad. Miserables y fatigados, quieren el *happy end* de las necias novelas de pasatiempo. Pero el destino que los ha arrojado en estos decenios los agarra por la garganta y hace con ellos lo que ha de ser hecho, quieran o no. La seguridad *cobarde* de finales del siglo anterior ha terminado. La *vida en peligro*, la *verdadera* vida de la Historia, vuelve por sus derechos. Todo ha entrado en movimiento. Ahora cuenta sólo el hombre que *arriesga* algo, que tiene el valor de ver y tomar las cosas como son. Llega —no, ha llegado ya— la época que no tiene lugar para almas delicadas ni para ideales endebles. El barbarismo primitivo, que a través de siglos enteros ha yacido oculto y encadenado bajo el rigor de las formas de una cultura superior, despierta de nuevo, ahora que la

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 229 y siguientes.

cultura está acabada y empieza la civilización; aquella sana alegría guerrera de la fuerza propia, tan despreciada por la época del pensamiento racionalista, cebada de literatura; aquel instinto vigoroso de la raza, que quiere vivir de otro modo que bajo la opresión de la masa de libros leídos y de los ideales librescos. En las nacionalidades de la Europa occidental vive aún mucho de él y también en las praderas americanas y más allá, en la inmensa planicie del Norte de Asia, donde crecen los conquistadores del mundo.

¿Es esto «pesimismo»? Quien así lo sienta, ¿*necesitará*, pues, la piadosa mentira o la nebulosidad de los ideales y utopías para quedar preservado de la visión de la realidad y *redimido* de ella? Es muy posible que la mayoría de los hombres blancos se halle en este caso en el siglo actual; pero, ¿y en los siguientes? Sus antepasados de la época de la emigración de los pueblos y de las Cruzadas eran muy distintos. Despreciaban como una cobardía tal conducta. De esta cobardía ante la vida nacieron en el mismo estadio de la cultura india el budismo y las orientaciones afines, que ahora empiezan a ponerse de moda entre nosotros. Es muy posible que, dentro de este área, se halle en vías de formación una tardía religión del Occidente, quizá bajo un disfraz cristiano y quizá no; ¿quién puede saberlo? La «renovación» religiosa que releva al racionalismo como concepción del universo contiene ante todo la posibilidad de la génesis de *nuevas* religiones. Las almas fatigadas, cobardes y seniles quieren huir de esta época y refugiarse en algo que, por la singularidad de sus doctrinas y sus usos, les mezca en el olvido, mejor de lo que manifiestamente lo pueden las Iglesias cristianas. El *credo quia absurdum* está de nuevo en auge. Pero la hondura del padecer cósmico; sentimiento tan antiguo como el cavilar sobre el cosmos mismo, la querella ante lo absurdo de la historia y la crueldad de la vida no procede de las cosas mismas, sino de un *enfermo pensar sobre ellas*. Es el juicio aniquilador sobre el valor y la fuerza del alma propia. Una visión profunda del mundo no ha de estar forzosamente anegada en lágrimas.

Hay un sentimiento nórdico del universo —desde Inglaterra hasta el Japón— lleno de alegría precisamente por la pesadumbre

del destino humano. Se le desafía para vencerlo. Y se sucumbe orgullosamente cuando se demuestra más fuerte que la propia voluntad. Tal concepción fué la de los viejos fragmentos auténticos del Mahabharata que cuentan del combate entre Kurus y Pandus; la de Homero, Píndaro y Esquilo; la de la poesía heroica germánica y la de Shakespeare; la de algunos poemas del Schu-king chino y la del ciclo de los samurais japoneses. Es la concepción *trágica* de la vida, *no* extinguida aún hoy, que experimentará en el porvenir un nuevo florecimiento y lo *ha* experimentado ya en la guerra mundial. Por eso todos los máximos poetas de todas las culturas nórdicas han sido trágicos, y la tragedia, por encima de la balada y la epopeya, la forma más profunda de este *valeroso* pesimismo. Quien no puede vivir tragedia ninguna ni *soportarla* no puede ser tampoco una figura de acción mundial. El que no vive la historia tal como realmente es, y es trágica, saturada de fatalidad y, por tanto, a los ojos de los fervientes de la utilidad, sin sentido, sin finalidad y sin moral, no está tampoco en situación de *hacer* historia. En este punto se separan el ethos superior y el inferior del ser humano. La vida del individuo no es importante para nadie más que para él mismo. Lo que importa es que quiera substraerla de la historia o sacrificarla por ella. La historia no tiene nada que ver con la lógica humana. Una tempestad, un terremoto, un río de lava, que aniquilan vidas sin seleccionarlas, son afines a los acontecimientos elementales sin plan alguno de la historia universal. Y aunque sucumban pueblos y ardan o se derrumben viejas ciudades de envejecidas culturas, la tierra seguirá girando en derredor del sol y las estrellas recorriendo su órbita.

El hombre es un *animal de presa* (1). Lo repetiré siempre. Todos los modelos de virtudes y todos los moralistas sociales que pretenden estar o llegar por encima de ello no son más que animales de presa con los dientes rotos, que odian a otros por los ataques que ellos mismos evitan sabiamente. Vedlos: son demasiado débiles para leer un libro sobre guerras; pero se agolpan en

(1) *Der Mensch und die Technik* (El hombre y la técnica), págs. 14 y siguientes.

la calle cuando ha sucedido una desgracia, para excitar sus nervios con la sangre y el griterío, y cuando ni siquiera a esto pueden arriesgarse, lo saborean en las películas y en los periódicos ilustrados. Cuando califico al hombre de animal de presa, ¿a quién ofendo con ello? ¿Al hombre o al animal? Pues los grandes animales de presa son *nobles* criaturas de especie perfecta y sin la hipocresía de la moral humana por debilidad.

Claman: ¡No más guerras!; pero quieren la *lucha de clases*. Se escandalizan cuando es ejecutado un asesino, pero gozan a escondidas al saber el asesinato de un adversario político. ¿Qué han tenido que objetar a las matanzas de los bolcheviques? No; la lucha es *el hecho primordial de la vida, es la vida misma*, y ni siquiera el más lamentable pacifista consigue desterrar por completo de su alma el placer que despierta. Por lo menos teóricamente, quisiera combatir y aniquilar a todos los adversarios del pacifismo.

Cuanto más profundamente penetremos en el cesarismo del mundo faústico, más claramente se decidirá quién está destinado éticamente a ser sujeto del suceder histórico y quién a ser objeto del mismo. El triste cortejo de los reformadores del mundo que desde Rousseau ha trotado a través de estos siglos, dejando tras de sí en el camino, como único monumento conmemorativo de su existencia, montañas de papel impreso, ha llegado a su fin, Los césares ocuparán su lugar. La gran política, como *arte de lo posible*, alejado de todo sistema y de toda teoría, como la maestría de regir los hechos en calidad de *conocedor*, de gobernar el mundo como un buen jinete a su caballo con la presión de los muslos, recobra sus eternos derechos.

Por eso no quiero hacer aquí más que mostrar en qué situación histórica se encuentran Alemania y el mundo y cómo esta situación se deriva necesariamente de la historia de siglos pasados para ir inevitablemente a ciertas formas y soluciones. Es destino. Puede negarse; pero al negarlo se niega uno a sí mismo.

LAS GUERRAS MUNDIALES Y LAS POTENCIAS MUNDIALES

4

La «crisis mundial» de estos años es concebida —y así lo demuestra ya tal misma denominación— de un modo demasiado romo, ligero y simple, según el punto de vista, los intereses y el horizonte del espectador, como crisis de la producción, del trabajo, de la valuta, de las deudas de guerra y las reparaciones, de la política exterior o interior o, sobre todo, como consecuencia de la guerra mundial, la cual, en opinión de las gentes, habría podido ser evitada con una mayor honradez y una mayor habilidad diplomáticas. Se habla, mirando de reojo a Alemania sobre todo, de la voluntad y la culpa de la guerra. Naturalmente, si Ivolsky, Poincaré y Grey hubieran podido sospechar el estado actual de sus países, habrían renunciado al propósito de llevar el cerco puesto ya a Alemania al resultado político apetecido con una guerra cuyas operaciones estratégicas iniciales comenzaron en 1911 en Trípoli y en 1912 en los Balcanes. Pero, ¿acaso tal renuncia habría detenido siquiera diez años más la violenta descarga de la tensión, no sólo política, quizá con otra distribución distinta y menos grotesca de las potencias? Los hechos son siempre más fuertes que los hombres, y el círculo de lo posible es siempre, aun para un gran estadista, mucho más reducido de lo que el profano piensa. ¿Y qué hubiera cambiado *históricamente* con ello? La forma y el ritmo de la catástrofe, pero no ésta misma. Era el término *necesario* de un siglo de evolución occidental, que desde Napoleón iba hacia él con excitación creciente.

Hemos entrado en la era de las *guerras mundiales*. La cual co-

mienza en el siglo XIX y se extenderá a través de todo el actual y, probablemente, del siguiente. Significa el tránsito desde el mundo de Estados del siglo XVIII al *Imperium mundi*. Corresponde a las dos terribles centurias entre Canas y Accio, que condujeron, desde la forma del mundo de Estados helenísticos, con inclusión de Roma y Cartago, al *Imperium Romanum*. Así como éste abarcaba la esfera de la civilización antigua y sus irradiaciones —el mundo mediterráneo—, será aquél, por un tiempo desconocido, el destino del globo terráqueo. El imperialismo es una *idea*, emerja o no en la conciencia de sus substratos y sus fautores. En nuestro caso es posible que no llegue jamás a realizarse plenamente, que sea estorbada por otras ideas que cobren vida fuera del mundo de los pueblos blancos; pero *late*, como *tendencia* a una gran forma histórica, en todo lo que hoy sucede.

Vivimos hoy «entre las épocas». El mundo de Estados del Occidente era en el siglo XVIII un producto de estilo severo, como las creaciones contemporáneas de la música y la matemática (1). Era forma distinguida no sólo por naturaleza, sino también en sus actos y opiniones. Reinaba en todas partes una antigua y poderosa tradición. Había convenciones distinguidas sobre la manera de gobernar, la oposición, las relaciones diplomáticas y bélicas de los Estados entre sí, la confesión de la derrota y las exigencias y concesiones en los tratados de paz. El honor desempeñaba aún un papel indiscutido. Todo pasaba ceremoniosa y cortésmente, como en un duelo.

Desde que Pedro el Grande fundó en Petersburgo un Estado de formas occidentales (2), la palabra «Europa» comenzó a penetrar en el lenguaje vulgar de las naciones occidentales y consiguientemente, como de costumbre, a deslizarse inadvertida en el pensamiento político práctico y en la tendencia histórica. Hasta entonces había sido un término culto de la ciencia geográfica, a la que el trazado de mapas había hecho progresar desde el descubrimiento de América. Es muy característico que, instintivamente, no se adscribiese a Europa el Imperio otomano, que por enton-

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 192 y siguientes.
(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 112 y siguientes.

ces era todavía una verdadera gran potencia y poseía toda la península de los Balcanes y parte del sur de Rusia. Y Rusia misma no contaba, en el fondo, más que como gobierno de Petersburgo. ¿Cuántos de los diplomáticos occidentales conocían Astracán, Nishnij Nowgorod o incluso Moscú y los adscribían en su sentir a «Europa»? La frontera de la *cultura* occidental estaba siempre allí donde la colonización alemana se había detenido.

En esta «Europa» era Alemania el centro; no un Estado, sino un campo de batalla para verdaderos Estados. En él se decidía, con sangre alemana en gran parte, a quién habían de pertenecer la India, Africa del Sur y Norteamérica. Al Este se extendían Rusia, Austria y Turquía; al Oeste, España y Francia, los imperios coloniales periclitantes a los que Inglaterra insular arrebató la primacía: a los españoles, definitivamente, en 1713, y a los franceses desde 1763. Inglaterra llegó a ser la potencia directora en este sistema, y no sólo como Estado, sino también como estilo. Se hizo riquísima en comparación al «continente» —Inglaterra no se ha concebido nunca como parte integrante de «Europa»—, y empleó tal riqueza en reclutar soldados, marineros y Estados enteros mercenarios, que defendían, a cambio de subsidios, los intereses de la isla.

A finales del siglo España había cesado ya, tiempo atrás, de ser una gran potencia, y Francia estaba destinada a seguir su suerte: pueblos ambos envejecidos y gastados, orgullosos, pero fatigados, vueltos hacia el pasado, sin una verdadera ambición, que no debe confundirse con la vanidad, de desempeñar también en el porvenir un *papel creador.* Si los planes de Mirabeau en 1789 hubieran tenido éxito, habría nacido una monarquía constitucional pasaderamente permanente, que se habría contentado, en esencia, con la tarea de satisfacer el gusto de rentistas de los burgueses y los campesinos. Bajo el Directorio existió la probabilidad de que el país, resignado y harto de todos los ideales, se hubiese dado por satisfecho con cualquier especie de gobierno que le garantizase la tranquilidad exterior e interior. Entonces llegó Napoleón, un italiano que había elegido París como base de sus fines de poderío, y creó en sus ejércitos *el tipo del último francés,* que durante todo un siglo ha mantenido aún a Francia en pie de gran

potencia: valeroso, elegante, jactancioso, rudo, lleno de la alegría de matar, saquear y destruir; con un ímpetu sin finalidad, sólo por el ímpetu mismo, de suerte que todas sus victorias, a pesar de un inaudito derramamiento de sangre, no han procurado a Francia la menor ventaja permanente. Sólo la fama ganaba en todo ello, ni siquiera el honor. En el fondo, era éste un ideal jacobino, que, frente al ideal girondino de los pequeños rentistas y los burgueses, no tuvo nunca consigo la mayoría, pero sí siempre el poder. Con él entran en la política, en substitución de las formas distinguidas del *ancien régime*, formas francamente plebeyas: la nación como *masa* inarticulada, la guerra como movilización de masas, la batalla como derroche de vidas humanas, los tratados brutales de paz, la diplomacia de las tretas leguleyas sin buenas maneras. Pero Inglaterra necesitó a Europa entera y toda su propia riqueza para destruir esta creación de un solo hombre, la cual pervivió, no obstante, como idea. En el Congreso de Viena venció de nuevo el siglo XVIII sobre la nueva época. A lo cual se llamó desde entonces «conservador».

Fué sólo una victoria aparente, cuyo resultado estuvo constantemente en tela de juicio durante todo el siglo. Metternich, cuya visión política —dígase lo que se quiera en cuanto a su persona— penetraba más hondamente en el futuro que la de ningún estadista posterior a Bismarck, lo vió así con implacable claridad: «Mi pensamiento más secreto es que la vieja Europa está en los comienzos de su fin. Decidido a hundirme con ella, sabré cumplir con mi deber. Por otro lado, la nueva Europa está aún en formación; entre el fin y el principio habrá un caos.» *Sólo para impedir el mayor tiempo posible este caos* nació el sistema del equilibrio de las grandes potencias, iniciado con la Santa Alianza entre Austria, Prusia y Rusia. Se concertaron tratados, se buscaron alianzas y se celebraron Congresos para evitar en lo posible toda conmoción de la «Europa» política, que no la hubiera soportado; y cuando, a pesar de todo, estallaba una guerra entre potencias, las neutrales se preparaban en el acto para, al llegar las paces, mantener el equilibrio, a pesar de los pequeños desplazamientos de fronteras; de ello es ejemplo clásico la guerra de Crimea. Sólo una nueva formación resultó: Alemania, la creación personal de Bismarck,

se convirtió en una gran potencia y precisamente en el *centro* del sistema de las antiguas. En este simple hecho reposa el germen de una tragedia ineludible. Pero mientras reinó Bismarck —y *reinó* en Europa más que en su día Metternich— nada cambió en su conjunto político. Europa estaba en su círculo y nadie se mezclaba en sus asuntos. Las potencias mundiales eran, sin excepción, potencias *europeas* Y el miedo al término de este estado —de él forma parte lo que Bismarck llamaba *le cauchemar de coalitions*— guiaba a la diplomacia de todas las naciones a las que se extendía.

Mas, a pesar de todo, ya en 1878 se hallaba la época a punto de madurez para la primera guerra mundial. Los rusos estaban ante Constantinopla; Inglaterra quería intervenir; Francia y Austria, también; la guerra se habría extendido en el acto a Asia y Africa y quizá a América, pues la amenaza enderezada contra la India desde el Turquestán, la cuestión del dominio sobre Egipto y el canal de Suez y los problemas planteados en China complicaban la situación, y detrás de todo ello latía la competencia iniciada entre Londres y Nueva York, la cual no había olvidado las simpatías inglesas por los Estados del Sur en la guerra de Secesión. Sólo la superioridad personal de Bismarck aplazó para el porvenir la decisión de las grandes cuestiones de poderío; decisión imposible por caminos pacíficos, pero al precio de que, desde aquel mismo instante, en lugar de guerras verdaderas, surgiera la competencia en los armamentos, llevada a sus últimas posibilidades: una nueva forma de guerra en la superación recíproca en cantidad de soldados, de cañones, de inventos y de las disponibilidades en dinero, que fué llevando la tensión hasta lo intolerable (1). Y precisamente por entonces, sin que la Europa de la época bismarckiana se diese cuenta alguna, el Japón, bajo Mutsuhito (1869), comenzó a transformarse en una gran potencia de estilo europeo, con ejército, táctica e industria de armamentos, y los Estados Unidos sacaron la consecuencia de la guerra civil de 1861 a 1865, en la que el elemento de los colonos y los plantadores había sucumbido al del carbón, la industria, los Bancos y las Bolsas: el dólar comenzó a desempeñar un papel en el mundo.

---

(1). *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 246 y siguientes.

Desde finales de siglo se hace clarísima la decadencia de este sistema de Estados, aunque no para los estadistas dirigentes, entre los cuales no hay ya ni uno solo de alguna importancia. Se agotan todos en las combinaciones, alianzas y conciertos habituales; confían todos, durante el tiempo de su función, en la tranquilidad exterior, representada por los ejércitos permanentes, y piensan todos en el porvenir como en una prolongación del presente. Y por todas las ciudades de Europa y Norteamérica resuena el clamor triunfal ante el «progreso de la Humanidad», demostrado diariamente en la longitud de los ferrocarriles y de los artículos de fondo, en la altura de las chimeneas de las fábricas y de las cifras electorales radicales y en el espesor de las planchas de acero de los acorazados y de los paquetes de acciones en las cajas de caudales; clamor triunfal que ahogó el estampido de los cañones americanos contra los buques españoles en Manila y en la Habana e incluso el de los nuevos cañones antiaéreos, con los cuales los hombrecitos amarillos, mimados y admirados por la necia Europa, la demostraron sobre cuán débiles fundamentos se asentaba su superioridad técnica, y recordaron impresionantemente el Asia a Rusia, que mantenía clavados sus ojos en su frontera occidental.

De todos modos, Rusia tenía precisamente por entonces hartos motivos de ocuparse de «Europa»: era seguro que Austria Hungría no sobreviviría, o apenas, al emperador Francisco José, y surgía la interrogación de en qué forma habría de cumplirse la nueva ordenación de aquellos vastos dominios y de si tal ordenación sería posible sin una guerra. Había, a más de distintos planes y tendencias, incompatibles entre sí, dentro del Imperio danubiano, los pensamientos de los vecinos esperanzados, y más allá las esperanzas de potencias más lejanas, que deseaban la explosión de un conflicto en aquellos lugares para aproximarse ellas, en otros, a sus fines propios. El sistema de Estados de Europa llegaba, como unidad, a su fin, y la guerra mundial, aplazada en 1878, amenazaba estallar por *los mismos problemas, en el mismo lugar.* Así sucedió en 1912.

Entretanto, el dicho sistema comenzó a tomar una forma que aun perdura y que recuerda el *Orbis terrarum* de los siglos hele-

nísticos y romanos: en el centro se hallaban por entonces los antiguos Estados-ciudades de los griegos, incluso Roma y Cartago, y en derredor el círculo de *territorios «fronterizos»*, que suministraba los ejércitos y el dinero para sus decisiones (1). De la herencia de Alejandro Magno procedían Macedonia, Siria y Egipto; de la de Cartago, África y España; Roma había conquistado la Italia septentrional y meridional y César añadió las Galias. La lucha en derredor de quién habría de organizar y regir el Imperio venidero fué sostenida desde Aníbal y Escipión hasta Antonio y Octavio con los medios de los grandes *territorios fronterizos*. Y lo mismo se desarrollaron las circunstancias en los últimos decenios anteriores a 1914. Una gran potencia de estilo europeo era un Estado que mantenía en armas, en suelo europeo, a unos cuantos centenares de miles de hombres; poseía dinero y material suficientes para decuplicarlos, llegado el caso, en un período de tiempo determinado y regía en otras partes del mundo amplios *territorios fronterizos* que, con sus puntos de apoyo para las flotas, sus tropas coloniales y una población de productores de primeras materias y consumidores de productos, constituían el fundamento de la riqueza, y con ello la fuerza de choque militar de la metrópoli. Era la forma en cierto modo actual del *Empire* inglés, del Africa occidental francesa y del Asia rusa, mientras que en Alemania la estupidez de los ministros y los partidos había dejado pasar durante decenios enteros la ocasión de fundar en el Africa central un gran imperio colonial que, en caso de guerra, aun sin enlace con la metrópoli, habría sido un poder y, en todo caso, habría impedido el extrañamiento total del mar. Del presuroso afán de dividir en esferas de intereses el mundo aun disponible resultaron los graves roces entre Inglaterra y Rusia en Persia y en el golfo de Tschili, entre Inglaterra y Francia en Fashoda, entre Francia y Alemania en Marruecos y entre todas estas potencias en China.

Había por doquiera motivos para una gran guerra, constantemente a punto de estallar, con diferente distribución de los adversarios —en el caso de Fashoda y en el conflicto rusojaponés, entre Rusia y Francia de un lado e Inglaterra y Japón de otro—,

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 216 y siguientes.

hasta que, en 1914, se desarrolló en una forma totalmente insensata. Fué un asedio de Alemania, como «Imperio del Medio», por el mundo entero, la última tentativa de decidir a la antigua usanza, en suelo alemán, las grandes cuestiones lejanas, insensata en cuanto al fin y al lugar; habría logrado en el acto una forma totalmente distinta, otros fines y un distinto desenlace si se hubiera conseguido mover tempranamente a Rusia a una paz separada con Alemania, la cual habría traído consigo *necesariamente* el paso de Rusia al lado de las potencias centrales. En *esta* forma la guerra fué necesariamente un fracaso, pues los grandes problemas están hoy tan sin resolver como entonces y no podían ser resueltos por la asociación de enemigos naturales como Inglaterra y Rusia, Japón y Norteamérica.

Esta guerra marca el final de todas las tradiciones de la gran diplomacia, cuyo último representante había sido Bismarck. Ninguno de los lamentables estadistas comprendía ya los deberes de su cargo ni la situación histórica de su país. Más de uno ha confesado después que fué arrastrado, perplejo y sin resistencia, por el curso de los acontecimientos. El hecho «Europa» sucumbió así tonta e indignamente.

¿Quién ha sido el vencedor y quién el vencido? En 1918 se creía saberlo, y por lo menos Francia mantiene convulsivamente su opinión porque no le es lícito abandonar espiritualmente la última idea de su existencia política como gran potencia: la *revanche*. ¿Pero Inglaterra? ¿O incluso Rusia? ¿Se habrá representado acaso en todo ello, con magnitud histórica, el argumento de la narración de Kleist, «El duelo»? ¿Ha sido «Europa» el vencido? ¿O las potencias de la tradición? En realidad, ha nacido *una nueva forma del mundo*, como premisa de futuras decisiones que irrumpirán con ímpetu tremendo. Rusia ha sido anímicamente reconquistada por Asia, y es discutible que el *Empire* inglés tenga todavía su centro de gravedad en Europa. El resto de «Europa» se encuentra entre Asia y América — entre Rusia y Japón al Este y Norteamérica y los *dominions* ingleses al Oeste—, y, en el fondo, hoy en día está constituído tan sólo por Alemania, que vuelve a adquirir su antigua categoría de potencia fronteriza contra «Asia»; Italia, que será una potencia mientras

Mussolini viva, y logrará quizá en el Mediterráneo la base mayor de una verdadera potencia mundial, y Francia, que se considera nuevamente como dueña de Europa, y de cuyas instituciones políticas forman parte la Sociedad de Naciones ginebrina y el grupo de los Estados del sureste. Pero todos éstos son quizá, o probablemente, fenómenos pasajeros. La transformación de las formas políticas del mundo marcha rápidamente adelante, y nadie puede presumir cuál será dentro de unos cuantos decenios el aspecto de los mapas de Asia, Africa e incluso América.

5

Lo que Metternich entendía por caos y quería mantener alejado de Europa el mayor tiempo posible con su actividad renunciadora e infecunda, orientada tan sólo a la conservación de lo existente, era menos el derrumbamiento de tal sistema de Estados, con su equilibrio de las potencias, que el derrumbamiento paralelo *de la soberanía misma del Estado* en las distintas naciones, soberanía que desde entonces, incluso como concepto, se ha perdido para nosotros. Lo que hoy reconocemos como «orden» y fijamos en constituciones «liberales» no es más que una *anarquía hecha costumbre*. La llamamos democracia, parlamentarismo o *self-government* de los pueblos; pero es de hecho la mera inexistencia de una autoridad consciente de su responsabilidad, de un *Gobierno* y con ello de un verdadero *Estado*.

La historia humana en la edad de las culturas superiores es la historia de los poderes políticos. La forma de esta historia es la guerra. También la paz forma parte de ella. Es la continuación de la guerra con otros medios: la tentativa, por parte de los vencidos, de libertarse de las consecuencias de la guerra en forma de tratados y la tentativa de mantenerlos por parte del vencedor. Un Estado es el «estar en forma» (1), de una unidad nacional por él constituída y representada, para guerras reales y posibles.

(1) En el moderno sentido deportivo. Confróntese *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 147 y siguientes.

Cuando esta forma es muy vigorosa, posee ya, como tal, el valor de una guerra victoriosa ganada sin armas, sólo por el peso del poder disponible. Cuando es débil, equivale a una derrota constante en las relaciones con otras potencias. Los Estados son unidades puramente *políticas,* unidades del poder que actúa hacia afuera. *No* están ligados a unidades de raza, idioma o religión, sino *por encima* de ellas. Cuando coinciden o pugnan con tales unidades, su fuerza se hace menor a consecuencia de la contradicción interna, nunca mayor. La política interior existe tan sólo para asegurar la fuerza y la unidad de la exterior. Allí donde persigue fines distintos, particulares, comienza la decadencia, el «perder forma» del Estado.

Del «estar en forma» de una potencia como Estado entre Estados es parte, sobre todo, el vigor y la unidad de la dirección, del gobierno, de la autoridad, sin lo cual el Estado no existe. Estado y Gobierno son la misma forma, como existencia o como actividad. Las potencias del siglo XVIII estaban en forma, rigurosamente determinada por la tradición dinástica, cortesana y social y ampliamente idéntica con ella. El ceremonial, el tacto de la buena sociedad, las maneras distinguidas de actuar y tratar son tan sólo una expresión visible de ello. También Inglaterra estaba en forma: su situación insular substituía rasgos esenciales del Estado, y en el Parlamento gobernante existía una forma plenamente aristocrática y muy eficaz, fijada por viejos usos, de tratar los asuntos. Francia llegó a la revolución no porque el pueblo se alzara contra el absolutismo, que allí no existía ya, ni tampoco por la miseria y las deudas de la nación, mucho mayores en otras, sino porque *la autoridad estaba en vías de disolución. Todas las revoluciones emanan de la consunción de la soberanía del Estado.* Un alzamiento de la calle no puede tener tal efecto. Es sólo consecuencia de aquella consunción. Una república moderna no es más que la ruina de una monarquía que se ha desahuciado *a sí misma.*

Con el siglo XIX, las potencias pasan de la forma del Estado dinástico a la del Estado nacional. Pero ¿qué significa esto? Naciones, esto es, pueblos de cultura, había ya desde mucho tiempo atrás. En general, coincidían también con el área de pode-

río de las grandes dinastías. Estas naciones eran *ideas* en el sentido en que Goethe habla de la idea de su existencia: la forma interior de una vida importante que, inconsciente e inadvertidamente, se realiza en cada hecho y en cada palabra. Pero «*la nation*» en el sentido de 1789 era un *ideal racionalista y romántico*, una imagen optativa de tendencia manifiestamente *política*, por no decir *social*. Esto no puede ya nadie distinguirlo en esta época obtusa. Un ideal es un resultado de la *reflexión*, un *concepto* o una *tesis*, que ha de ser formulado para «tener» el ideal. A consecuencia de ello, se convierte al poco tiempo en una frase hecha que se emplea sin darle ya contenido mental alguno. En cambio, las ideas son *sin palabras*. Rara vez, o nunca, emergen en la conciencia de sus substratos y apenas pueden ser aprehendidas por otros en palabras. Tienen que ser *sentidas* en la imagen del suceder y *descritas* en sus realizaciones. No se dejan definir. No tienen nada que ver con deseos ni con fines. Son el obscuro impulso que adquiere forma en una vida y tiende, a manera de destino, allende la vida individual, hacia una dirección: la *idea* del romanismo, la *idea* de las Cruzadas, la *idea* fáustica de la aspiración al infinito.

Las verdaderas naciones *son* ideas, todavía hoy. Pero lo que el nacionalismo quiere decir desde 1789 se caracteriza ya por cuanto confunde la lengua madre con el lenguaje escrito de las grandes ciudades en el que cada uno aprende a leer y escribir, esto es, con el lenguaje de los periódicos y revistas que ilustran a todo ciudadano sobre el «derecho» de la nación y sobre su necesaria liberación de algo. Las verdaderas naciones son, como todo cuerpo viviente, de rica articulación interna; son ya, por su mera existencia, una especie de orden. Pero el racionalismo político entiende por «nación» la libertad *de* y la lucha *contra* todo orden. Nación equivale, para él, a *masa* amorfa y sin estructura, sin dueño ni finalidad. A esto lo llama *soberanía del pueblo*. Olvida, detalle característico, el pensamiento y el sentimiento de la clase campesina; desprecia los usos y costumbres de la auténtica vida popular, de los cuales forma parte, y muy especialmente, el respeto a la autoridad. No conoce respeto alguno. Sólo principios que proceden de teorías. Ante todo, el principio plebeyo de la gualdad, esto es, la substitución de la odiada calidad por la can-

tidad y de la capacidad envidiada por el número. El nacionalismo moderno *substituye* el pueblo por la masa. Es revolucionario y urbano de parte a parte.

Lo más funesto es el ideal del gobierno del pueblo «por sí mismo». Un pueblo no puede gobernarse a sí mismo, como tampoco mandarse a sí mismo un ejército. Tiene que ser gobernado, y así lo quiere también mientras posee instintos sanos. Pero lo que con ello se quiere decir es cosa muy distinta: el concepto de la *representación* popular desempeña inmediatamente el papel principal en cada uno de tales movimientos. Llegan gentes que se nombran a sí mismas «representantes» del pueblo y se recomiendan como tales. Pero no quieren «servir al pueblo»; lo que quieren es *servirse del pueblo* para fines propios, más o menos sucios, entre los cuales la satisfacción de la vanidad es el más inocente. Combaten a los poderes de la tradición para ocupar su lugar. Combaten el orden del Estado porque impide su peculiar actividad. Combaten toda clase de autoridad porque no quieren ser responsables ante nadie y eluden por sí mismos toda responsabilidad. Ninguna constitución contiene una instancia ante la cual tengan que justificarse los partidos. Combaten, sobre todo, la *forma de cultura* del Estado, lentamente crecida y madurada, porque no la *entrañan en sí*, como la buena sociedad, la *society* del siglo XVIII, y la sienten, por lo tanto, como una coerción, lo cual *no* es para el hombre de cultura. De este modo nace la «democracia» del siglo, que no es forma, sino ausencia de forma en todo sentido, como principio, y nacen el parlamentarismo como anarquía constitucional y la república como negación de toda clase de autoridad.

De este modo, los Estados europeos perdieron más la forma cuanto más «progresivamente» fueron gobernados. Este fué el caos que movió a Metternich a combatir a la democracia sin distinción de orientaciones —tanto a la romántica de las guerras de independencia como a la racionalista de los asaltantes de la Bastilla, reunidas luego en 1848— y a ser igualmente conservador frente a todas las reformas. En todos los países se formaron desde entonces partidos, esto es, al lado de idealistas individuales, grupos de políticos negociantes de dudoso origen y más que dudosa moral: periodistas, abogados, bolsistas, literatos y fun-

cionarios de los partidos. Gobernaban representando a sus intereses. Los monarcas y los ministros habían sido siempre responsables ante alguien, por lo menos ante la opinión pública. Sólo estos grupos no tenían que dar cuenta a nadie. La Prensa, nacida como órgano de la opinión pública, servía ya desde tiempo atrás a quien la pagaba; las elecciones, un día expresión de aquella opinión, llevaban a la victoria al partido detrás del cual había más dinero. Si a pesar de todo había aún una especie de orden estatal, de gobierno concienzudo y de autoridad, *era por los restos de la forma del siglo XVIII*, que se conservaban en figura de monarquía, por muy constitucional que fuera, del cuerpo de oficiales, de la tradición diplomática, y, en Inglaterra, de los antiquísimos usos del Parlamento, sobre todo de la Cámara Alta, y de sus dos partidos. A ellos se deben todos los rendimientos estatales logrados a pesar de los parlamentos. Si Bismarck no hubiera podido apoyarse en su rey habría sucumbido en el acto a la democracia. El dilettantismo político, cuya palestra eran los parlamentos, veía, pues, también con desconfianza y odio a estos poderes de la tradición. Los combatía a fondo sin cuenta de las consecuencias exteriores. De este modo, la política interior llegó a ser un dominio que, rebasando ampliamente su verdadera significación, atrajo a sí forzadamente la actividad de todos los estadistas experimentados y derrochó su tiempo y sus energías, y por el cual se olvidó y se quiso olvidar el *sentido* original del régimen del Estado, la dirección de la *política exterior*. Tal es el interregno anarquista que hoy es llamado democracia y que desde la destrucción de la soberanía monárquica del Estado, y a través del racionalismo político plebeyo, conduce al cesarismo del porvenir, el cual comienza hoy a anunciarse quedamente con tendencias dictatoriales y está destinado a reinar sin límites sobre las ruinas de las tradiciones históricas.

6

Entre las señales más graves de la decadencia de la soberanía del Estado se cuenta el hecho de que en el curso del siglo XIX llegara a predominar la impresión de que la economía es más

importante que la política. De las personas que hoy intervienen en algún modo en las decisiones, no hay apenas una que rechace resueltamente tal aserto. No sólo se considera el poder político como un elemento de la vida pública, cuya misión primera, si no la única, es *servir* a la economía, sino que se espera que se *someta* por completo a los deseos y opiniones de la economía, y, por último, que sea *regido* por los directores de la economía. Así ha sucedido realmente en amplia escala, y con qué resultado nos lo enseña la historia de estos tiempos.

En realidad, la política y la economía son inseparables en la vida de los pueblos. Son, como no puedo por menos de repetir constantemente, dos lados de *la misma* vida; pero pasa con ellos lo que con el mando de un buque y la consignación de su flete. A bordo, la primera persona es el capitán, no el comerciante al que pertenece la carga. Si hoy predomina la impresión de que la dirección de la economía es el elemento más poderoso, es porque la dirección política ha sucumbido a la anarquía partidista y no merece ya el nombre de verdadera dirección, y porque, consiguientemente, *parece* sobresalir la económica. Pero cuando, después de un terremoto, queda en pie, entre las ruinas, una casa, ello no quiere decir que fuera lo más importante. En la Historia, mientras discurre «en forma» y no tumultuaria y revolucionariamente, el caudillo económico no ha sido jamás árbitro de las decisiones. Se adaptaba a las deliberaciones políticas y las servía con los medios que estaban en sus manos. Sin una política fuerte no ha habido nunca, ni en ningún lado, una economía fuerte, aunque la teoría materialista enseñe lo contrario. Adam Smith, su fundador, trató la vida económica como la verdadera vida humana y el hacer dinero como el sentido de la historia, y solía calificar de animales dañinos a los estadistas. Pero precisamente en Inglaterra no fueron comerciantes y fabricantes, sino políticos auténticos, como los dos Pitt, los que, con una magnífica política exterior y muchas veces contra la apasionada oposición de los economistas miopes, hicieron de la economía inglesa la primera del mundo. Fueron *puros* estadistas los que llevaron la lucha contra Napoleón hasta el borde de la ruina económica, porque veían más allá del balance del año siguiente, al revés que hoy

en día. En cambio, ahora, por la insignificancia de los estadistas dirigentes, personalmente interesados casi todos en negocios particulares, la economía interviene decisivamente en las resoluciones, pero ya la economía *en su plena totalidad:* no sólo los Bancos y los consorcios, con o sin disfraz partidista, sino también aquellos consorcios enderezados al aumento de los salarios y a la disminución del trabajo, que se llaman partidos obreros. Lo último es consecuencia necesaria de lo primero. Tal es la tragedia de toda economía que quiere asegurarse políticamente *a sí misma.* También esto comenzó en 1789, con los girondinos, que quisieron hacer de los negocios de la burguesía pudiente el sentido de la existencia de los poderes del Estado, cosa que luego, bajo Luis Felipe, el rey burgués, pasó a ser, ampliamente, un hecho. La sospechosa consigna «*Enrichissez-vous*» se convirtió en moral política. Fué demasiado bien comprendida y seguida, y no sólo por el comercio y la industria y por los políticos mismos, sino también por la clase de los asalariados que por entonces —1848— se aprovechó también de las ventajas del derrumbamiento de la soberanía del Estado. Con ello, la cautelosa revolución de todo el siglo, a la que se da el nombre de democracia, y que emerge periódicamente frente al Estado en revueltas de la masa, con candidaturas o barricadas, y de los «representantes del pueblo», con crisis parlamentarias y negativas de créditos presupuestarios, adquiere una tendencia económica. También en Inglaterra, donde la teoría librecambista del manchesterianismo fué aplicada por las *Trade Unions* al comercio con la mercancía «trabajo», cosa que Marx y Engels desarrollaron luego teóricamente en el *Manifiesto comunista.* Con esto se completa ya la destitución de la política por la economía, del Estado por el escritorio, de los diplomáticos por los jefes de las organizaciones obreras: en esto y no en las consecuencias de la guerra mundial yacen los gérmenes de la catástrofe económica del presente. *Esta no es, en toda su gravedad, más que una consecuencia del derrumbamiento del poder estatal.*

La experiencia histórica hubiera debido precaver al siglo. Sin la garantía de una dirección del Estado orientada hacia una política de poderío ninguna empresa económica ha logrado realmente

su fin. Es equivocado aducir en contrario las expediciones de saqueo de los wikingos, con las que se inicia el dominio marítimo de los pueblos occidentales. Su fin era, evidentemente, el botín —si de territorios y personas, o de tesoros, ello es ya cuestión secundaria—. Pero el buque era *un Estado de por sí*, y el plan de la travesía, el mando supremo y la táctica, eran política auténtica. Allí donde el barco se convirtió en una flota se fundaron en seguida Estados y precisamente con gobiernos de manifiesta soberanía, como en Normandía, Inglaterra y Sicilia. La Hansa alemana habría seguido siendo una gran potencia económica si Alemania misma hubiera llegado a serlo políticamente. Desde el final de esta poderosa alianza de ciudades, cuyo aseguramiento *político* no sintió nadie como misión de un Estado alemán, Alemania quedó excluída de las grandes combinaciones económicas mundiales del Occidente. Sólo en el siglo XIX volvió a intervenir en ellas, no por esfuerzos privados, sino tan sólo por la creación *política* de Bismarck, la cual fué la premisa del alza imperialista de la economía alemana.

El imperialismo marítimo, la expresión de la aspiración fáustica al infinito, comenzó a adquirir grandes formas cuando la conquista de Constantinopla por los turcos, en 1453, cerró *políticamente* los caminos económicos de Asia. Este fué el motivo profundo del descubrimiento de la ruta marítima de las Indias orientales por los portugueses y del descubrimiento de América por los españoles, detrás de los cuales estaban las grandes potencias de la época. Los motivos impulsores aislados fueron la ambición, el placer de la aventura, la alegría del combate y del peligro, la sed de oro y no «buenos negocios». Las tierras descubiertas tenían que ser conquistadas y dominadas; habían de robustecer el poder de los Habsburgos en las combinaciones europeas. El Imperio en el que no se ponía el sol era un producto *político*, el resultado de un régimen superior del Estado y sólo entonces, en tanto que tal, un campo para éxitos económicos. No otra cosa sucedió cuando Inglaterra conquistó la primacía, *no* por su fuerza económica, inexistente al principio, sino por el sabio gobierno de los nobles, fueran *tories* o *whigs*. Inglaterra se ha enriquecido a fuerza de *batallas*, no con la teneduría de libros y la especula-

ción. Por eso el pueblo inglés, por muy «liberalmente» que hablara o pensara, ha sido, sin embargo, en la práctica, el más conservador de Europa: conservador en el sentido del mantenimiento de todas las formas de poder del pasado, hasta en sus más mínimos detalles ceremoniales, aunque causaran risa y a veces desprecio; mientras no se vislumbraba una forma nueva más fuerte se conservaban todas las antiguas: los dos partidos, la manera en que el Gobierno se mantenía independiente del Parlamento en sus decisiones, la Cámara Alta y la realeza como factores contemporizadores en situaciones críticas. Este instinto ha salvado una y otra vez a Inglaterra, y si hoy se extingue, su extinción supone no sólo la pérdida de la posición política mundial, sino también de la económica. Mirabeau, Talleyrand, Metternich y Wellington no entendían nada de economía. Lo cual era, desde luego, un defecto. Pero hubiera sido peor que un especialista en Economía hubiera tratado de hacer política en su lugar. Sólo cuando el imperialismo cae en manos de negociantes económicos y materialistas, cuando cesa de ser político en el sentido de una política de poderío, cae rápidamente, desde los intereses de la clase de los conductores de la economía, al alcance de la lucha de clases del trabajo de ejecución, y así se descomponen las grandes economías nacionales y arrastran consigo a las grandes potencias al abismo.

7

Los ejércitos permanentes del siglo XIX han sido la manifestación más rica en consecuencias de la revolución «nacional» desde 1789. Los ejércitos profesionales de los Estados dinásticos fueron substituídos por *ejércitos de masas* basados en el servicio obligatorio. Lo cual era, en su último fondo, un ideal jacobino: la *levée en masse* de 1792 correspondía a la *nación como masa* que había de ser organizada en perfecta igualdad en substitución de la antigua nación articulada en estados. Que, luego, en los ataques de estas masas uniformadas, surgiera algo totalmente distinto, una alegría magnífica, bárbara, ajena a toda teoría, en el peligro, el dominio y la victoria, el resto de *raza* sana, lo que de heroís-

mo nórdico alentaba aún en aquellos pueblos, fué una experiencia que no tardaron en hacer los apasionados de los «derechos del hombre». La sangre fué nuevamente más fuerte que el espíritu. El entusiasmo teórico por el ideal del «pueblo en armas» había apuntado a un fin muy distinto, más consciente y más racionalista, del desencadenamiento de estos instintos elementales, también en Alemania, durante y, sobre todo, después de las guerras de independencia, donde condujo a las revoluciones de 1830 y 1848. Estos ejércitos, «en los que no había diferencia alguna de altos y bajos, ricos y pobres», debían ser una copia de la nación futura, en la que todas las diferencias de rango, fortuna y capacidad serían de algún modo suprimidas. Este era el pensamiento secreto de muchos de los voluntarios de 1813, pero también el de la Joven Alemania literaria —Heine, Herwegh, Freiligrath— y de muchos hombres de la Paulskirche —como Uhland—. El principio de la igualdad anorgánica era para ellos lo decisivo. Las gentes del cuño de Jahn y Arndt no sospechaban que había sido la igualdad la que había hecho resonar *por vez primera en las matanzas de septiembre de 1792* el grito de «*¡Vive la nation!*»

Se olvidaba un hecho fundamental: en el romanticismo de las canciones populares se hablaba sólo del heroísmo de los simples soldados; pero el *valor interno* de estos ejércitos, meros aficionados, al principio, en la profesión bélica; su espíritu, su disciplina, su preparación, dependían de las cualidades del *cuerpo de oficiales*, y su «estar en forma» reposaba por completo en las tradiciones del siglo XVIII. Moralmente, y también entre los jacobinos, una tropa vale tanto como el oficial que la ha *educado* con su ejemplo. Napoleón reconoció, en Santa Elena, que no habría sido vencido si, además del magnífico material de soldados de sus ejércitos, hubiese tenido un cuerpo de oficiales como el austriaco, en el que las tradiciones caballerescas de fidelidad, honor y disciplina silenciosa y abnegada estaban aún vivas. Si estos cuadros de mando vacilan en sus opiniones y en su actitud o renuncian a ellas, como en 1918, un regimiento valeroso se convierte instantáneamente en un rebaño cobarde e inerme.

Dada la rápida descomposición de las *formas* de poder en Eu-

ropa, habría de parecer un milagro que este *medio* de poder hubiera resistido a ella. Y, sin embargo, así fué. Los grandes ejércitos han sido el elemento más conservador del siglo XIX. Ellos, y no la monarquía debilitada, ni la nobleza, ni incluso la Iglesia, mantuvieron en pie la forma de la autoridad del Estado contra las tendencias anarquistas del liberalismo. «Lo que de los escombros surgirá no lo puede hoy saber nadie. Se ha alzado, no sólo en en Austria, sino en toda Europa, tan duramente apremiada, un elemento de fuerza: los ejércitos permanentes. Desgraciadamente, este elemento es sólo conservador y no creador, y precisamente lo que importa es crear», escribía Metternich en 1849 (1). Lo cual dependía exclusivamente de las severas opiniones del cuerpo de oficiales, transmitidas por ellos a sus hombres. Allí donde en 1848 y después hubo motines y sublevaciones, la culpa fué de la inferioridad moral de los oficiales. Generales políticos, que derivaban de su categoría militar la facultad y el derecho de formular juicios de estadista e intentaban actuar en consecuencia, los ha habido siempre, lo mismo en España y en Francia que en Prusia y en Austria; pero el cuerpo de oficiales como totalidad se prohibía en todas partes una opinión política propia. Sólo los ejércitos, no las coronas, resistieron en 1830, 1848 y 1870.

Ellos fueron también los que desde 1870 evitaron la *guerra*, pues nadie se atrevía ya a poner en movimiento un poder tan enorme, por miedo a sus incalculables efectos, y dieron así lugar al anormal estado de paz entre 1870 y 1914, que hoy nos hace casi imposible juzgar acertadamente la situación de las cosas (2). En lugar de las guerras inmediatas surgió la guerra mediata en forma de un constante incremento de los preparativos bélicos, del *tempo* de los armamentos y los inventos técnicos; una guerra en la que hubo igualmente victorias, derrotas y paces pasajeras (3). Pero este género de velado guerrear presupone una riqueza nacional como sólo las naciones con gran industria la han desarro-

(1) A Hartig, 30 de marzo. Cf. también BISMARCK, *Gedanken und Erinnerungen* (Pensamientos y recuerdos), t. I, pág. 63.

(2) Véase pág. 26.

(3) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 246 y siguientes. *Politische Schriften* (Escritos políticos), pág. 132.

llado —*consistía* en gran parte en tal industria misma, en cuanto representaba un capital—, y ésta tenía por premisa la existencia de carbón, en la cual se basaban las industrias (1). Para guerrear hace falta dinero, pero aun hace falta más para la preparación de la guerra. De este modo, la misma gran economía industrial se convirtió en un arma; cuanto más capaz de rendimiento era, más decisivamente aseguraba por anticipado el éxito. Cada alto horno, cada fábrica de maquinaria robustecía la preparación a la guerra. Los auspicios de operaciones afortunadas se hacían cada vez más dependientes de la posibilidad de un gasto ilimitado de material, sobre todo de municiones. Sólo muy lentamente se fué adquiriendo conciencia de este hecho. Todavía en las negociaciones de la paz de 1871, Bismarck dió tan sólo valor a puntos estratégicos como Metz y Belfort y ninguno a los yacimientos minerales de Lorena. Pero cuando luego se descubrió toda la relación entre la economía y la guerra, entre el carbón y los cañones, tal como realmente existía, todo cambió. Una economía robusta llegó a ser la premisa decisiva del desarrollo de la guerra; exigió en consecuencia el primer lugar, y los cañones comenzaron a entrar cada vez más al servicio del carbón (2). A lo cual se añadió la decadencia de la idea del Estado, a consecuencia de la extensión radial del parlamentarismo. La economía —desde el *trust* al sindicato— comenzó a intervenir en el gobierno y a codeterminar con su negativa o su aquiescencia los fines y los métodos de la política exterior. La política colonial y de ultramar se convirtió en una lucha en derredor de los mercados y las fuentes de primeras materias de la industria, y cada vez más especialmente en torno de los yacimientos de petróleo. Pues el petróleo comenzó a combatir al carbón y a suplantarlo. Sin los motores de petróleo no habría habido automóviles, aeroplanos ni submarinos.

En igual sentido se transformó la preparación a la guerra marítima (3). Todavía al iniciarse la guerra civil americana los bu-

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 329 y siguientes.

(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), pág. 330.

(3) *La decadencia de Occidente*, t. IV, pág. 236. *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 134 y siguientes y 173 y siguientes.

ques mercantes armados en corso equivalían casi a los buques de guerra contemporáneos. Tres años después eran ya los acorazados el tipo de navío señor de los mares. De estos buques de combate fueron surgiendo, con frenética rapidez de construcción, tipos cada vez más grandes y fuertes, cada uno de los cuales quedaba anticuado al cabo de dos años, las fortalezas flotantes de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, máquinas monstruosas que, a causa de su consumo de carbón, iban siendo cada vez más dependientes de puntos de apoyo en la costa. La antigua competencia por la primacía entre el mar y la tierra comenzó de nuevo a inclinarse en un cierto sentido hacia la tierra. El que poseía los puntos de apoyo de la flota, con sus *docks* y sus reservas de material, dominaba el mar, independientemente de la fuerza de sus escuadras. El *Rule Britannia* reposaba, en último fondo, en la cantidad de colonias de Inglaterra; colonias que existían *para* los buques, y no al contrario. Esta fué en adelante la importancia de Gibraltar, Malta, Aden, Singapur, las Bermudas y muchos otros apoyos estratégicos análogos. Se perdió de vista el sentido de la guerra, la batalla naval decisiva. Se trató de quitar toda eficacia a la flota enemiga, excluyéndola de las costas. No ha habido nunca en el mar nada que correspondiera a los planes de operaciones de los Estados Mayores, y estas escuadras de guerra no han librado jamás realmente una batalla decisiva. La discusión teórica sobre el valor de los *dreadnoughts* después de la guerra rusojaponesa reposaba precisamente en que el Japón había construído el tipo, pero no lo había experimentado. También en la guerra europea permanecieron los barcos de guerra quietos en los puertos. No hubieran necesitado existir. Tampoco la batalla del Skager Rak fué más que una sorpresa, la *oferta* de una batalla que la flota inglesa eludió lo mejor que pudo. Casi todos los grandes barcos que en los últimos cincuenta años han sido retirados del servicio por anticuados no han disparado nunca un tiro contra un adversario equivalente. Y hoy, la evolución del arma aérea plantea la cuestión de si no habrá pasado ya definitivamente la época de los acorazados. Quizá no queda ya más que la guerra corsaria.

En el curso de la guerra mundial se cumple en tierra firme una transformación completa. Los ejércitos de masas nacionales, des-

arrollados hasta el último límite de sus posibilidades, arma que, en contraposición a la flota de combate, fué verdaderamente «agotada», acabaron en las trincheras, en las que se llevó a cabo, con asaltos y salidas hasta la capitulación, el asedio de Alemania. La cantidad venció a la calidad y la mecánica a la vida. El número puso término a aquella rapidez que Napoleón introdujo en la táctica, patente sobre todo en la campaña de 1805, que en solo quince días le llevó, a través de Ulm, hasta Austerlitz, y superada luego, de 1861 a 1865, por los americanos con el empleo de los ferrocarriles. Sin los caminos de hierro, que hicieron posible a Alemania el desplazamiento de ejércitos enteros entre los frentes del Este y el Oeste, la guerra no habría podido ser lo que fué en cuanto a su forma y duración.

Hay en la historia universal dos magnas revoluciones del arte de la guerra, provocadas por un súbito incremento de la movilidad. La primera se desarrolló en los siglos siguientes al año 1000 a. de J. C., cuando en algún lugar de las vastas llanuras entre el Danubio y el Amur surgió el caballo de silla. Los ejércitos montados eran muy superiores a la infantería (1). Podían surgir y desaparecer substrayéndose al ataque y a la persecución. Fué en vano que, desde el Atlántico al Pacífico, los pueblos agregasen a su infantería una caballería: la primera estorbaba los movimientos de la segunda. Y también que tanto el Imperio romano como el chino se rodeasen de fosos y murallas, de las cuales la Gran Muralla china atraviesa aún hoy en día la mitad de Asia, y el *limes* romano acaba de ser hallado en el desierto Sirioarábigo. No era posible llevar a cabo la concentración de los ejércitos detrás de estas murallas con la rapidez exigida por los ataques imprevis-

(1) Con inclusión de los carros de combate, utilizados tan sólo en la pelea, y no para las marchas. Estos carros precedieron en un milenio a la aparición del caballo de silla; su empleo se inició en las mismas tierras y dondequiera surgieron demostraron una enorme superioridad sobre la forma de combatir de hasta entonces. Su empleo data: en China, de 1500 a. de J. C.; en la India, de algo antes, y en el mundo helénico, de 1600 aproximadamente. No tardó en generalizarse su uso y desaparecieron cuando la caballería se convirtió en institución permanente, aunque sólo como arma especial junto a la infantería.

tos: los mundos chino, indio, romano, árabe y occidental, con sus poblaciones de campesinos sedentarios, sucumbieron siempre, con perplejo espanto, a los parthos, los hunos, los escitas, los mongoles y los turcos. Parece que la vida agrícola y la vida a caballo no se compadecen anímicamente. Todavía las hordas de Genghis-Khan debieron sus victorias a su mayor rapidez.

La segunda transformación la estamos viviendo hoy mismo: es la substitución del caballo por el «caballo de fuerza» de la técnica fáustica. Hasta la primera guerra mundial, precisamente los antiguos y famosos regimientos de caballería de la Europa occidental aparecían más que ninguna otra arma aureolados de orgullo caballeresco, espíritu aventurero y heroísmo. A través de siglos enteros fueron los verdaderos *wikingos* de la nación. Representaban la *vocación* militar auténtica y la *vida* militar genuina mucho más que la infantería del servicio militar obligatorio. Pero su porvenir es ya más obscuro. Van siendo relevados por los aviones y las escuadrillas de tanques. Con lo cual la movilidad rebasa las posibilidades orgánicas y entra de lleno en las anorgánicas de la máquina, aunque, por decirlo así, de la máquina individual, que, al contrario del fuego redoblado impersonal de las trincheras, plantea de nuevo grandes tareas al heroísmo personal.

Pero hay otro hecho que interviene aún más hondamente que esta decisión entre la masa y la movilidad en los destinos de los ejércitos, y que pondrá necesariamente un fin al principio del servicio militar como deber general nacional, dominante en el siglo pasado. Hasta 1914 la ruina de la autoridad, la substitución del Estado por el partido, esto es, la anarquía progresiva, se había detenido ante el ejército. Mientras un cuerpo de oficiales permanente educó a cupos rápidamente renovados se conservaron los valores éticos del honor militar, la fidelidad y la obediencia silenciosa, del espíritu de Federico el Grande, Napoleón y Wellington, o sea del siglo XVIII, gran elemento de estabilidad. Este elemento no comenzó a quebrantarse hasta que las necesidades de la guerra obligaron a confiar a oficiales muy jóvenes, rápidamente formados en la retaguardia, el mando de hombres mayores que ellos y que llevaban años enteros en campaña. También en este aspecto la prolongada paz de 1870 a 1914 detuvo una evolución que había

de iniciarse con la decadencia progresiva del «estar en forma» de las naciones. La tropa, y con ella las clases inferiores del cuerpo de oficiales, que veían el mundo desde abajo, porque no eran jefes por vocación interior, sino a consecuencia de necesidades pasajeras, adquirieron una opinión propia sobre posibilidades políticas; opinión que, como es de suponer, fué importada de fuera por el enemigo o por los partidos radicales de la propia nación mediante la propaganda o las células disolventes y con inclusión de la reflexión sobre la manera de hacerla triunfar. Con ello, el elemento anárquico penetró en el ejército, única institución que hasta entonces había sabido mantenerlo a distancia; penetración que continuó luego en los cuarteles de todos los ejércitos permanentes. Añádese a ello que durante cuarenta años, tanto el sencillo hombre del pueblo como el político profesional y el jefe de partido radical, temían y sobrestimaban la acción desconocida aún de los ejércitos modernos tanto contra otros ejércitos como contra alzamientos y rebeliones, y, en consecuencia, apenas consideraban como una posibilidad real la resistencia contra ellos (1). Antes de la guerra, los partidos socialdemócratas habían abandonado ya tiempo ha la idea de hacer la revolución, y sólo como letra muerta la conservaban en sus programas. Una compañía bastaba para tener en jaque a millares de paisanos excitados. Pero la guerra demostró cuán mínima es la acción de una tropa, incluso nutrida y provista de artillería pesada, contra nuestras pétreas ciudades cuando éstas son defendidas casa por casa. El ejército regular perdió su aureola de ser invencible en las revoluciones. Hoy todo recluta obligado a servir piensa de otro modo que antes de la guerra. Y con ello ha perdido la conciencia de ser un mero objeto del poder que ostenta el mando. Dudo mucho que, por ejemplo en Francia, sea aún posible una movilización general incluso contra un enemigo *peligroso*. ¿Qué sucederá si las masas se substraen al servicio militar? ¿Y cuál puede ser el valor de tales tropas cuando no se sabe cuán avanzada es su descomposición moral ni con qué fracción de hombres se puede contar realmente? Es éste el final del servicio militar obligatorio, que tuvo como

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 179 y siguient

punto de partida el entusiasmo nacional por la guerra en 1792, y el principio de ejércitos *voluntarios* de soldados profesionales agrupados en torno de un caudillo popular o al servicio de un gran fin. Es éste —en todas las culturas; recuérdese la sustitución del ejército romano de campesinos reclutados, por ejércitos mercenarios, desde la época de Mario, y sus consecuencias— el camino hacia el cesarismo y, en el fondo, el alzamiento de la sangre, de la raza no gastada, de la primitiva voluntad de poderío, contra las potencias materialistas del dinero y del espíritu, de las teorías anarquistas y de la especulación que se aprovecha de ellas, desde la democracia hasta la plutocracia (1).

Estas potencias materialistas y plebeyas han recurrido lógicamente, desde finales del siglo XVIII, a medios bélicos por completo distintos, más adecuados a su pensamiento y a su experiencia. Junto a los ejércitos y a las flotas, destinados cada vez más a fines ajenos por completo a las naciones mismas y correspondientes sólo a los intereses financieros de grupos particulares —el nombre de «guerra del opio» ilustra drásticamente esta tesis—, se desarrollaron métodos de estrategia *económica*, que condujeron muchas veces «en plena paz» a batallas, victorias y paces puramente económicas. El soldado auténtico, un Moltke, por ejemplo, despreciaba estos métodos y subestimaba seguramente su acción. Tanto mejor supieron, en cambio, apreciarlos los estadistas «modernos», que, de acuerdo con su origen y su disposición, pensaban económicamente en primer lugar, y sólo luego —si acaso— políticamente. La disolución progresiva de la soberanía del Estado por el parlamentarismo ofrecía la posibilidad de aprovechar en este sentido los órganos del poder estatal. Así sucedió, sobre todo, en Inglaterra, que a mediados del siglo XIX se había convertido por completo en una «nación de *shopkeepers*»: la potencia enemiga no había de ser sometida militarmente, sino arruinada económicamente como competidora; pero conservada como consumidora de las mercancías inglesas. Tal ha sido la meta del imperialismo «liberal» librecambista desde Robert Peel. Napoleón con-

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 207 y siguientes y 251 y siguientes.

cibió el bloqueo continental como un medio puramente militar, porque no disponía contra Inglaterra de otro alguno. En el continente no hizo sino crear nuevas dinastías, mientras que Robert Peel fundaba en sitios lejanos colonias comerciales y plantaciones. Pero la guerra de 1914 no fué emprendida por Inglaterra por la causa de Francia o siquiera de Bélgica, sino «por la causa del *weekend*», para concluir para siempre, si era posible, con Alemania como competidora económica. En 1916 empezó, junto a la guerra militar, la guerra económica, la cual debía ser continuada al llegar la primera necesariamente a su fin. Desde entonces, los fines de la guerra fueron buscados cada vez más decididamente en esta dirección. El tratado de Versalles no había de fundar una era de paz, sino regular de tal modo la distribución del poderío que el fin propuesto pudiera ser asegurado en todo momento con nuevas exigencias y medidas. De aquí la entrega de las colonias y de la flota mercante, la confiscación de los depósitos bancarios, las propiedades y las patentes en todos los países; la secesión de regiones industriales, como la Alta Silesia y el territorio del Sarre; la instauración de la república, de la que se esperaba, con razón, la muerte de la industria a manos de las organizaciones obreras, omnipotentes ya, y, en fin, las reparaciones, que, por lo menos a juicio de Inglaterra, no habían de significar una indemnización de guerra, sino una carga permanente de la economía alemana hasta su agotamiento.

Pero con ello comenzó, muy contra la esperanza de las potencias que habían dictado el tratado, una nueva guerra económica, en la que hoy nos encontramos y que forma parte muy considerable de la presente «crisis económica mundial». La distribución del poder en el mundo había quedado completamente transformada con el robustecimiento de los Estados Unidos y de su alta finanza y con la nueva figura de Rusia, y los adversarios y los métodos eran ya otros. La guerra que hoy se desarrolla con medios económicos y que más tarde se designará con el nombre de segunda guerra mundial, ha traído consigo formas completamente nuevas de la ofensiva económica bolchevique: el plan quinquenal, el ataque de los dólares y los francos a la libra, las inflaciones dirigidas desde Bolsas extranjeras y encaminadas a la destrucción de for-

tunas nacionales enteras, la autarquía de las economías nacionales, que será quizá continuada hasta el aniquilamiento de la exportación adversaria y, por tanto, de la economía y las *condiciones de existencia* de grandes naciones, y los planes Dawes y Young como tentativas de grupos financieros para obligar a Estados enteros a trabajos forzados en beneficio de unos cuantos Bancos. En el fondo, se trata de salvar la capacidad vital de la nación propia con el aniquilamiento de otras extrañas. Es la lucha de los náufragos sobre la quilla del bote volcado. Y cuando todos los demás medios se agoten, volverán a entrar en vigor los más antiguos y primitivos: los medios militares; la potencia mejor armada obligará a la más débil a cesar en su defensiva económica, a capitular y a *desaparecer*. Los cañones son, en último término, más fuertes que el carbón. No es posible prever cómo se desenlazará esta guerra económica; pero es seguro que, a lo último, con el apoyo de ejércitos profesionales voluntarios y, por tanto, de confianza, bien instruídos y dotados de gran movilidad, instaurará de nuevo en sus derechos históricos al Estado como *autoridad* y hará retroceder a la economía a la segunda línea, que es el lugar que la corresponde.

8

En esta época de transición, de ausencia de forma, «entre las épocas», que probablemente no ha llegado aún a la cima de la confusión y de las estructuras efímeras, se diseñan muy débilmente nuevas tendencias que apuntan más allá, a un lejano futuro. Comienzan a constituirse, a estructurarse y situarse los poderes destinados a desarrollar la lucha final por el dominio de nuestro planeta, y de los cuales sólo uno puede dar, y dará, su nombre al *Imperium mundi* si un terrible destino no lo aniquila antes de llegar a su plena constitución. Están en vías de formación naciones de una nueva especie, no como hoy son todavía: sumas de individuos coordinados, del mismo idioma, ni tampoco como eran en otros tiempos, cuando, en el Renacimiento, una pintura, una batalla, un rostro, una idea, una clase de actitud moral y de opinión eran seguramente reconocidos, por su estilo y su *alma*, como

italianos, aunque no existía en absoluto un Estado italiano. Las naciones fáusticas de finales del siglo XX serán *afinidades electivas* de hombres con igual sentimiento de la vida, con iguales imperativos de una voluntad robusta y, evidentemente, con el mismo idioma, sin que el conocimiento del mismo los caracterice o los delimite. Hombres de raza fuerte, no en el sentido de la actual fe en la raza, sino en el mío, que apunta a los instintos vigorosos, de los cuales forma parte también la superioridad de la visión de las cosas de la realidad; instinto que hoy no se sabe distinguir ya, en las grandes ciudades y entre los escribidores de libros, del «ingenio» de las meras inteligencias; hombres que se sientan nacidos para ser señores y llamados a serlo. ¿Qué importa el número? Sólo ha tiranizado a la pasada centuria, genuflexa ante las cantidades. Un *hombre* significa mucho frente a una masa de almas de esclavos, de pacifistas y de utopistas que ansían la tranquilidad a costa de todo, incluso de la «libertad». Es el tránsito desde el *populus romanus* de la época de Aníbal a los representantes del «romanismo» en el siglo I, parte de los cuales no tenían, como Mario y Cicerón, nada de «romanos».

Parece que la Europa occidental ha perdido su significación reguladora; mas, salvo en la política, ello es tan sólo una apariencia. La *idea* de la cultura fáustica ha nacido en ella. Tiene en ella sus raíces y ganará en ella la última batalla de su historia o perecerá rápidamente. Las decisiones, cualquiera que sea el lugar en que acaezcan, acaecen *por* el Occidente; por su *alma*, desde luego, no por su dinero o por su felicidad. Pero, de momento, el *poder* se ha desplazado a los *territorios fronterizos*, a Asia y América. Al Asia, el poder sobre el «interior» más grande de la esfera terrestre. A América —a los Estados Unidos y a los *dominions* ingleses—, el poder sobre los océanos históricos unidos por el canal de Panamá. Sin embargo, ninguna de las potencias mundiales de estos días está tan firme que pueda decirse con seguridad que dentro de cien años o de cincuenta seguirá siendo una potencia, ni siquiera si seguirá existiendo.

¿Qué es, hoy en día, una potencia de gran estilo? Un producto estatal o *estatoide*, con una dirección que tiene fines de política mundial y, probablemente, también fuerza para llevarlos a efec-

to, cualesquiera que sean los medios en que se apoye: ejércitos, flotas, organizaciones políticas, créditos, grupos bancarios o industriales poderosos con intereses comunes y, por último, y sobre todo, una fuerte posición estratégica en la esfera terrestre. A todas ellas se las puede designar con los nombres de ciudades de millones de almas, en las que se concentra el poder y el espíritu del mismo. Frente a ellas, países y pueblos enteros no son más que «provincia» (1).

Ahí está, ante todo, «Moscú», enigmático e indescifrable para el pensamiento y el sentimiento occidental, factor *decisivo* para Europa desde 1812, cuando estatalmente aun pertenecía a ella, y para el mundo entero desde 1917. La victoria de los bolcheviques significa históricamente algo muy distinto que desde el punto de vista socialpolítico o económicoteórico. *Asia reconquista a Rusia* después que Europa se la había anexionado por medio de Pedro el Grande. Con ello, el concepto de Europa desaparece de nuevo del pensamiento práctico de los políticos, o debería desaparecer si tuviésemos políticos de categoría. Pero esta «Asia» es una *idea*, y una idea henchida de porvenir. Junto a ella, la raza, el idioma, las costumbres populares y la religión, en sus formas actuales, son algo indiferente. Todo ello puede transformarse, y se transformará, fundamentalmente. Lo que hoy existe allí es tan sólo la nueva especie de vida, inaprehensible en palabras e inconsciente de sí misma, de que una gran tierra está preñada y que se halla en vías de nacimiento. Querer definir el futuro, fijarlo, introducirlo en un programa supone confundir la vida con una frase sobre ella, como lo hace el bolchevismo reinante, que no tiene conciencia suficiente de su origen europeo occidental, nacionalista y urbano.

La población de este máximo «territorio interior» de la tierra es inatacable desde fuera. La extensión es un *poder*, político y militar, jamás vencido aún; así lo experimentó ya Napoleón. ¿De qué sirve al enemigo la ocupación de territorios, por grandes que sean? Para quitar toda eficacia, incluso a la tentativa de una tal ocupación, los bolcheviques han desplazado cada vez más hacia

(1) *La decadencia de Occidente*, t. III, págs. 143 y siguientes.

el Este el centro de gravedad de su sistema. Las regiones industriales de importancia política han sido establecidas todas al Este de Moscú, en su mayor parte al Este de los Urales hasta el Altai y al Sur hasta el Cáucaso. Toda la región al Oeste de Moscú, la Rusia blanca y Ucrania, que fué un día, desde Riga hasta Odessa, la más vitalmente importante del imperio zarista, forma hoy un glacis fantástico contra «Europa», y podría ser entregada sin que el sistema se viniese al suelo. Pero con ello ha perdido todo sentido una ofensiva desde el Oeste. Golpearía en el vacío.

El régimen bolchevique no es un Estado en nuestro sentido, como lo fué la Rusia petrínica. Se compone, como Kiptschak, el reino de la «horda dorada» en la época mongola, de una horda soberana —llamada partido comunista— con cabecillas y un khan omnipotente, y una masa cien veces más numerosa, sometida e inerme. De verdadero marxismo integra muy poco, salvo en los nombres y programas. En realidad, existe un absolutismo tártaro que agita y saquea al mundo, sin pararse en fronteras, aunque sólo fuesen las de la prudencia; astuto, cruel, con el asesinato como medio cotidiano de gobierno y con la posibilidad a cada instante de ver surgir a un Ghenghis-Khan que arrolle a Asia y a Europa.

El ruso auténtico ha conservado un sentimiento nómada de la vida, lo mismo que el chino del Norte, el manchú y el turcómano (1). La patria no es para él la aldea, sino la llanura infinita, la madrecita Rusia. El alma de este paisaje infinito le mueve a peregrinar sin meta alguna. La «voluntad» falta. El sentimiento germánico de la vida *tiene* una meta que ha de ser conquistada, una tierra lejana, un problema, un dios, poder, fama o riqueza. *Aquí*, familias de campesinos, de artesanos y de obreros van de una región a otra, de una fábrica a otra, sin necesidad, sólo siguiendo el impulso interior. Ninguna medida violenta de los soviets ha podido impedirlo, aunque hace totalmente imposible la formación de una dinastía de fuerzas de trabajo expertas y vinculadas a la obra. Ya en este aspecto fracasa la tentativa de crear y mantener, sin colaboración extranjera, una economía de especie europea occidental.

---

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 110 y siguientes.

¿Pero es que el programa comunista se sostiene todavía en serio, esto es, como *ideal* al que han sido sacrificados millones de hombres, y por el cual pasan hambre y viven en la miseria otros muchos millones? ¿O es tan sólo un medio de combate, máximamente eficaz, de defensa contra la masa sometida, contra los campesinos sobre todo, y de ataque contra el odiado mundo no ruso, que ha de ser descompuesto antes de ser derribado? (1). Lo cierto es que las cosas no cambiarían mucho si un buen día se abandonase, por razones de eficacia política, el principio comunista. Los nombres cambiarían: los ramos administrativos de la organización económica se llamarían consorcios; las comisarías, consejos de administración; y los comunistas mismos, accionistas. Por lo demás, la forma capitalista occidental existe allí hace ya mucho tiempo.

Pero esta potencia no puede hacer guerra exterior ninguna ni en Oriente ni en Occidente, salvo por medio de la propaganda. El sistema, con sus rasgos europeooccidentales racionalistas, procedentes todavía del mundo literario subterráneo de San Petersburgo, es demasiado artificial para ello. No sobreviviría a una derrota, puesto que ni siquiera sobreviviría a una victoria. Frente a un general victorioso, la burocracia moscovita estaría perdida. La Rusia soviética sería substituída por otra cualquier Rusia, y la horda reinante sería probablemente pasada a cuchillo. Pero con ello sólo quedaría vencido el bolchevismo de estilo *marxista*, y el bolchevismo nacionalista asiático crecería, sin trabas, gigantescamente. ¿Acaso es siquiera seguro el ejército rojo? ¿Es utilizable? ¿Cuáles son las cualidades profesionales y morales del «cuerpo de oficiales»? Lo que se enseña en las paradas de Moscú son sólo los regimientos más distinguidos, formados por comunistas de toda confianza, la verdadera guardia de corps de los dueños del poder. De la provincia llegan noticias constantes de conjuraciones. Y los ferrocarriles, los aviones y las industrias del armamento, ¿podrían salir triunfantes de una prueba rigurosa?

(1) Dostoyewsky escribía en 1878: «Todos los hombres tienen que hacerse rusos, ante todo y sobre todo. Si la pan-humanidad es la idea nacional rusa, todo hombre tiene ante todo que hacerse ruso.»

Lo cierto es que la conducta rusa en la Manchuria y los pactos de no agresión con el Occidente delatan la decisión de eludir en toda circunstancia una prueba militar. Los demás medios, la destrucción económica del adversario por medio del comercio y, sobre todo, la revolución, concebida, no como fin ideal, sino como *arma*, tal como en 1918 fué empleada por Inglaterra y Francia contra Alemania, son menos peligrosas y más eficaces. En cambio, el Japón goza de una situación muy firme. Por mar es casi inatacable a causa de las cadenas de islas cuyos estrechos pasos pueden ser cerrados con campos de minas, submarinos y aviones, de manera que el mar de China no sea accesible a ninguna flota extranjera. Además, el Japón se ha asegurado en la Manchuria un territorio continental de extraordinario porvenir económico —la soja ha destruído ya hoy la rentabilidad de la palma de coco y de aceite en el mar del Sur y en el Africa occidental—, cuya población aumenta prodigiosamente (1) y cuyas fronteras definitivas son todavía muy imprecisas. La menor tentativa, por parte de los bolcheviques, de actuar militarmente contra este desplazamiento del poder conduciría a la toma de Vladivostok, de la Mongolia oriental y, probablemente, de Pekín. La única acción contraria práctica es la revolución roja en China; pero, desde la fundación del Kuomintang, la revolución roja ha sucumbido una y otra vez a los ataques «capitalistas», esto es, al soborno de los generales y de ejércitos enteros. Pueblos antiquísimos de *fellahs* (2), como los indios y los chinos, no pueden volver jamás a desempeñar un papel independiente en el mundo de las grandes potencias. Pueden cambiar de amo, expulsar a uno —a Inglaterra, acaso, de la India—, para sucumbir inmediatamente a otro; pero nunca producirán ya una forma interior propia de existencia política. Están ya demasiado viejos, petrificados y gastados para ello. También la forma de su rebelión actual, con todos sus fines —libertad, igualdad, parlamento, república, comunis-

(1) La población del Japón se ha triplicado en quince años a consecuencia de la inmigración en grandes masas, y sobrepasa hoy los 30 millones.

(2) *La decadencia de Occidente*, t. III, págs. 153 y 262.

mo, etc.—, es, sin excepción alguna, importada de la Europa occidental y de Moscú. Son objetos y medios de combate para potencias extranjeras, y sus territorios, campos de batalla para decisiones ajenas; pero precisamente por ello pueden alcanzar importancia extraordinaria aunque pasajera.

Indudablemente, Rusia y Japón han considerado las posibilidades en este área dadas y laboran en silencio, con medios que el «blanco» no conoce ni advierte. ¿Pero acaso la posición del Japón es hoy tan firme como en la época de la guerra con Rusia? Por entonces reinaba la antigua, orgullosa, noble y valiente clase señorial de los samurais, que cuenta entre lo mejor que el mundo entero encierra en cuanto a «raza». Pero hoy se oye ya hablar de partidos radicales, huelgas, propaganda bolchevique y ministros asesinados. ¿Acaso este magnífico Estado, traspasada ya la cima de su existencia, está envenenado por las formas de desagregación democrática marxista de los pueblos blancos, precisamente ahora que la lucha por el océano Pacífico entra en su fase desiciva? Si poseyera aún su antigua fuerza ofensiva, ésta, unida a su incomparable situación estratégica en el mar, le daría talla suficiente para resistir toda combinación hostil. Pero ¿en quién puede pensarse seriamente como adversario? En Rusia, desde luego no, ni tampoco en ninguna potencia de la Europa occidental. En ninguna otra área se hace tan patente como en ésta la rapidez con que todos estos Estados van perdiendo su antigua categoría política. Hace apenas veinte años, Puerto Arturo, Weihaiwei y Kiautschou estaban ocupados, y en marcha el reparto de China en esferas de interés de las potencias occidentales. El problema del Pacífico fué un día un problema *europeo.* Hoy, ni siquiera Inglaterra se atreve a desarrollar la extensión de Singapur, planeada hace decenios enteros. Singapur habría debido ser un poderoso punto de apoyo de la flota inglesa en las complicaciones orientales; ¿pero podría sostenerse contra el Japón y Francia, si ésta dejaba libre el camino a través de la Indochina? Mas si Inglaterra renuncia a su antigua situación en aquellos mares y abandona así a Australia a la presión japonesa, Australia se separará del Imperio y se agregará a Norteamérica. Norteamérica es el único enemigo serio; pero ¿cuál es su fuerza mari-

tima *en aquellos lugares,* a pesar del canal de Panamá? San Francisco y Hawai están demasiado lejos para constituir puntos de apoyo de la flota contra el Japón; las Filipinas apenas puede conservarlas, y el Japón posee en la América latina posibles aliados contra Nueva York, aliados cuya importancia no disminuye en nada el que no se hable de ellos.

9

¿Son los Estados Unidos una potencia que tenga porvenir? Observadores ligeros hablaban, antes de 1914, de posibilidades ilimitadas, después de una visita de un par de semanas; y la nueva «sociedad» de la Europa occidental posterior a 1918, mezcla de snobismo y plebeyez, adora el americanismo, joven y vigoroso, muy superior a nosotros y sencillamente ejemplar; pero confunde los *records* y los dólares con la fuerza espiritual y la profundidad de la nacionalidad, imprescindibles cuando se quiere ser una potencia duradera; confunde el deporte con la salud y la inteligencia mercantil con el espíritu. ¿Qué es el americano «cien por cien»? ¿Una existencia colectiva adaptada a las normas del término medio inferior, una *pose* primitiva o una promesa para el porvenir?

Lo cierto es que Norteamérica no constituye hasta ahora ni un verdadero pueblo ni un Estado verdadero. ¿Pueden ambos surgir aún a los embates de un duro destino o cierra lo presente el tipo del hombre colonial, cuyo pasado espiritual estaba en otro lado y que ha descaecido? El americano, como el inglés, no habla de Estado o patria, sino de *this country.* De hecho, se trata de un territorio inmenso y de una población de tramperos trashumantes de ciudad en ciudad a la caza del dólar, sin consideraciones ni vínculos, pues la ley existe tan sólo para quien no es lo bastante hábil o poderoso para despreciarla.

La analogía con la Rusia bolchevique es mayor de lo que se piensa. La misma vasta extensión del territorio, que excluye todo ataque eficaz de un enemigo y, con ello, la vivencia de un verdadero peligro nacional, y hace así superfluo el Estado, pero impide

también, en consecuencia, la génesis de un pensamiento auténticamente político. La vida tiene exclusivamente una estructura económica y carece por eso de profundidad; tanto más, cuanto que le falta el elemento de la auténtica tragedia histórica, del magno destino, que ha profundizado y educado a través de los siglos el alma de los pueblos occidentales. La religión, originalmente un severo puritanismo, se ha convertido en una especie de entretenimiento obligatorio y la guerra fué un nuevo deporte. Y también, en uno y otro lado, la misma dictadura de la opinión pública, sea prescrita por los partidos o por la sociedad, dictadura que se extiende a todo lo que en Occidente es libremente abandonado a la voluntad individual: el *flirt* y las prácticas religiosas, el calzado y los afeites, los bailes de moda y las novelas de moda, el pensamiento, la comida y las diversiones. Todo es igual para todos. Hay un tipo del americano, y sobre todo de la americana, ajustado, en cuerpo, vestidos y alma, a normas estrictas, y quien se rebela contra ellas, quien se atreve a criticarlas públicamente, cae bajo la proscripción general, lo mismo en Nueva York que en Moscú. Por último, existe en Norteamérica una forma casi rusa del socialismo o capitalismo de Estado, representada por la masa de los trusts, que, correlativamente a los consejos de la economía en Rusia, regulan y dirigen al detalle la producción y el consumo, y son, unos y otros, los verdaderos amos del país. Es la voluntad de poderío fáustica, pero traducida de lo orgánicamente desarrollado a lo mecánico inanimado. El imperialismo del dólar, que se extiende por toda América hasta Santiago y Buenos Aires, y procura hundir y excluir en todas partes la economía de la Europa occidental, sobre todo la inglesa, equivale, con su ordenación del poder político en tendencias económicas, exactamente al imperialismo bolchevique; y el lema «Asia para los asiáticos» corresponde esencialmente por completo a la interpretación actual de la doctrina de Monroe en cuanto a la América latina: toda América para el poder económico de los Estados Unidos. Este es el sentido último de la fundación de repúblicas «independientes» como Cuba y Panamá, de la intervención en Nicaragua y de la deposición de presidentes incómodos, por medio del poder del dólar extendido hasta el extremo Sur.

Pero esta «libertad» sin Estado y sin ley, de una vida sólo económicamente orientada, tiene un reverso. Ha surgido de ella una potencia marítima que comienza a ser más fuerte que la de Inglaterra y que domina dos océanos. Se han constituído posesiones coloniales: las Filipinas, Hawai e islas en las Indias occidentales. Y los intereses de negocios y la propaganda inglesa complicaron a la nación cada vez más hondamente, hasta la participación militar, en la primera guerra mundial. Pero con ello, los Estados Unidos han llegado a ser un elemento directivo de la política mundial, lo sepan y lo quieran o no; y ahora tienen que aprender a pensar y a actuar, en el interior y en el exterior, como un Estado político, o desaparecer en su forma actual. No hay retirada posible. ¿Tiene el «yankee» talla para esta difícil misión? ¿Representa una especie indestructible de la vida o no es más que una moda del *vestido* corporal, espiritual y psíquico? ¿Pero cuántos de los habitantes del país *no* pertenecen *en general*, interiormente, a este tipo anglosajón dominante? Dejando aparte los negros, en los veinte años anteriores a la guerra no inmigraron ya sino pocos alemanes, ingleses y escandinavos; pero sí quince millones de polacos, rusos, checos, eslavos balcánicos, judíos orientales, griegos, asiáticos, españoles e italianos. Los cuales no se han disuelto ya en el americanismo y forman un proletariado extraño, de pensamiento distinto y muy prolífico, que tiene su centro de gravedad en Chicago. Quieren también la lucha económica libre y sin leyes, pero la interpretan de otro modo.

No hay, desde luego, un partido comunista. Pero tampoco lo había en el imperio zarista como organización para fines electorales. En cambio, sí hay, como allí, un poderoso mundo abisal de sello casi dostoyewskiano, con fines de poder propios y métodos propios de descomposición y de negocios, que, a consecuencia de la corrupción habitual de los órganos administrativos y de seguridad, y, sobre todo, por el contrabando de alcohol, que ha intensificado hasta lo extremo la desmoralización política, alcanza hasta clases muy pudientes de la sociedad. Incluye la delincuencia profesional y las sociedades secretas del género del *ku-klux-klan*. Comprende negros y chinos y elementos desarraigados de todos los linajes y razas europeas, y posee organizaciones muy eficaces,

antiguas ya en parte, del orden de la camorra italiana, de las *guerrillas* (1) españolas y de los nihilistas rusos de antes de 1917 y los chekistas de después. Los linchamientos, los secuestros y los atentados, los asesinatos, robos e incendios son medios, contrastados hace ya mucho tiempo, de propaganda políticoeconómica. Sus cabecillas, a la manera de los Jack Diamond y los Al Capone, poseen villas y automóviles y disponen de cuentas bancarias que superan a las de muchos trusts e incluso a las de algunos Estados de mediana importancia. En los territorios muy vastos y escasamente poblados, las revoluciones tienen necesariamente otra forma que en las capitales de la Europa occidental Así lo demuestran incesantemente las repúblicas latinoamericanas. No existe aquí un Estado fuerte que haya de ser derrocado en lucha contra un ejército con antiguas tradiciones; pero tampoco un Estado que garantice el orden con sólo ya el respeto a su existencia Lo que aquí se llama *government* puede disolverse muy súbitamente en nada. Ya antes de la guerra hubo muchas ocasiones en las que, ante una huelga, los trusts defendieron sus propiedades con fortificaciones y puestos de ametralladoras propios. En el «país de la libertad», la única garantía es la decisión de los hombres libres de valerse por sí mismos —el revólver en el bolsillo del pantalón es una invención americana—; pero tal decisión está tan libremente al alcance de los que poseen como al de los demás. Hace poco, los granjeros de Iowa sitiaron un par de ciudades y amenazaron con dejarlas morir de hambre si no les compraban sus productos a un precio digno de los hombres. Años atrás se habría tenido por loco a quien hablara de revolución con referencia a aquel país. Hoy, tales ideas están en la orden del día. ¿Qué harán las masas de los sin trabajo —compuestas, repito, en su mayor parte por individuos que no son «americanos cien por cien»— cuando sus fuentes de socorro se agoten por completo y no exista una ayuda del Estado por no existir un Estado organizado con una estadística y una comprobación honradas de los verdaderos necesitados? ¿Recordarán la fuerza de sus puños y su comunidad de intereses económicos con el mundo abisal? Y las clases superio-

(1) *N. del T.* — En español en el original.

res, espiritualmente primitivas, que sólo piensan en el dinero, ¿revelarán en la lucha contra este tremendo peligro *fuerzas morales* latentes que conduzcan a la verdadera edificación de un Estado y a la disposición anímica a sacrificar por él vidas y haciendas, en lugar de concebir, como hasta ahora, la guerra como un medio de ganar dinero? ¿O predominarán, a pesar de todo, los intereses económicos particulares de algunos sectores y conducirán, como ya sucedió en 1861, a la división del país en Estados distintos, acaso el Nordeste industrial, las comarcas agrícolas del Este medio, los Estados negros del Sur y el territorio allende las Rocky Mountains?

Dejando aparte al Japón, que sólo desea llevar a cabo, sin que nadie le estorbe, sus planes imperialistas en el Asia oriental y hacia Australia, hay sólo un país que lo haría todo y consentiría en toda clase de sacrificios por promover una tal disociación: Inglaterra. Ya lo hizo una vez, llegando hasta muy cerca de la declaración de guerra. Fué en los años del 1862 al 1864, durante la guerra de Secesión, cuando en los puertos británicos se construían o compraban barcos de guerra y corsarios para los Estados del Sur, los cuales barcos, armados y dotados de tripulación en aguas europeas —el *Alabama* incluso con marinos de guerra británicos—, incendiaban y hundían los barcos mercantes de los Estados del Norte dondequiera los encontraban. Por entonces era aún Inglaterra señora indiscutida de los mares. Tal fué la única razón de que el Gobierno de Wáshington no osara la guerra. La «libertad de los mares» era sencillamente la libertad *inglesa* para comerciar y no otra cosa. Esto terminó en 1918. Inglaterra, que en el siglo XIX fué el escritorio del mundo, no es ya hoy bastante rica para ir en cabeza en el *tempo* de la construcción de buques y su poder no alcanza ya a impedir por la violencia que otros la sobrepasen. El presentimiento de esta frontera histórica fué uno de los motivos de la guerra contra Alemania, y el mes de noviembre de 1918 fué probablemente el último espacio de tiempo, demasiado breve, en el que esta potencia de ayer pudo permitirse la ilusión de una gran victoria. Mas, aparte de la creciente inferioridad en la construcción de navíos de guerra, el concepto del dominio de los mares ha cambiado fundamentalmente, como antes

demostramos. A más de los submarinos, los aviones han llegado a ser un arma superior, y con ello, el *hinterland* se ha hecho más importante que las costas y los puertos. Frente a las escuadrillas de bombardeo francesas, Inglaterra ha cesado de ser estratégicamente una isla. Con el navío de guerra pesado, la Inglaterra dueña del mar se hunde en el pretérito.

Pero la nación inglesa no es ya tampoco, ni en alma ni en raza, lo bastante fuerte, joven y sana, para combatir confiadamente esta tremenda crisis. Inglaterra está fatigada. Todavía en el siglo XIX hubo de dar demasiada sangre preciosa por sus posesiones, con la emigración a sus *dominions* blancos y los efectos destructores del clima en las colonias de color. Y, sobre todo, le falta la base racial de una vigorosa clase campesina. La clase superior de germanos y celtas —no hay diferencias entre ellos—, dominante desde la época de los normandos, está ya totalmente gastada. La masa de la población primitiva, erróneamente llamada celta (1), va ocupando por doquiera la situación dominante y ha transformado ya, por ejemplo, la antigua forma *oligárquica* del gobierno parlamentario distinguido en la forma continental y anárquica de sucias luchas de partidos. Galsworthy ha descrito con profunda comprensión dolorosa, en su *Forsyte Saga*, esta tragedia de la agonía. Con ello, el ideal rentista vence económicamente al imperialismo capitalista. Se conservan aún restos considerables de la pasada riqueza; pero falta el deseo de adquirir riquezas nuevas. La industria y el comercio van quedándose poco a poco anticuados en sus métodos, sin que exista energía creadora capaz de generar, según el ejemplo americano y alemán, formas nuevas. El espíritu emprendedor descaece; y la generación joven

(1) Es la misma raza a la que pertenecen el campesino y el *bourgeois* franceses y la mayoría de los españoles, después que también allí se gastó en las guerras y en la emigración el elemento nórdico. Las tribus *auténticamente* celtas no inmigraron hasta mediados del primer milenio a. de J. C., procedentes del norte de la Europa central, y es muy dudoso que se diferenciaran de los germanos en algo más que en el idioma. En tiempos de César constituían la nobleza gala y británica dominante sobre una población sometida mucho más numerosa, lo mismo que después los francos, los sajones y los normandos.

muestra espiritual y moralmente, y en su concepción del Universo, una caída temerosa y sin ejemplo en el mundo entero, desde la altura que la calidad de la sociedad inglesa hubo de alcanzar en el siglo pasado. La vieja llamada: *England expects everyman to do his duty,* que, antes de la guerra, todo joven inglés de buena familia sentía, en Eton y Oxford, dirigida personalmente a él mismo, se pierde hoy en el viento. Los jóvenes juegan con los problemas bolcheviques y hacen del erotismo un deporte y del deporte una profesión y el contenido de la vida. Los hombres de la generación anterior, que ocupaban ya altos puestos al estallar la guerra, son los únicos que se preguntan, preocupados y desesperados, quién defenderá después de ellos el ideal de la *Greater Britain.* En su *Emperador de América,* Bernard Shaw ha indicado que «algunos» preferirían reñir el combate sin esperanza contra el predominio de América, mejor que rendir las armas; ¿pero cuántos serán éstos dentro de diez o veinte años? En el Estatuto de Westminster, de 1931, Inglaterra ha equiparado por completo a sí misma a los *dominions* blancos como una *Commonwealth of nations.* Ha renunciado a la primacía y se ha aliado con estos Estados sobre la base de intereses iguales, sobre todo de la protección por la flota inglesa. Pero mañana mismo, Canadá y Australia pueden volverse sin sentimentalismo hacia los Estados Unidos, si ven mejor protegidos por ellos sus intereses; sus intereses de naciones blancas, por ejemplo, frente al Japón amarillo. Más allá de Singapur, Inglaterra no ocupa ya su situación pretérita, y si pierde la India, su posición en Egipto y en el Mediterráneo no tendrá ya sentido alguno. La diplomacia inglesa del antiguo estilo intenta vanamente movilizar como antes al continente, contra América, como frente de deudores, y contra Rusia, como frente contra el bolchevismo. Pero esto es ya diplomacia de anteayer. La cual tuvo en 1914 su último éxito fatal. ¿Y qué sucederá si ante la última rebelión del orgullo inglés saturado de tradición se ponen de acuerdo América y Rusia? *No* está ello fuera de toda posibilidad.

Frente a tales fenómenos en los que se concentra, sombrío y amenazador, el destino del mundo quizá para siglos enteros, los países románicos tienen sólo importancia provincial. También

Francia, cuya capital está en trance de convertirse en una curiosidad histórica, como Viena y Florencia, y como Atenas en la época romana. Mientras la antigua nobleza de sangre celta y germánica, cuyos árboles genealógicos se remontaban a la época entre la emigración de los pueblos y las Cruzadas, tuvo en sus manos la gran política, aproximadamente hasta Luis XIV, hubo grandes fines, como las mismas Cruzadas y las fundaciones coloniales del siglo XVII. Pero el *pueblo* francés sólo ha odiado siempre a aquellos de sus *vecinos* que se hacían poderosos, porque los éxitos de tales vecinos herían su vanidad: a los españoles, a los ingleses y, sobre todo, a los alemanes —tanto en el Estado habsburgiano como en el de los Hohenzollern—, contra los cuales el odio antiquísimo creció hasta lo insensato a partir de la fracasada «venganza por Sadowa». Nunca ha podido proyectar su pensamiento a las lejanías del espacio y del tiempo, ni en política ni en filosofía, y ha satisfecho siempre su aspiración a la *gloire* con sólo la anexión o la devastación de territorios *fronterizos*. ¿Qué francés auténtico se entusiasma en el fondo ante las gigantescas posesiones del África occidental, salvo algunos altos militares y financieros parisinos? ¿O por la Indochina? ¿Ni qué les importa la misma Alsacia-Lorena, una vez que la han «reconquistado»? Con este hecho ha perdido para ellos todo encanto.

La nación francesa se disocia cada vez más precisamente en dos elementos por completo distintos espiritualmente. El uno, mucho más numeroso, es el elemento «girondino», el francés provinciano, apasionado del ideal de rentista, el campesino y el burgués. Estos no desean más que la tranquilidad de un pueblo que se ha cansado y esterilizado en la suciedad, la avaricia y el embotamiento, un poco de dinero, vino y *amour*, y no quieren oír hablar más de gran política, de ambición económica, ni de lucha por fines vitales importantes. Mas, por encima de ellos, está la clase jacobina, en lenta disminución, que rige desde 1792 los destinos del país y ha bautizado el nacionalismo de cuño francés con el nombre de un personaje —Chauvin— de una vieja comedia representada en 1831. Esta clase se compone de oficiales, de industriales, de los altos empleados de la Administración rigurosamente centralizada por Napoleón, de los periodistas de la Prensa

parisina, de los diputados, sin distinción de partidos ni programas —ser diputado constituye en París un negocio privado, no un asunto de partido— y de algunas poderosas organizaciones, tales como las logias y las asociaciones de ex combatientes. Desde hace un siglo es dirigida y aprovechada secretamente por la alta finanza internacional parisina que paga a la Prensa y las elecciones. El *chauvinismo* es, hace ya mucho tiempo, un *negocio*.

El reinado de esta clase superior reposa hoy en el miedo sin nombre, pero auténtico, de la provincia a cualquier peligro político exterior y a una nueva desvalorización del ahorro, miedo que es mantenido por la Prensa parisina y por la habilidad desplegada en las elecciones. Pero este estado de ánimo supone aún por muchos años un peligro para todas las naciones vecinas, para Inglaterra e Italia tanto como para Alemania. Fué aprovechado en 1914 por Inglaterra y Rusia para sus fines, y todavía hoy es un instrumento a disposición de cualquier estadista hábil de un país extranjero. La figura de Chauvin va elevándose lentamente hasta la antítesis del Don Quijote español, y su grandiosa comicidad mueve ya hoy a risa a medio mundo: es el jaque envejecido, que después de muchas heroicidades, con el montón de oro mayor del mundo detrás de sí, armado hasta los dientes y protegido por todas las piezas de armadura posibles, rodeado de servidores pesadamente armados y clamando auxilio a todos sus amigos de ayer, espía por la ventana de su casa, convertida en fortaleza, y se pone fuera de sí a la vista de cualquier vecino apenas armado. Tal es el final de la *grande nation*. Su heredera en la región mediterránea y en el África del norte será quizá la creación de Mussolini, si éste logra conservarla bajo su dirección el tiempo suficiente para que adquiera la firmeza y la consistencia espiritual necesarias.

De ninguna de estas potencias puede hoy decirse si a mediados de siglo subsistirá aún en su forma actual. Inglaterra puede haber quedado limitada a su isla y América puede haberse derrumbado; el Japón y Francia, únicas naciones que saben hoy lo que vale un ejército fuerte, pueden haber caído en manos de déspotas comunistas. Las posibilidades futuras de Rusia no son, en parte, siquiera sospechables. Pero la situación momentánea es

presidida por la oposición entre Inglaterra y Rusia en Oriente y entre Inglaterra y América en Occidente. En ambos casos, Inglaterra retrocede económica, diplomática, militar y moralmente, y mucha parte de las posiciones perdidas no puede ser ya reconquistada de ningún modo, ni siquiera con una guerra. ¿Significa esto acaso una elección forzosa entre la guerra y la capitulación? ¿O ni siquiera tal elección se ofrece ya al que sucumbe? La mayoría de los anglosajones de ambas orillas del Atlántico se *creen* ligados por la sangre y la tradición demasiado firmemente para que pueda planteárseles en este terreno un fatal dilema. Pero la creencia de que la sangre es más densa que el agua ha resistido mal la prueba en Inglaterra y Alemania. El odio entre hermanos ha sido siempre más fuerte que el odio a los extraños, y es precisamente susceptible de crecer de repente, por pequeños motivos, hasta convertirse en una pasión que no consiente ya la retirada.

Tal es el aspecto del mundo que rodea a Alemania. En esta situación, una nación sin caudillo y sin armas, empobrecida y desgarrada, *no tiene siquiera asegurada la mera existencia.* Hemos visto asesinar a millones de hombres en Rusia y morir de hambre en China, y ello no fué para el resto del mundo más que una noticia periodística, olvidada al día siguiente. Nadie perdería fuera la tranquilidad si en algún lugar de la Europa occidental sucediese algo todavía peor. Sólo las amenazas asustan; con los hechos consumados el hombre se conforma pronto. Sean individuos o pueblos los que mueran, no dejan hueco tras de sí. Ante esta situación, nosotros, los alemanes, no hemos producido más que mucho ruido en torno de los ideales de partido y de las riñas vulgares por las ventajas de grupos profesionales y de rincones obscuros de la nación. *Pero la renuncia a la política mundial no protege de las consecuencias de la misma.* En los años en que Colón descubrió América y Vasco de Gama halló la ruta marítima de las Indias orientales, cuando el mundo europeo occidental comenzó a extender su poderío y su riqueza por la esfera terrestre, fué clausurado, a petición de los comerciantes ingleses, el *Stahlhof* de Londres, último indicio de la pasada gran potencia hanseática, y con él desaparecieron de los océanos los buques mercantes alemanes, porque no había una bandera alemana que pudiera on-

dear en sus mástiles. De este modo, Alemania quedó convertida en un mero país y *demasiado pobre* para una gran política. Tuvo que guerrear con dinero ajeno y *al servicio* de tal dinero, y guerreó por míseros harapos de su propio territorio, arrancados por un Estado enano a otro. Las grandes decisiones lejanas no eran tenidas en cuenta ni comprendidas. Por política se entendía algo tan lamentable y pequeño que sólo hombres de muy mezquino carácter querían ocuparse de ello. ¿Habrá de volver a ser así ahora, en las décadas decisivas? ¿Habremos de ser devorados por los acontecimientos como soñadores, quiméricos y camorristas, y no dejar tras de nosotros algo que termine nuestra historia con alguna grandeza? La partida de dados en la que se juega el dominio del mundo acaba de empezar. Se jugará hasta el final entre hombres fuertes. ¿No habrán de estar los alemanes entre ellos?

LA REVOLUCIÓN MUNDIAL BLANCA

10

Tal es el aspecto de la era de las guerras mundiales, en cuyos comienzos ahora nos hallamos. Pero detrás emerge el segundo elemento de la tremenda subversión: la revolución mundial. ¿Qué quiere? ¿En qué consiste? ¿Qué significa en su transfondo tal concepto? Su contenido pleno es hoy tan poco comprendido como el sentido histórico de la primera guerra mundial, tan inmediata aun a nosotros. No se trata de la amenaza de la economía mundial por el bolchevismo de Moscú, como creen unos, ni tampoco de la «liberación» de la clase trabajadora, como opinan otros. Estas son sólo cuestiones superficiales. Ante todo, esta revolución no es sólo una amenaza, sino que estamos ya plenamente en ella y no desde ayer y hoy, sino desde hace más de un siglo. Cruza la lucha «horizontal» entre los Estados y naciones, con la lucha vertical *entre las clases dirigentes de los pueblos blancos y las demás*, y al fondo ha comenzado ya la segunda parte, mucho más peligrosa, de esta revolución: *el ataque contra los blancos en general por parte de la masa conjunta de la población de color de la tierra, la cual población va lentamente adquiriendo conciencia de su comunidad.*

Esta pugna no se desarrolla tan sólo entre las distintas clases de hombres, sino más allá, entre los estratos de la vida anímica y hasta en el hombre individual. Casi todos nosotros entrañamos esta discordia del sentir y el pensar, aunque no lo sepamos. Por eso son tan pocos los que llegan a darse clara cuenta de en qué lado están realmente. Pero precisamente este hecho demuestra la necesidad interior de tal decisión, que va mucho más allá del de-

seo personal y de la acción personal. Con los lemas nacidos de la moda dominante del pensamiento —bolchevismo, comunismo, lucha de clases, capitalismo y socialismo—, con los cuales todo el mundo cree precisamente inscrita la cuestión, porque no es capaz de ver el transfondo de las cosas, se adelanta aquí muy poco. Lo mismo ha sucedido en todas las culturas pasadas al llegar éstas al mismo grado, por poco que sea lo que en detalle sepamos de ello (1).

Pero de la antigüedad sabemos bastante. La culminación del movimiento revolucionario ubica en la época desde Tiberio y C. Graco hasta Sila; pero la lucha contra la clase dirigente y contra toda su tradición comenzó un siglo entero antes con C. Flaminio, cuya ley agraria del año 232 ha sido acertadamente señalada por Polibio (II, 21) como el comienzo de la desmoralización de la masa popular. Esta evolución sólo pasajeramente fué interrumpida y desviada por la guerra contra Aníbal, a cuyo término ya fueron incorporados esclavos al «ejército de ciudadanos». Desde el asesinato de los dos Gracos —y de su gran adversario, Escipión el Joven—, los poderes conservadores del Estado, de vieja tradición romana, se desvanecen rápidamente. Mario, del pueblo bajo y ni siquiera oriundo de Roma, formó el primer ejército no basado en el servicio militar obligatorio, sino integrado por voluntarios adeptos a su persona, e intervino con él sangrienta y brutalmente en las cuestiones interiores de Roma. Los antiguos linajes, en los que se fomentaban desde siglos atrás las dotes de estadista y la conciencia moral del deber, y a los cuales debía Roma su posición como potencia mundial, fueron en buena parte exterminados. El romano Sertorio intentó fundar en España, con las tribus bárbaras de aquel país, un anti-Estado, y Espartaco sublevó a los esclavos de Italia para la destrucción del mundo romano. La guerra contra Yugurta y la conspiración de Catilina revelaron la decadencia de las mismas clases imperantes, cuyos elementos desarraigados estaban en todo momento prontos a pedir auxilio al enemigo y al populacho del Foro para que defendiesen sus su-

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 233 y siguientes y 276 y siguientes.

cios intereses de dinero. Salustio tiene plena razón: por el dinero, del cual estaban igualmente ansiosos la plebe y los ricos especuladores, se hundieron el honor y la grandeza de Roma, su raza y su idea. Pero —lo mismo que hoy— esta masa urbana, venida de todos lados, no fué movilizada y organizada de dentro afuera para conquistar su «derecho» a gobernarse a sí misma y lograr su «libertad» venciendo la opresión de las clases dominantes, sino como medio para los fines de políticos negociantes y revolucionarios de profesión. De estos círculos ha surgido la «dictadura de abajo» como última consecuencia necesaria de la anarquía democrática radical, entonces como ahora. Polibio, que poseía experiencia de hombre de Estado y una aguda visión de la marcha de los acontecimientos, lo previó así con seguridad treinta años antes de Cayo Graco: «Cuando ambicionan altos empleos del Estado y no pueden obtenerlos por sus méritos y talentos personales, derrochan dinero, seduciendo y atrayéndose a la masa por todos los medios posibles. La consecuencia es que este arrivismo político acostumbra al pueblo a tomar regalos y le infunde un ansia de dinero obtenido sin trabajar. Con ello perece la democracia y es substituida por la violencia y el derecho de los puños. Pues en cuanto la multitud, acostumbrada a vivir de la propiedad ajena y a fundar la esperanza de su sustento en la fortuna de los demás, encuentra un caudillo ambicioso y decidido, pasa al empleo del poder de sus puños. Y entonces, aglomerándose, asesina, saquea y hace suya la propiedad de los demás, hasta que, totalmente corrompida, cae en poder de un dictador ilimitado» (1). ... «Pero la verdadera catástrofe será provocada por la masa cuando se estime perjudicada por el ansia de dinero de los unos, en tanto que la ambición de los otros, halagando su vanidad, la induzca a sobrestimarse. Se alzará furiosa, no dará ya oídos más que a la pasión en toda clase de negociaciones y no prestará obediencia a los que llevan las riendas del Estado, ni siquiera les reconocerá iguales derechos, sino que exigirá en todo y para todo el derecho a decidir. *Llegadas las cosas a este punto, el Estado se adornará* con los nombres más bellos, los de libertad y gobierno del pueblo

(1) VI, 9.

por sí mismo; pero en realidad habrá recibido la forma peor: la oclocracia, la dictadura de la plebe» (1).

Esta dictadura no es hoy ya sólo una amenaza suspendida sobre los pueblos blancos, sino que nos hallamos bajo su pleno imperio, y tan honda y evidentemente, que ni siquiera lo notamos. La «dictadura del proletariado», esto es, de sus usufructuarios, de las organizaciones obreras y de los hombres de partido de todos los órdenes, es un hecho consumado, sea que los gobiernos estén formados por ellos o dominados por ellos a consecuencia del miedo de la «burguesía». Tal era lo que Mario se proponía; pero fracasó a causa de su total carencia de dotes de estadista. Su sobrino César sí las poseía en cambio, y puso fin a la temerosa era revolucionaria con *su* forma de la «dictadura de arriba», que substituyó la anarquía partidista con la autoridad ilimitada de una personalidad superior; forma a la que dió para siempre su nombre. Su asesinato y las consecuencias del mismo no pudieron ya cambiar nada. A partir de él, las luchas no son ya por dinero o por la satisfacción del odio social, sino tan sólo por la posesión del poder absoluto.

Con la lucha entre el «capitalismo» y el «socialismo» no tiene esto nada que ver. Por el contrario: la clase de los grandes financieros y especuladores, los *equites* romanos, nombre que desde Mommsen es erróneamente traducido por el de «caballeros», se han entendido siempre muy bien con la plebe y con sus organizaciones, los clubs electorales *(sodalicia)* y las bandas armadas, como las de Milón y Clodio (2). Daban el dinero para las elecciones, los motines y los sobornos, y C. Graco les entregó en cambio, para su ilimitada explotación bajo la protección del Estado, las provincias, en las cuales difundieron la más espantosa miseria con sus depredaciones y sus negocios usurarios y vendiendo como esclavos a los pobladores de ciudades enteras. Y a más, proveía con ellos los tribunales de justicia, en los cuales podían juzgar sus propios delitos y absolverse recíprocamente. A cambio de esto se lo prometieron todo; pero le abandonaron y dejaron venirse abajo

(1) VI, 57.
(2) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 282 y siguientes.

sus reformas, seriamente planeadas, en cuanto pusieron a seguro su propio provecho. Esta alianza entre la Bolsa y el sindicato subsiste hoy como entonces. Está basada en la evolución natural de tales épocas, porque surge del odio común contra la autoridad del Estado y contra los directores de la economía productora, que se oponen a la tendencia anarquista a ganar dinero sin esfuerzo. Mario, políticamente un pobre necio, como tantos populares jefes de partido, y sus satélites Saturnino y Cinna, no pensaban de otro modo que Graco, y por eso Sila, el dictador del lado nacional, después del asalto de Roma, hizo entre los financieros una terrible carnicería, de la cual no se repuso jamás dicha clase. Desde César desaparece completamente de la historia como elemento *político*. Su existencia como poder político se hallaba íntimamente enlazada a la época de la anarquía democrática partidista, y no la ha sobrevivido.

II

Esta revolución, que duró más de un siglo, no tiene en su transfondo nada que ver con la «economía». Es un largo período de descomposición de la vida total de una cultura, comprendida la cultura misma como cuerpo viviente. La forma interior de la vida descaece, y con ella la fuerza de exteriorizarla, una vez madurada hasta la última culminación de sus posibilidades, por medio de obras creadoras, cuyo conjunto constituye la *historia* de los Estados, las religiones y las artes. El individuo, con su existencia privada, *sigue* la marcha de la totalidad. Su acción, su conducta, su voluntad, su pensamiento y su experiencia constituyen necesariamente un elemento, por mínimo que sea, de esta evolución. Si esto lo confunde con meras cuestiones económicas, ello es ya un signo del desmoronamiento que se produce también en su interior, lo advierta él y lo reconozca o no. Es evidente que las formas económicas son cultura en el mismo grado que los Estados, las religiones, los pensamientos y las artes (1). Pero a lo que se apunta no es a las formas de la vida económica, las cuales na-

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 304 y siguientes.

cen y se extinguen *independientemente* de la *voluntad humana*, sino al producto material de la actividad económica, el cual se equipara hoy, sin más ni más, al sentido de la cultura y de la historia, y cuya disminución se considera, de un modo plenamente materialista y mecanista, como «causa» y contenido de la catástrofe mundial.

El escenario de esta *revolución de la vida*, y al mismo tiempo su «razón» y su expresión, es la gran urbe, tal como ésta comienza a formarse en la declinación de todas las culturas (1). En este mundo pétreo y petrificante se aglomera, en proporción siempre creciente, pueblo desarraigado, substraído al agro campesino; «masa» en un temeroso sentido; humana arena informe con la que pueden, sin embargo, amasarse productos artificiales y, por tanto, efímeros: partidos, organizaciones proyectadas conforme a programas e ideales, pero en los que se han extinguido las fuerzas de crecimiento natural saturado de tradición por la secuencia de las generaciones, y sobre todo la fertilidad natural de toda vida, el instinto de la *duración* de las familias y las razas. La abundancia de hijos, señal primera de una raza sana, se hace molesta y ridícula (2). Es éste el signo más grave del «egoísmo» de los hombres de las grandes urbes, átomos independizados; del egoísmo, que no es la antítesis del colectivismo actual—no hay entre ambos diferencia alguna; un conglomerado de átomos no es más viviente que un átomo solo—, sino la antítesis del instinto de pervivir en la sangre de la progenie, en el cuidado creador de la misma y en la duración de su nombre. En cambio, brota en cantidad inverosímil la inteligencia desolada, floración única y mala hierba del empedrado ciudadano. La cual no es ya la profunda sabiduría ahorrativa de las viejas estirpes campesinas, que se mantiene verdadera en tanto que duran las estirpes de las que forma parte, sino el mero espíritu del día, de los diarios, de la literatura del momento y de los mítines, el espíritu sin sangre, que roe con su crítica cuanto de cultura auténtica, brotada y *crecida*, queda aún vivo y en pie.

(1) *La decadencia de Occidente*, t. III, págs. 144 y siguientes.
(2) *La decadencia de Occidente*, t. III, págs. 150 y siguientes.

Pues la cultura es una *planta*. Cuanto más perfectamente representativa es una nación de la cultura, entre cuyas más nobles creaciones se cuentan siempre los pueblos mismos de cultura; cuanto más decisivamente corresponden su estructura y su cuño al estilo de una cultura auténtica, más ricamente articulado en clases y categorías aparece su crecimiento, con respetuosas distancias desde la población campesina arraigada en la tierra hasta las clases dirigentes de la sociedad urbana. En esta articulación la altura de la forma, de la tradición, la crianza y las costumbres, la superioridad innata de los linajes, los círculos y las personalidades dirigentes significan la vida, el *destino* de la totalidad. Una *sociedad* en este sentido permanece a salvo de las clasificaciones y las imágenes optativas meramente intelectuales, o, si no, deja de ser. *Se compone ante todo de órdenes de categorías, y no de «clases económicas»*. Este punto de vista materialista inglés, que desde Adam Smith se ha desarrollado del racionalismo creciente y con él y ha sido incluído por Marx, hace casi cien años, en un sistema superficial y cínico, no se ha hecho más exacto por haber sido puesto en práctica y regir en el momento actual el pensamiento, la visión y la voluntad de los pueblos blancos. Es un signo de la *decadencia* de la sociedad, y nada más. Ya antes de finalizar el presente siglo se preguntarán con asombro las gentes cómo esta valoración de las formas y los grados sociales según la condición de «patrono» u «obrero», o sea según la *cantidad* de dinero que el individuo tiene o quiere tener como fortuna, renta o salario, pudo ser siquiera tomada en serio; con arreglo a la cantidad de dinero, y no a la manera—enlazada a la clase a la que el individuo pertenezca— en que la misma fué adquirida y constituída en propiedad auténtica. Este es el punto de vista del proletario y del *parvenu*, que, en último fondo, son el mismo tipo, la misma planta del empedrado de las grandes urbes, desde el ladrón y el agitador callejero hasta el especulador en Bolsa y el político de partido.

Pero «sociedad» significa tener cultura, tener forma hasta en el rasgo más mínimo de la actitud y del pensamiento, forma constituída por una larga crianza de generaciones enteras, por costumbres severas y una rígida concepción de la vida, que penetran

la existencia conjunta con mil deberes y vínculos nunca exteriorizados y sólo rara vez emergentes en la conciencia, pero que constituyen con ello, a todos los hombres comprendidos en su radio, en una unidad viviente, más allá muchas veces de las fronteras nacionales, como la nobleza de las Cruzadas y la del siglo XVIII. Esto es lo que determina la categoría y lo que se llama «tener mundo». Y lo que ya entre las razas germánicas era designado, casi místicamente, con el nombre de *honor*. Este honor era una fuerza que penetraba la vida entera de las generaciones. El honor personal era sólo el sentimiento de la responsabilidad incondicional del individuo en cuanto al honor de clase, al honor profesional y al honor nacional. El individuo convivía la vida de la comunidad, y la existencia de los demás era también la suya. Lo que él hacía implicaba la responsabilidad de todos, y por entonces un hombre no moría tan sólo espiritualmente cuando su sentimiento del honor o el de los suyos era mortalmente herido por culpa suya o ajena. Todo lo que se llama deber, la *premisa de todo derecho auténtico*, la substancia básica de toda costumbre distinguida, procede del honor. La gleba tiene su honor como todo oficio, como el comerciante y el oficial, el funcionario y las viejas estirpes principescas. Quien no lo tiene, quien «no da valor ninguno» al decoro ante sí mismo como ante sus semejantes, es *ordinario*. *Esta* es la antítesis de la distinción en el sentido de toda sociedad auténtica, y no la pobreza, la falta de dinero, como lo juzga la envidia de los hombres de hoy, después que se ha perdido todo instinto de la vida distinguida y de la sensibilidad distinguida y se han hecho igualmente plebeyas las maneras públicas de todas las «clases» y todos los «partidos».

En la antigua sociedad distinguida de la Europa occidental, que a finales del siglo XVIII alcanzó, en cuanto a elevación de la vida y finura de las formas, algo que no podía ya ser superado, y que en algunos rasgos comenzaba ya a ser quebradizo y morboso, brotó y creció aún, de los años 40 al 50, la victoriosa burguesía anglopuritana, que tenía la ambición de equipararse en su manera de vivir a la alta nobleza y, a ser posible, fundirse con ella. En esto, en la *incorporación* continua de nuevas corrientes de vida humana, se muestra la energía de las antiguas formas *crecidas*.

Los plantadores de la América del Sur española y de la América del Norte inglesa constituían ya desde mucho atrás una aristocracia conforme al modelo de los grandes de España y los lores ingleses. La aristocracia norteamericana fué aniquilada en la guerra civil de 1861 al 65 y substituída por los *parvenus* de Nueva York y Chicago con la jactancia de sus millones. Todavía después de 1870 la nueva burguesía alemana creció dentro de la severa concepción de la vida del oficial y el funcionario prusianos. Pero tal es la premisa de la existencia social: aquello que por sus capacidades y su fuerza interior se eleva a estratos superiores, tiene que ser educado y ennoblecido por el rigor de la forma y la incondicionalidad de las costumbres para representar y transmitir en adelante por sí mismo, en sus hijos y nietos, dicha forma. Una sociedad viva se renueva incesantemente con sangre preciosa que afluye a ella de abajo y de fuera. La fuerza interior de la forma viva es probada por su capacidad de acoger, afinar e igualar, sin perder en seguridad. Pero en cuanto esta forma de la vida deja de ser *evidente*, en cuanto da siquiera oídos a la crítica sobre su necesidad, está acabada. Se pierde la percepción de la necesidad de la articulación que señala a cada orden de hombre y de actividad humana su categoría en la totalidad, esto es, el sentido de la necesaria *desigualdad* de las partes, la cual no es otra cosa que la estructura orgánica. Se pierde la conciencia serena de la propia categoría y se olvida la norma de aceptar la subordinación como cosa natural; y en el mismo grado, *sólo como consecuencia de ello*, olvidan las clases inferiores prestar tal subordinación y reconocerla como cosa necesaria y justificada. También en este área, como en todas, la revolución es iniciada desde arriba, para dejar luego su lugar a revueltas de abajo. Los derechos «generales» se han otorgado siempre a aquellos que nunca habían pensado en demandarlos. Pero la sociedad reposa en la desigualdad de los hombres. Es ello un hecho natural. Hay seres vigorosos y débiles, llamados a ser caudillos y totalmente incapaces de serlo, creadores y estériles, honrados, perezosos, ambiciosos y conformes. Cada uno tiene su lugar en la ordenación del todo. Cuanto más importante es una cultura, cuanto más se aproxima su estructura a la de un noble cuerpo animal o vegetal, mayores son las diferencias

de los elementos constructivos, *las diferencias, no las oposiciones*, pues éstas sólo luego son introducidas por la razón. A ningún servidor de casa grande se le ocurre considerar su igual a un campesino, y ningún obrero especializado consiente que sus peones y ayudantes le traten de igual a igual. Este es el sentimiento *natural* de las circunstancias humanas. Los «derechos iguales» son contra naturaleza, son un indicio de la degeneración de sociedades senescentes, son el comienzo de su desmoronamiento incontenible. Es tontería intelectual querer substituir con algo distinto la estructura de la sociedad, crecida a través de los siglos y afirmada por la tradición. No es posible substituir la vida por otra cosa. A la vida sigue sólo la muerte.

Y así se piensa realmente en último fondo. No se quiere transformar y mejorar, sino destruir. De toda sociedad caen al fondo constantemente elementos degenerados, familias gastadas, miembros decaídos de altos linajes, fracasados e inferiores en alma y *en cuerpo;* véanse si no las figuras de los asistentes a los mitines, tabernas, manifestaciones y motines; en algún modo son todos abortos de la naturaleza, gentes que en vez de raza vigorosa en su cuerpo sólo llevan en su cabeza reivindicaciones de pretensos derechos y ansia de venganza por su vida fracasada, y en los cuales es la boca la parte más importante del cuerpo. Es la hez de las grandes ciudades, el verdadero populacho, el mundo abisal en todo sentido, que en todas partes se forma en contraposición consciente al gran mundo y al mundo distinguido: bohemia política y literaria, nobles decaídos, como Catilina y Felipe Igualdad, duque de Orleáns; universitarios fracasados, aventureros y especuladores, delincuentes y prostitutas, vagos y débiles mentales, mezclados con un par de tristes soñadores apasionados por ideales abstractos cualesquiera. Un impreciso sentimiento de venganza por una mala suerte cualquiera que estropeó su vida, la carencia de todo instinto del honor y el deber y un ansia desenfrenada de dinero sin trabajo y derechos sin deberes, los une. De esta nube de miasmas surgen los héroes de un día de todos los movimientos del populacho y de los partidos radicales. Aquí recibe la palabra libertad el sentido sangriento de las épocas declinantes. Lo que se quiere es la liberación de todos los vínculos de la cultura, de toda

especie de moral y de forma, de todos los hombres cuya actitud en la vida se siente, con sorda furia, superior. La pobreza soportada orgullosamente y en silencio, el cumplimiento callado del deber, la abnegación al servicio de una misión o una convicción, la grandeza en la aceptación de un destino, la fidelidad, el honor, la responsabilidad y el rendimiento; todo esto es un reproche constante para los «humillados y ofendidos».

Pues, repitámoslo, la antítesis de distinguido no es pobre, sino «ordinario». El bajo pensar y sentir de este mundo abisal se *sirve* de la masa desarraigada, insegura ya en todos sus instintos, de las grandes ciudades, para alcanzar sus fines y placeres propios de destrucción y de venganza. Por eso se inyectan a esta masa perpleja, en discursos y escritos constantes, una «conciencia de clase» y un «odio de clase»; por eso se la describen, subvirtiendo su verdadera significación, las clases dirigentes, los «ricos» y los «poderosos», como criminales y explotadores, ofreciéndose luego a ella, los que así actúan, como redentores y caudillos. Todos los «derechos del pueblo», engañosa lisonja racionalista lanzada por los de arriba, producto de su conciencia enferma y de su pensamiento incontinente, son luego reclamados abajo como evidentes por los «desheredados», mas *nunca para el pueblo*, pues siempre fueron otorgados a quienes no habían pensado en exigirlos ni sabían qué hacer con ellos. Y realmente no debían ser otorgados al «pueblo», pues no estaban destinados a él, sino a la hez de los que se llaman a sí mismos «representantes del pueblo», la cual forma entonces un mentidero de partidos radicales, que hace su profesión de la lucha contra los poderes estructuradores de la cultura y *emancipa* a la masa con el derecho al sufragio, la libertad de Prensa y el terror.

Nace así el *nihilismo*, el odio abisal del proletario contra toda clase de forma superior, contra la cultura como conjunto de las mismas y contra la sociedad como su substrato y su resultado histórico. Que alguien tenga forma, que la domine, que se sienta bien en ella, mientras que el hombre ordinario la siente como una atadura; que el tacto, el gusto y el sentido de la tradición sean cosas que forman parte del patrimonio hereditario de las culturas superiores y presupongan una educación; que haya círculos en

los que el sentimiento del deber y la abnegación no sean ridículos, sino motivos de distinción, les llena de un sordo furor, que en épocas anteriores se agazapaba en un rincón y espumarajeaba allí a la manera de Thersites, pero que hoy se extiende amplia y generalmente, como *concepción del universo*, sobre todos los pueblos blancos. Pues la época misma se ha tornado «ordinaria», y la mayoría de los hombres no saben hasta qué punto ellos mismos lo son. La ordinariez de todos los parlamentos, la inclinación general a participar en negocios poco limpios, cuando prometen dinero sin trabajo; el *jazz* y los bailes negroides como expresión psíquica de todos los círculos; el maquillaje de prostitutas, adoptado por todas las mujeres; la manía de los literatos de ridiculizar en novelas y obras teatrales, con el aplauso general, las severas opiniones de la sociedad distinguida, y el mal gusto, extendido hasta la alta nobleza y hasta las viejas familias soberanas, de libertarse de toda coerción social y de toda vieja costumbre, demuestran que la plebe ha llegado a ser la que da el tono. Pero mientras arriba sonríen de la forma distinguida y de las viejas costumbres, porque no las llevan ya dentro como imperativos y sin sospechar que se trata de ser o no ser, desencadenan abajo el odio que quiere aniquilamiento y la envidia de todo lo que no es a todos accesible, de todo lo que sobresale y ha de ser hundido. No sólo la tradición y la costumbre, sino toda clase de cultura afinada, la belleza, la gracia, el gusto en el vestir, la seguridad en las formas de trato, el lenguaje selecto, la actitud retenida, que delata educación y autodisciplina, exasperan a la sensibilidad ordinaria. Un rostro de facciones distinguidas, un pie esbelto que pisa con ligereza y elegancia, contradicen toda democracia. El *otium cum dignitate* en lugar del espectáculo de los combates de boxeo y las carreras de los seis días, la afición perita y documentada a las artes nobles y a la poesía añeja, hasta el recreo en un cuidado huerto con bellas flores y frutas raras, excita al incendio y a la destrucción. La cultura, en su superioridad, es *el enemigo*. Porque sus creaciones no son a todos comprensibles, porque no todos pueden asimilárselas, porque no están ahí «para todos», tienen que ser destruidas.

Y esta es la tendencia del nihilismo: no se piensa en educar

a la masa llevándola a la altura de la cultura auténtica; ello es labor ardua y penosa, para la cual faltan quizá ciertas premisas. Por el contrario: *el edificio de la sociedad debe ser arrasado hasta el nivel de la plebe*. Debe regir la igualdad general: todo debe ser igualmente ordinario. La misma manera de agenciarse dinero y de gastarlo en el mismo género de diversiones: *panem et circenses* —no se necesita más ni se comprende más—. La superioridad, el gusto, las buenas maneras y toda clase de categoría interior, son un delito. Las ideas éticas, religiosas y nacionales, el matrimonio para tener hijos, la familia y la soberanía del Estado, son cosas pasadas de moda y reaccionarias. El cuadro de las calles de Moscú muestra la meta; pero no hay que engañarse: *no* es el espíritu de Moscú el que en esto ha vencido. El bolchevismo tiene su casa en la Europa occidental, y ello precisamente desde que la concepción anglomaterialista del universo adoptada por los círculos que Voltaire y Rousseau frecuentaron como alumnos estudiosos halló una expresión eficaz en el jacobinismo del continente. *La democracia del siglo XIX es ya bolchevismo*. Sólo que no poseía aún el valor de sus últimas consecuencias. Desde la toma de la Bastilla y la guillotina promotora de la igualdad general hasta los ideales y las barricadas de 1848, el año del *Manifiesto comunista*, no hay más que un paso, y sólo otro desde este último punto al derrocamiento del zarismo de estructura occidental. El bolchevismo no nos amenaza ya, *nos rige*. Su igualdad es la equiparación del pueblo a la plebe, su libertad es la liberación de la cultura y de su sociedad.

12

De una elevada cultura forma parte —y necesariamente— algo que hace prorrumpir a los seres ordinarios en delirios de envidia y odio: la *propiedad* en su sentido original, la propiedad antigua y duradera, heredada de los antepasados o constituída en decenios enteros de rigurosa y abnegada labor personal, y atendida y acrecentada luego para hijos y nietos. La riqueza no es sólo una premisa, sino, ante todo, la consecuencia y la mani-

festación de la superioridad, y no sólo por la manera en que fué adquirida, sino también por el talento necesario para informarla y emplearla como elemento de cultura auténtica. Hay que decirlo ya abiertamente, aunque sea un bofetón para la ordinariez: poseer no es un vicio, sino un *talento* del cual son capaces los menos. Es también el resultado de una larga crianza por estirpes elevadas; alguna vez resulta adquirido mediante una autoeducación basada en vigorosas cualidades raciales, por los fundadores de familias que se elevan, y casi nunca aparece dado, por genialidad original, sin la premisa de un ambiente educador y un pasado ejemplar. Lo importante no es cuánto se tiene, sino qué se tiene y cómo. La mera cantidad como fin en sí es cosa «ordinaria». Se puede querer y tener la propiedad como medio para lograr poderío. Esto es la subordinación de los éxitos económicos a los fines políticos y confirma la vieja experiencia de que para hacer la guerra y para gobernar los Estados hace falta dinero. Así lo pensó César cuando conquistó y saqueó las Galias, y, en nuestros días, Cecil Rhodes, cuando reunió en sus manos las minas surafricanas para fundar allí un reino a su gusto personal. Ningún pueblo pobre puede lograr grandes éxitos políticos, y si juzga la pobreza virtud y la riqueza pecado, tampoco merece lograrlos. La propiedad es un *arma*. Tal fué también el último sentido, apenas del todo consciente, de las expediciones marítimas y terrestres de los germanos: con los tesoros conquistados se construían barcos y se reunía un séquito. Una generosidad real caracteriza esta especie de la voluntad de poderío. Es la antítesis de la codicia y la avaricia, lo mismo que de la prodigalidad al modo de los *parvenus* y del afeminado amor al prójimo. Pero no se trata de esto. Hablamos de la propiedad en cuanto entraña la tradición de una cultura. Significa superioridad interior y distingue ante clases enteras de hombres. Para ello no hace falta gran cosa: una pequeña granja bien atendida, un oficio estimado, un jardincito que proclama el amor con que es cuidado, el hogar limpio de un minero, un par de libros o de reproducciones de arte antiguo. Lo que importa es que uno transforme tales cosas en un mundo *personal*, que las *penetre* con su personalidad. La propiedad auténtica es *alma*, y sólo en tanto que tal, cultura auténtica. Estimarla por

su valor en dinero es un error o una profanación. Dividirla a la muerte del propietario es una especie de asesinato. Tal era la concepción alemana de la herencia: era ésta, en su idea, una unidad indisoluble, penetrada del alma del que hasta su muerte la había administrado; no una cantidad divisible. ¿Pero quién comprende ya esto? ¿Quién tiene hoy todavía ojos y sentimiento para la diferencia interna, casi metafísica, entre los bienes y el dinero? (1) Los bienes auténticos son algo a lo que uno está vinculado como un guerrero germano a sus armas, las cuales se lleva consigo, como propiedad intransmisible, a la tumba; como un labrador a su cortijo, en el que trabajaron sus antepasados; como un comerciante del antiguo cuño a la firma comercial que lleva el nombre de la familia; como un artesano auténtico a su taller y a su oficio: algo cuyo valor no puede el propietario expresar en dinero, sino que consiste en un nexo cuya destrucción hiere la vida. Por eso la «propiedad» verdadera es siempre inmueble en el más profundo sentido. Está adherida al propietario. *Consiste* en cosas y no está «empleada» en ellas (2) como las meras fortunas, sólo cuantitativamente determinables y propiamente sin patria. Por eso las familias que se elevan aspiran siempre a la propiedad territorial como forma primordial de los bienes inmuebles, y las que descienden procuran transformarla en dinero contante y sonante. En ello reposa también la diferencia entre cultura y civilización.

Pero el «dinero» es una abstracción (3), una pura *masa de valores* en el sentido del mercado, que sólo matemáticamente puede ser estimada en una valuta cualquiera. Las múltiples posibilidades de lograrlo de la noche a la mañana, desde el juego de azar y el robo con fractura hasta los negocios basados en la política y la especulación bursátil con cantidades que no se tienen, y, por otro lado, la posibilidad de tirarlo en cualquier momento, son su único atractivo. En esto están de acuerdo los proletarios y los

---

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 318 y siguientes.

(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 138 y siguientes y 269.

(3) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 319 y siguientes.

parvenus, y en esto también reside una afinidad interna entre el bolchevismo y el americanismo. Lo que un jefe de partido radical o un especulador, que han hecho dinero, «tienen», debe ser *mostrado*. Los palacios de los jacobinos enriquecidos, de los financieros astutos y de los millonarios norteamericanos hablan un claro lenguaje, y lo mismo sucedía en la antigua Roma, donde Marcial, Juvenal y Petronio se burlaban de tal exposición de las masas de dinero demasiado rápidamente ganadas. Naturalmente, todo lo que tales sujetos gastan es en provecho propio, aun cuando lo gasten en una fundación, lo derrochen o se lo metan a otros, protectoramente, en el bolsillo: lo esencial es siempre el *espectador*. Todo el mundo tiene que saberlo; de otro modo no tendría sentido. Se goza en gastar por gastar. Se quiere jugar a ser un Mecenas, porque se ha oído hablar de él; pero sólo se consigue ser un ricachón jactancioso, una copia del romano Trimalcio. Se llenan las casas de cosas de las que nada se entiende y de las que lo único que importa es el precio. Todo el comercio de obras de arte vive hoy de esto, como en tiempos de César (1). Pero los «pródigos» y los «disipados» más insensatos se encuentran, sin embargo, en las tabernas, donde se beben y se juegan las ganancias sucias y los sueldos de los partidos, no en las casas burguesas de antiguos patriciados ni en las propiedades agrícolas de viejas familias. Mas como no se tiene la cultura, la *tradición* del goce, que sabe hacer de poco mucho, y que no se puede adquirir con dinero, la envidia de este orden de superioridad devora, a pesar de todo, a los hombres de naturaleza ordinaria. Hemos de repetirlo constantemente —sobre todo ahora que en Alemania los revolucionarios «nacionales» adoran el ideal de la pobreza y la miseria generales, como frailes mendicantes, declarando, de completo acuerdo con los marxistas, delito y vicio toda clase de riqueza, y combatiendo todo aquello que posee esta superioridad en cosas de cultura superior y todo lo que sobresale en capacidad de adquisición, conservación y empleo de la propiedad, y justamente por envidia de estas capacidades que a ellos les faltan por completo—: *una cul-*

(1) FRIEDLÄNDER, *Römische Sittengeschichte* (Historia de las costumbres romanas), 1920, t. III, págs. 97-117.

tura elevada va indisolublemente unida al lujo y a la riqueza. El lujo, el moverse naturalmente entre cosas de cultura, que pertenecen espiritualmente a la personalidad, es la premisa de todas las épocas creadoras, por ejemplo de la génesis de un gran arte, el cual no existe ya hoy en día porque desde el siglo pasado permanece extinguida la verdadera vida artística, que siempre se ha desarrollado dentro de la *sociedad*, entre los conocedores y los creadores de obras importantes y no entre los mercaderes de arte, los críticos de arte y los *snobs*, el «pueblo» o incluso el «público». Y la riqueza reunida en pocas manos y en clases dirigentes es, entre otras cosas, premisa de la educación de generaciones de cabezas dirigentes por el ejemplo de un ambiente cultivado, sin el cual no hay vida económica sana ni desarrollo de talentos políticos. Un inventor puede ser pobre; pero en un pueblo mendicante su talento no llega a madurar con el planteamiento de grandes tareas y a veces ni siquiera a la conciencia de sí mismo. Y no otra cosa sucede con las disposiciones políticas y artísticas. Por eso los alemanes han sido, desde 1648, un pueblo de teorizantes, poetas y músicos, vuelto de espaldas al mundo, pues sólo para ello no hace falta dinero. Confundieron y confunden aún hoy en día las imaginaciones románticas con la verdadera política, pues esto no cuesta nada —salvo el éxito—. Pero la riqueza es un concepto relativo. Lo que en Inglaterra suponía, hacia 1770, un mediano bienestar era en Prusia una riqueza. Y lo mismo la pobreza: la nobleza prusiana era, en su buena época, pobre, y por ello, en contraposición a la inglesa, pobre también en talentos estadistas, los cuales, para su desarrollo, salvo raras excepciones, presuponen la vida en el gran mundo; era pobre, pero no lo sentía como pobreza (1). La falta de una propiedad o una renta considerable no es una desdicha ni una miseria, como tampoco su posesión supone la felicidad en su sentido cotidiano. El hecho en sí no lo es; sólo un cierto pensamiento sobre él, el sentir las

(1) Evidentemente tampoco como una ventaja, cosa que hay que repetir de continuo a algunos botarates. Las alabanzas en voz alta a la pobreza son exactamente tan sospechosas como el desprecio de la riqueza: detrás se esconde el disgusto de la propia incapacidad para dejar de ser pobre.

diferencias como *oposiciones*, la *envidia*, en fin, es lo que en tal lo convierte. Para que uno se sienta miserable es preciso que antes le sea hecha repulsiva la existencia modesta, y ésta ha sido la misión de los demagogos de todos los tiempos. En la Nuremberga de Alberto Durero, por ejemplo, el hombre sencillo se gozaba sin envidia en la magnificencia de las clases superiores. Algo del esplendor de su ciudad patria recaía sobre él, y consideraba que su manera de vivir dependía del mismo y que la de los demás no había de serle grata. Precisamente el entendimiento inculto de los gañanes del campo y los obreros manuales se da cuenta de que la propiedad significa ante todo responsabilidad, preocupaciones y trabajo. Pero desde el siglo XVIII, desde la emergencia del pensamiento racionalista sobre la vida, la historia y el destino humano, la *envidia*, ajena al trabajador esforzado y aplicado por naturaleza, ha sido metódicamente fomentada, y precisamente por el mundo abisal de los políticos profesionales democráticos y por los escritores de actualidad, como Rousseau, que ganaban dinero con ello o satisfacían sus sentimientos morbosos. La codicia de la propiedad ajena, calificada de robo, sin estimar o considerar siquiera el trabajo y el talento a ella enlazados, es elevada a la categoría de *concepción del universo* y tiene por consecuencia una correspondiente *política desde abajo*.

Con ello comienza la revolución de la sociedad a adquirir una tendencia económica que se manifiesta en teorías agitadoras, no en cuanto a la organización y a los fines de la economía, sino en cuanto al valor en dinero de sus establecimientos y productos. Se crean *oposiciones* entre pobres y ricos para iniciar la lucha entre ellos. Se quiere tener «todo» lo que hay, todo lo que puede ser convertido en dinero, por medio del reparto o la propiedad común, y destruir lo que no se puede obtener, para que los demás no sigan poseyéndolo. De este sentir y este pensar *no* de las clases sociales inferiores, sino de los que se erigen a sí mismos en representantes suyos, ha nacido todo lo que en la antigüedad se llamó reparto equitativo de los bienes y lo que hoy se llama lucha de clases y socialismo. Es la lucha entre las clases de «arriba» y las de «abajo» de la sociedad, reñida entre los conductores de las naciones y los conductores del mundo abisal para los cuales las

clases de los trabajadores manuales no son más que objetos y medios para fines propios, y en la cual la sociedad envejecida sólo desarrolla una débil defensa, y en cambio sus enemigos congénitos un ataque sin piedad, hasta que el cesarismo emergente pone un fin a la dictadura del proletariado, a las tendencias de los Gracos y los Catilinas.

13

Con esto quedan sentadas las premisas necesarias para diseñar en toda su amplitud, sus fines, su duración y su evolución lógica, la revolución «blanca», cosa que nadie ha osado hasta ahora y que acaso no era tampoco posible antes de que tal revolución entrara, con las consecuencias de la primera guerra mundial, en sus décadas decisivas. El escepticismo, la premisa de la visión histórica, de la visión de la historia desde arriba —como el desprecio a los hombres es la premisa necesaria de su conocimiento profundo— no está en el principio de las cosas.

Esta revolución *no* comienza con el socialismo materialista del siglo XIX, y mucho menos con el bolchevismo de 1917. Está «en permanencia» —para usar una de sus expresiones habituales— desde mediados del siglo XVIII. Por entonces, la crítica racionalista, que se llamaba a sí misma, orgullosamente, filosofía de la ilustración (1), comenzó a volver su actividad destructora, desde los sistemas teológicos del Cristianismo y desde la concepción del universo tradicional entre las gentes cultas, que no era sino teología sin la voluntad de constituir un sistema, a los hechos de la realidad, al Estado, a la sociedad y, por último, a las formas *crecidas* de la economía. Comenzó a vaciar los conceptos de pueblo, derecho y gobierno de su contenido histórico y dió, de un modo plenamente materialista, a la diferencia de pobre y rico, la forma de una oposición *moral* afirmada como medio de agitación más que honradamente creída. *A este área pertenece la Economía política,* fundada, como ciencia materialista, alrededor de 1770, por A. Smith en el círculo de Hartley, Priestley, Mande-

(1) *La decadencia de Occidente,* t. IV, págs. 63 y siguientes.

ville y Bentham, y que se permitió considerar a los hombres como accesorios de la situación económica (1) y «explicar» la historia partiendo de los conceptos de precio, mercado y mercancía. De él procede la interpretación del trabajo, no como profesión y contenido de la vida, sino como *mercancía* con la cual comercia el trabajador (2). Todas las pasiones y todos los rasgos creadores de las personalidades y las razas vigorosas, que informan la historia, fueron olvidados: la voluntad enderezada hacia el mando y el gobierno, hacia el poder y el botín, el impulso inventivo, el odio, la venganza, el orgullo de la propia fuerza y de sus éxitos, y, del otro lado, la envidia, la pereza y los sentimientos venenosos de los inferiores. Quedaron sólo las «leyes» del dinero y del precio, que encuentran su expresión en estadísticas y curvas gráficas.

Junto a esto se inicia el flagelantismo de la sociedad declinante, demasiado ingeniosa ya, que aplaude su propio escarnio: *Las bodas de Fígaro* del señor «de» Beaumarchais, representadas contra la prohibición del rey, en el palacio de Gennevilliers, ante la nobleza cortesana sonriente; las novelas del señor «de» (3) Voltaire, devoradas en los círculos más aristocráticos, desde Londres a Petersburgo; los dibujos de Hogarth; los *Viajes de Gulliver*, y *Los bandidos* y *Cábalas y amor* de Schiller, únicas obras geniales de la poesía revolucionaria, lo demuestran así con su público, que no pertenecía en modo alguno a las clases bajas (4). Lo que se escribía en los círculos mismos, «saturados de ingenio», de la alta sociedad, las cartas de lord Chesterfield, las *Máximas* del duque de Larochefoucauld, el *Système de la nature* del barón de

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 301 y siguientes.

(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 79 y siguientes.

(3) No sólo estos aventureros y literatos pequeñoburgueses, el hijo del relojero Caron y el del empleado Arouet, sino también «de» Robespierre usó, sin derecho alguno, la partícula reservada a la nobleza, incluso en el tiempo de la Asamblea nacional. Querían ser contados entre la sociedad que destruían: rasgo característico de todas las revoluciones de este género.

(4) Lo mismo sucedió luego con la literatura socialista de los años de 1880 a 1890 y con la bolchevique posterior a 1918, pagadas una y otra en las grandes ciudades de la Europa occidental por aquellos mismos contra los cuales iban sus ataques.

Holbach, era, fuera de ellos, ininteligible, a causa ya de su ingeniosa redacción, aparte de que el saber leer y escribir no era general siquiera en las clases medias.

En cambio, los demagogos profesionales del mundo abisal urbano, que sólo sabían lanzar discursos y escribir libelos, comprendieron muy bien que de aquellos otros escritos podían extraerse frases excelentes para la agitación de las masas. En Inglaterra comenzaron los trastornos en 1762 con el caso de Wilkes, condenado una y otra vez por ofensas al Gobierno en la Prensa, y una y otra vez elegido miembro de la Cámara Baja. En los mítines y en los motines preparados *(riots)* era «Wilkes y libertad» el grito con el que se pedía la libertad de Prensa, el sufragio general e incluso la República. Por entonces escribió Marat, en Inglaterra y para los ingleses, su primer libelo: *The chains of slavery* (1774). La sublevación de las colonias americanas (1776), su declaración de los derechos del hombre y su constitución en República, sus árboles de la libertad y su puritanismo, partieron, en último término, de movimientos ingleses de aquellos años (1). A partir de 1779 nacen los clubs y las asociaciones secretas, que invadieron todo el país, aspiraban a una revolución y enviaron, desde 1790, con los ministros Fox y Sheridan a la cabeza, felicitaciones, cartas y consejos a la Convención y a los jacobinos. Si la plutocracia inglesa dominante no hubiera sido mucho más enérgica que la cobarde corte de Versalles, la revolución habría estallado en Londres antes aún que en París (2). Los clubs parisinos, sobre todo los fuldenses y los jacobinos, con inclusión de sus programas, su ramificación por toda Francia y su táctica de agitación, no son sino copias de los ingleses, y éstos, a su vez, tradujeron el término francés *citoyen*, apelativo de sus miembros, por

(1) Los americanos de opinión antirrepublicana emigraron en seguida y más o menos voluntariamente al Canadá.

(2) En Alemania no sucedió así, porque faltaba una verdadera capital con su nidada de agitadores, libelistas y delincuentes profesionales. Ideólogos si los había. Basta recordar a Georg Forster y otros, que, en Maguncia y luego en París, proclamaron su jacobinismo y murieron por él. En 1793, los clubs políticos del modelo anglofrancés tuvieron que ser prohibidos por una ley del Imperio.

citizen; crearon el neologismo *citizeness* y adoptaron el lema «Libertad, igualdad, fraternidad», así como la calificación de tiranos para los reyes. Desde entonces y todavía hoy ha sido y sigue siendo ésta la forma de preparar las revoluciones. Por aquellos días nació *como medio para tal fin* la demanda «general» de la libertad de Prensa y de reunión, la exigencia nodular del liberalismo político, la voluntad de liberarse de los vínculos éticos de una antigua cultura, una demanda que no tenía nada de general y sólo era calificada de tal por los charlatanes y escribidores que vivían de ello y querían alcanzar los fines privados de semejante libertad. Pero la vieja sociedad, poseída por el *esprit;* la gente «ilustrada», los burgueses del siglo XIX, las *víctimas* de tal libertad por lo tanto, hicieron de ella un ideal que quedaba substraído a toda crítica de lo que detrás de él se ocultaba. Hoy que tenemos a la vista no sólo las esperanzas del siglo XVIII, sino también las consecuencias del XX, puede ya por fin hablarse sobre ello. Libertad ¿de qué? ¿Y para qué? ¿Quién pagaba la Prensa y la agitación? ¿Quién ganaba con ello? Tales libertades han revelado en todas partes lo que son: medios del nihilismo para el allanamiento de la sociedad, medios del mundo abisal para inocular a la masa de las grandes ciudades aquella opinión —propia no la tiene— más prometedora de éxito para este fin (1). Por eso estas libertades —y entre ellas también el sufragio universal— son de nuevo combatidas, suprimidas y trocadas en su antítesis en el momento mismo en que han llevado el poder a las manos de sus beneficiarios, y tanto en la Francia jacobina de 1793 como en la Rusia bolchevique y en la Alemania de 1918. ¿Cuándo hubo en Alemania más suspensiones de periódicos: en 1820 o en 1920? La libertad ha sido siempre la de aquellos que querían conquistar el poder, no suprimirlo.

Este liberalismo activo pasa lógicamente del jacobinismo al bolchevismo. Lo cual no es una oposición entre el pensamiento y la voluntad. Es la forma temprana y la tardía, el principio y el fin de un movimiento *unitario.* El cual comienza precisamente alre-

(1) «Sólo clama por la libertad de Prensa quien quiere abusar de ella» (Goethe).

dedor de 1770 con tendencias sentimentales de «política social»: la estructura de la sociedad conforme a la clase y a la categoría ha de ser destruída; se quiere volver a la «naturaleza», a la horda uniforme; las clases deben ser substituídas por lo que no es de clase, el dinero y el ingenio, el escritorio y la cátedra, los contables y los escritores; en lugar de la vida llena de forma, la vida sin forma, sin maneras, sin deberes, sin distancia. Sólo alrededor de 1840 se convierte esta tendencia socialpolítica en una tendencia «económica». En lugar de ir contra la gente distinguida se va contra la que posee, desde el agricultor al patrono. A los adeptos del movimiento no se les promete ya la igualdad de derechos, sino el *privilegio* de los que nada poseen; no la libertad para todos, sino la *dictadura del proletariado de las grandes ciudades*, de la «masa obrera». Pero esto no supone una diferencia en la concepción del universo —ésta era y siguió siendo materialista y utilitaria—, sino sola y únicamente en el *método* revolucionario: la demagogia profesional moviliza *otra parte distinta* de los pueblos para la lucha de clases. Al principio, en 1770, se dirigió vacilante a los campesinos y a los trabajadores, tanto en Inglaterra como en Francia. Los *cahiers* de los diputados del campo y de las pequeñas ciudades, de 1789, que habían de representar el «clamor de la nación», fueron redactados por profesionales del clamor (1), y en su mayor parte no fueron comprendidos por los electores. Estas clases entrañaban demasiada tradición arraigada para ser incondicionalmente utilizables como medio y arma. Sin el populacho de los arrabales del Este el Terror no habría sido posible en París. Se necesitaban los puños siempre presentes de la gran ciudad. No es verdad que se tratara entonces de necesidades «económicas». Los impuestos y las contribuciones eran *derechos de soberanía*. El sufragio universal debía ser un golpe contra el *orden social*. De aquí el fracaso de la Convención: los campesinos y los artesanos no eran, para los demagogos profesionales, un cortejo seguro. Poseían un sentimiento innato de la distancia. Tenían demasiado

(1) A. Wahl, *Studien zur Vorgeschichte der französischen Revolution* (Estudios para la prehistoria de la Revolución francesa), 1901, página 24.

instinto y demasiado poca inteligencia urbana. Eran aplicados y habían aprendido algo; y, además, querían dejar su granja o su taller a sus hijos: los programas y los lemas no lograron eficacia duradera sobre ellos.

Sólo alrededor de 1840 encontró la demagogia de la Europa occidental, uniformemente progrediente, oradora y escritora (1), un medio mejor para sus fines: la masa desarraigada que se reunía en las zonas carboníferas de la Europa septentrional, el tipo del obrero al servicio de la industria (2). Hay que ver, por fin, claramente algo que ha permanecido totalmente oculto en la niebla de las luchas de los partidos políticos. No ha sido la «miseria económica» en la que el «capitalismo» habría sumido al «proletariado» la que ha conducido a la génesis del socialismo; ha sido la *agitación profesional* la que ha creado esta visión «consciente de su fin» de las cosas, lo mismo que antes de 1789 trazó el cuadro absolutamente falso de la miseria de la clase campesina (3), y ello exclusivamente porque esperaba reclutar entre ella su séquito incondicional. Y la burguesía culta y semiculta lo creyó y lo cree aún hoy en día. La palabra «trabajador» fué rodeada desde 1848 de una aureola, sin que se meditara su sentido y los límites de su empleo. Y la «clase trabajadora», que no existe en la estructura económica de ningún pueblo (4) —pues ¿qué tienen que ver unos con otros el minero, el marinero, el oficial de sastre, el metalúrgico, el camarero, el empleado de Banca, el gañán y el barrendero?—, se convierte en una realidad *política*, en un *partido* atacante, que ha dividido a todos los pueblos blancos en dos frentes, uno de los cuales tiene que mantener a un ejército de empleados del partido, oradores de mitin, periodistas y «re-

---

(1) Los conductores conocidos pertenecen todos a la «burguesía». Owen, Fourier y Engels eran «patronos»; Marx y Lassalle, «universitarios»; ya Dantón y Robespierre habían sido juristas, y Marat, médico. El resto son literatos y periodistas. No hay entre ellos ni un solo obrero.

(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 331 y siguientes.

(3) Abandonado en seguida, por cuanto no logró el efecto esperado. Realmente, en la Francia de Luis XVI, la situación del campesino era mejor que en cualquier otro lugar de Europa.

(4) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 316 y siguientes.

presentantes del pueblo» y verter su sangre por los fines privados de los mismos. Tal es el objeto de su existencia. La oposición de capitalismo y socialismo —palabras en cuya definición se ha esforzado en vano desde entonces una ingente literatura, pues las palabras vacías son indefinibles—, no se deriva de una realidad cualquiera, sino que es tan sólo una construcción estimulante. Marx la introdujo en las condiciones de la metalurgia inglesa, no la extrajo de ellas, y para ello tuvo que hacer abstracción de la existencia de todos los hombres que se ocupaban de agricultura, comercio, transporte y administración. Este cuadro de la época era tan ajeno a la realidad y a sus hombres que incluso teóricamente se ha separado el Sur del Norte: la frontera sigue aproximadamente la línea Lyón-Milán. En el Mediodía románico, donde no se necesita gran cosa para vivir y se trabaja poco, donde no hay carbón y, por consiguiente, tampoco gran industria, donde racialmente se piensa y se siente de distinto modo, se desarrollaron las tendencias anarquistas y sindicalistas, cuya imagen optativa es la disolución de los grandes organismos nacionales en pequeños grupos sin Estado que se bastan a sí mismos, en enjambres de beduinos de la inacción. En cambio, al Norte, donde el riguroso invierno exige un más riguroso trabajo y lo hace tan posible como necesario, donde a la lucha contra el hambre se junta desde los tiempos más primitivos la lucha contra el frío, nacen, de la voluntad de poderío germánica, orientada hacia las grandes organizaciones, los sistemas del comunismo autoritario con la meta final de una dictadura proletaria sobre el mundo entero. Y sólo porque en el curso del siglo XIX las zonas carboníferas de estos países septentrionales ocasionaron una acumulación de hombres y de riqueza nacional de una magnitud inaudita hasta entonces, la demagogia logró en ellos y allende sus fronteras una muy distinta fuerza de choque. Los jornales *altos* del obrero de las fábricas alemanas y americanas vencieron, precisamente porque no eran en absoluto «jornales de hambre», a los más bajos de los obreros del campo meridionales, y sólo a consecuencia de esta superioridad «capitalista» de los medios de los partidos ha vencido el marxismo a las teorías de Fourier y Proudhon. La clase trabajadora campesina ha perdido todo interés para ellos. Tiene

escaso valor como arma para la lucha de clases, ya porque no se halla constantemente a disposición en las calles y porque sus tradiciones de propiedad y de trabajo contradicen las intenciones de la teoría, siendo, por tanto, ignorada por las consignas del programa comunista. Burguesía y proletariado; esto sí se graba fácilmente, y cuanto más simple es el sujeto menos advierte cuántas cosas quedan fuera de este esquema.

Toda demagogia estructura su programa conforme a aquella parte de la nación que espera movilizar para sus fines. En Roma fué, desde Flaminio a C. Graco, la clase campesina itálica, que quería tierras para labrarlas. De aquí el reparto de la región gala al sur del Po por el primero y la demanda de reparto del *ager publicus* por el segundo. Pero Graco sucumbió porque los campesinos, que habían acudido en masa a Roma para la votación, tuvieron que volver a sus casas para recoger las cosechas. Desde entonces, la demagogia del cuño de los Cinna y los Catilina contó con los esclavos y, sobre todo, en lugar de con los laboriosos jornaleros, como desde Cleón había sucedido en las ciudades griegas, con el populacho sin oficio ni beneficio, de toda procedencia, que vagaba por las calles de Roma y quería ser alimentado y divertido: *panem et circenses*. Precisamente porque a través de todo un siglo se desarrolló una reñida competencia, cada vez más costosa, por la conquista de tales masas, crecieron éstas en una proporción tal, que todavía después de César constituía un peligro para el régimen del imperio mundial. Cuanto más inferior es un tal séquito más útil es también. Por eso desde la *Commune* parisina de 1871 el bolchevismo no ha intentado actuar tanto sobre el trabajador perito, laborioso y sobrio, que piensa en su oficio y en su familia, como sobre la canalla, hostil al trabajo, de las grandes ciudades, pronta en todo momento al asesinato y al saqueo. Por eso en Alemania, desde 1918 hasta los años del gran paro obrero, los partidos obreros gobernantes se han guardado muy bien de establecer una diferencia legal entre los sin trabajo y los vagos. Por entonces, con el socorro a los pretensos sin trabajo coexistió una falta de trabajadores, sobre todo en el campo, y nadie trató seriamente de impedirlo. Los subsidios para caso de enfermedad fueron abusivamente utilizados por millares de su-

jetos para eludir el trabajo. El paro obrero fué literalmente fomentado en sus comienzos por el marxismo. El concepto del proletario excluye la alegría de trabajar. Un obrero que sabe algo y está orgulloso de sus obras no se siente proletario. Estorba el movimiento revolucionario. Tiene que ser proletarizado y desmoralizado para ser aprovechable para él. Este es el verdadero bolchevismo, en el que esta revolución alcanza su punto culminante, pero no, ni con mucho, su término.

El hecho de considerar este bolchevismo como una creación rusa que amenazaría conquistar la Europa occidental caracteriza la superficialidad del pensamiento de todo el mundo «blanco». En realidad, nació en la Europa occidental, y precisamente, con necesidad lógica, como última fase de la democracia liberal de 1770 y como último triunfo del racionalismo político, esto es, de la osadía de querer dominar la historia con sistemas e ideales librescos. Su primera explosión de gran estilo fué, después de los combates de junio de 1848, la *Commune* parisina de 1871, que estuvo a punto de conquistar toda Francia (1). Sólo el ejército lo impidió (2) y también la política alemana, que apoyó moralmente al mismo. Entonces, y no en 1917 en Rusia, nacieron, de las circunstancias efectivas de una capital sitiada, los consejos de obreros y soldados, que Marx, incapaz en las cuestiones prácticas, recomendó desde entonces como forma posible de un gobierno comunista. Por entonces fueron llevadas a cabo por vez primera las matanzas en masa de los adversarios; matanzas que costaron a Francia más vidas que toda la guerra contra Alemania. Entonces reinó en realidad no la clase obrera, sino la canalla remisa al trabajo: desertores, delincuentes y *souteneurs*, literatos y periodistas, y entre ellos, como siempre, muchos extranjeros, polacos, judíos, italianos e incluso alemanes. Pero fué una forma específicamente francesa de revolución. De Marx no se habló para nada, y sí de Proudhon, de Fourier y de los jacobinos de 1792. Una laxa alianza de las grandes ciudades, esto es, de sus más bajas clases, debía

---

(1) El alzamiento estalló también en Lyón, Marsella, Toulouse, Creusot y Narbona, o sea, característicamente, en el Sur.

(2) Confróntese pág. 50.

someter y regir al campo y a las ciudades menores; idea típica del anarquismo romano. Algo análogo había intentado ya en 1411 el carnicero Caboche con el populacho de París, militarmente organizado. Y fué copiado en San Petersburgo en 1917 con un populacho «occidental» de la misma especie y con los mismos lemas. Pero el lado «asiático» de esta revolución rusa, que por entonces apenas apareció y que todavía hoy no ha conseguido superar las formas comunistas occidentales del régimen soviético, tiene su expresión más temprana en el alzamiento de Pugatschew (1772-75), que se apoderó de toda la región superior del Volga y amenazó temporalmente Moscú y con ello al zarismo. Los campesinos, poseídos de un entusiasmo religioso (1), y con ellos tribus enteras de cosacos, degollaron a cuantos representantes de la Rusia petrínica de formato «europeo» cayeron en sus manos: a los oficiales, a los funcionarios y, sobre todo, a los nobles de nuevo cuño. Lo mismo se habría hecho con los representantes de la burocracia soviética, y los descendientes de aquellos campesinos lo harían hoy gustosos y lo harán acaso realmente mañana. El odio contra este régimen que piensa en sistemas extranjeros, odio contra el cual el Moscú de estos días se defiende cada vez peor, es muy antiguo y se remonta hasta las rebeliones de los *strelitzes* contra Pedro el Grande. Los demócratas y los socialistas de Occidente no pueden concebirlo ni sentirlo. Surge aquí a luz la oposición entre el verdadero bolchevismo, latente en el fondo de todos los pueblos «blancos», y del que forman parte aquella misma democracia y aquel mismo socialismo, y el odio que se acumula en todas las poblaciones «de color» del mundo contra la civilización blanca en su totalidad, con inclusión de sus corrientes revolucionarias.

Pero ¿cuál es desde 1770 y, sobre todo, desde 1848 la actitud de la «sociedad» de la civilización europea occidental, que en la Inglaterra actual se da a sí misma el nombre de clase media y el de burguesía en el continente —pues también ha olvidado a los campesinos (2)—, ante el *hecho* de esta revolución progresiva des-

(1) «Dios ha querido servirse de mí como instrumento para castigar a Rusia», dijo Pugatschew ante sus jueces.

(2) Lo mismo significan de hecho en Francia, desde 1789, los términos de *citoyen* y *bourgeois*: la voluntad de la ciudad contra el campo.

de abajo, que desprecia y escarnece hace ya mucho tiempo su estadio previo liberal y sus libertades exigidas por la ilustración política, la libertad de Prensa, de asociación y de reunión y la del sufragio universal, después de haberlas aprovechado hasta las más extremas posibilidades de descomposición? Es un capítulo de escarnio el que aquí queda por referir al historiador futuro. Construída sobre los hechos primordialmente humanos de señorío, clase y propiedad, ha tolerado, «comprendido», festejado y apoyado el ataque nihilista contra ellos. Este suicidio intelectual fué la gran moda del siglo pasado.

Hemos de sentarlo una y otra vez: esta sociedad, en la que precisamente ahora se cumple el tránsito desde la cultura a la civilización, está *enferma*, enferma en sus instintos, y por ello mismo también en su espíritu. No se defiende. Halla gusto en su escarnio y en su descomposición. Se descompone cada vez más desde mediados del siglo XVIII en círculos *liberales*, y luego, contradictoriamente, en una desesperada defensa contra ellos, en círculos *conservadores*. De un lado hay un corto número de hombres que, merced a un seguro instinto de la realidad política, ven lo que sucede y adónde se va a parar e intentan impedir, mitigar y desviar; personalidades a la manera del círculo de los Escipiones, en Roma, cuyas opiniones sirvieron de base a Polibio para su obra histórica: Burke, Pitt, Wellington y Disraeli en Inglaterra; Metternich y Hegel y después Bismarck en Alemania; Tocqueville en Francia. Intentaron defender los poderes conservadores de la antigua cultura: el Estado, la monarquía, el ejército, la conciencia de clase, la propiedad y a la clase campesina, incluso en lo que tenían de objetables, y son por ello tachados de «reaccionarios»; palabra que ha sido inventada por los liberales y les es hoy a su vez aplicada por sus discípulos marxistas desde que intentan impedir las últimas consecuencias de sus actos; en esto consiste el tan alabado progreso. Del otro lado se encuentra casi todo lo que posee inteligencia urbana o, por lo menos, la admira como signo de superioridad actual y como poder en el futuro, en un futuro que es ya hoy pretérito.

En este círculo el periodismo es elevado a la categoría de expresión dominante de la época. Es el *esprit* crítico del siglo XVIII,

aguado y rebajado para uso de las medianías; y no se olvide que el *krinein* griego significa separar, dividir y descomponer. El drama, la lírica, la filosofía y hasta las ciencias naturales y la historia (1) se convierten en artículos de fondo y folletones desmedidamente tendenciosos contra todo lo que es conservador e inspiró alguna vez respeto. El partido pasa a ser el sustitutivo liberal de la clase y del Estado; la revolución, bajo la forma de luchas electorales periódicas con todos los medios del dinero, del «ingenio» e incluso, según el modelo gráquico, de la violencia física, es elevada a la categoría de proceso constitucional; y el gobierno, como sentido y misión de la existencia del Estado, es, o bien combatido y escarnecido, o bien rebajado a la categoría de un negocio de partido. *Se otorga tolerancia a los poderes de la hez de las grandes ciudades, pero no se exige de ellos.* Con sentimentalismo repulsivo, los nihilistas rusos y los anarquistas españoles son admirados por la «buena» sociedad de la Europa occidental, festejados y paseados de un salón elegante en otro. En París y en Londres y sobre todo en Suiza se protege cuidadosamente no sólo su existencia, sino su actividad subterránea. En la Prensa liberal retumban las maldiciones contra las cárceles, en las que se consumen los mártires de la libertad, y no se oye ni una sola palabra a favor de los innumerables defensores del orden del Estado hasta el simple soldado y el policía que, en el cumplimiento de su deber, han sido destrozados por la dinamita, asesinados o dejados inválidos (2).

(1) Recuérdese a Haeckel. La *Historia romana* de Mommsen es un libelo de un hombre del 48 contra «los hidalgos y los curas», con una exposición totalmente falsa de la evolución interna de Roma. Sólo Eduard Meyer, con sus *Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen* (Investigaciones sobre la historia de los Gracos) y su *Caesars Monarchie und das Prinzipat des Pompejus* (La monarquía de César y el principado de Pompeyo), ha escrito una historia imparcial de estos sucesos.

(2) Cuando Schopenhauer legó en su testamento una cantidad para los familiares de los soldados muertos en Berlín en 1848 —nadie fuera de él había pensado en estas víctimas de la revolución—, los literatos, dirigidos por Gutzkow, clamaron contra tal insulto. Del mismo espíritu proviene la compasión por el bolchevique Trotski, asesino de masas, cuando los gobiernos «burgueses» de la Europa occidental le negaron protección oficial para su visita a un balneario.

El concepto del proletariado, creado por teorizantes socialistas, con intención bien meditada, es aceptado por la burguesía. En realidad, no tiene nada que ver con los mil órdenes de trabajo penoso y perito — desde la pesca hasta la imprenta y desde el leñador hasta el maquinista que guía una locomotora—; es despreciado por los obreros laboriosos y peritos y sentido por ellos como un insulto, y debía servir tan sólo para incorporarlos al populacho, con el fin de subvertir el orden social. Sólo el liberalismo, utilizándolo como concepto asentado, ha hecho de él el centro del pensamiento político. Bajo el nombre de naturalismo nacieron una literatura y una pintura paupérrimas que elevaron la suciedad a la categoría de atractivo estético, y el pensar y el sentir ordinarios, de hombres ordinarios, a la de una concepción del universo. Por «pueblo» no se entendía ya la nación toda, sino aquella parte de la masa ciudadana que se rebelaba contra tal comunidad. El proletario aparecía como héroe en el escenario de la burguesía, cada vez más estúpida, y con él la prostituta, el vago, el agitador y el delincuente. Desde este momento se considera moderno y superior ver el mundo desde abajo, desde la perspectiva de las tabernas y las calles malfamadas. Entonces y en los círculos liberales de la Europa occidental, no en Rusia el año 18, nació el «culto al proletario». Una figuración preñada de consecuencias, mitad mentira y mitad tontería, comenzó a apoderarse de los cerebros de la gente culta y semiculta. «El trabajador» pasa a ser el hombre propiamente dicho, el verdadero pueblo, el sentido y el fin de la historia, de la política y de la preocupación pública. Se olvida que todos los hombres trabajan y, sobre todo, que hay otros que rinden un trabajo mayor y más importante: el inventor, el ingeniero, el organizador. Nadie se atreve ya a acentuar la categoría, la *calidad* de un rendimiento como criterio de su valor. Sólo el trabajo medido por horas se considera ya como tal. Y «el trabajador» es al mismo tiempo el pobre y el desgraciado, el desheredado, el hambriento y el explotado. Sólo a él se le aplican las palabras trabajo y miseria. Nadie piensa ya en los campesinos de regiones poco fértiles, en sus malas cosechas, en los peligros del granizo y de las heladas, en la preocupación por la venta de sus productos, ni en la vida miserable de

los artesanos pobres de las grandes zonas industriales, ni en las tragedias de los pequeños comerciantes, los pescadores, los inventores y los médicos, que tienen que luchar entre peligros y angustias por cada bocado del pan cotidiano y sucumben a millares sin que nadie lo advierta. Sólo «el trabajador» halla compasión. Sólo él es auxiliado, protegido y asegurado. *Más aún, es elevado a la categoría de santo, de ídolo de la época.* El mundo gira en torno suyo. Es el centro de la economía y el hijo predilecto de la política. Todos existen para él; la mayoría de la nación tiene que servirle. Es lícito burlarse del campesino, rudo y estúpido; del empleado haragán y del tendero tramposo —para no hablar del juez, el oficial y el patrono, objetos preferidos de chistes malignos—; pero nadie se atrevería a verter igual escarnio sobre «el trabajador». Todos los demás son haraganes; sólo él, no. Todos egoístas, menos él. La burguesía toda balancea el incensario ante este fantasma; todos, por mucho que rindan en su actividad personal, tienen que permanecer de rodillas ante él. Su existencia está por encima de toda crítica. Sólo la burguesía ha impuesto plenamente esta manera de ver las cosas, y los «representantes del pueblo», hábiles negociantes, viven de esta leyenda. La han contado tantas veces a los trabajadores asalariados que éstos han acabado por creerla verdadera y sentirse realmente maltratados y miserables, hasta perder todo criterio de su rendimiento y de su importancia. El liberalismo frente a las tendencias de la demagogia es la forma en que la sociedad enferma se suicida. Con esta perspectiva se desahucia a sí misma. La lucha de clases desarrollada contra ella, encarnizada y sin cuartel, la encuentra pronta a la capitulación política, después de haber ayudado a forjar las armas de su adversario. Sólo el elemento conservador, por débil que fuera en el siglo XIX, puede impedir el final en lo porvenir, y lo *impedirá*.

14

¿Quién es el que en las grandes ciudades y en las zonas industriales ha sublevado a esta masa de los asalariados, la ha organizado, la ha provisto de lemas y la ha lanzado, por medio de una

cínica propaganda, a la lucha de clases contra la mayoría de la nación? *No* ha sido el trabajador laborioso y perito; el «vagabundo», como se le llama despectivamente en la correspondencia entre Marx y Engels. En una carta a Marx, fechada el 9 de mayo de 1851, Engels habla a Marx del *populacho* democrático rojo y comunista, y en otra, del 11 de diciembre del mismo año, le escribe: «¿Para qué sirve aún esa canalla si olvida servirse de sus puños?» El obrero no es más que un medio para los fines privados de los revolucionarios de profesión. Tiene que pelear para satisfacer el odio de los mismos contra los poderes conservadores y su hambre de poder (1). Si sólo a trabajadores auténticos se les reconociera el derecho de representar a los trabajadores, los escaños de la izquierda de todos los parlamentos se quedarían casi vacíos. Entre los autores de los programas teóricos y los caudillos de la acción revolucionaria no hay ninguno que haya trabajado verdaderamente en una fábrica años enteros. La bohemia política de la Europa occidental, en la cual se desarrolla el bolchevismo desde mediados del siglo XIX, se compone de los mismos elementos que aquella de la cual se ha desarrollado el liberalismo revolucionario desde 1770. Sea a favor del «capitalismo», como en París en la revolución de febrero del 48, o en contra, como en los combates de junio, y signifiquen la «igualdad y fraternidad» las de la clase media, como en 1789, o como en 1793 y en 1918 las de las clases más bajas, en realidad los fines de los promotores de estos movimientos, y sus últimos motivos, han sido siempre exactamente los mismos, y no otra cosa sucede hoy en España y mañana quizá en los Estados Unidos. Es el populacho intelectual, capitaneado por los fracasados de todas las profesiones académicas, los incapaces y los que sufren de alguna inhibición psíquica, y del cual surgen los *gangsters* de los alzamientos liberales

(1) Friedrich Lenz (*Staat und Marxismus* [El Estado y el marxismo], 1921-1924) ha demostrado que sólo por estos motivos combatió Marx a los Estados de la Santa Alianza, antes de hacerse socialista en 1843, y que, mucho después, estaba aún dispuesto a abandonar su teoría comunista del proletariado industrial y a substituirla por otra, totalmente distinta, del movimiento campesino, para alcanzar más seguramente su fin, que era la destrucción del zarismo.

y bolcheviques. La «dictadura del proletariado», esto es, su propia dictadura con ayuda del proletariado, debe ser su venganza contra los afortunados y los que han llegado, el último medio de satisfacer su morbosa vanidad y su vulgar ansia de poder, brotadas ambas de la inseguridad de su sentimiento de sí mismos, última expresión de instintos corrompidos y mal dirigidos.

Entre todos estos juristas, periodistas, maestros de escuela, artistas y técnicos suele pasar inadvertido un tipo, el más fatal de todos: el sacerdote caído. Se olvida la honda diferencia entre la religión y la Iglesia. Religión es la relación personal con los poderes del mundo circundante, expresa en la concepción del universo, los usos piadosos y la conducta austera. Una Iglesia es la organización de una clase sacerdotal que lucha por su poder mundano. Se apodera de las formas de la vida religiosa y con ellas de los hombres a ellas adeptos. Por lo cual es la enemiga innata de todos los demás poderes: el Estado, la clase y la nación. Durante las guerras persas, la clase sacerdotal de Delfos agitó al pueblo a favor de Jerjes y en contra de la defensa nacional. Ciro pudo conquistar Babilonia y destronar a Naboned, el último rey caldeo, porque los sacerdotes de Masduk estaban en connivencia con él. La historia antigua de Egipto y la de China están llenas de ejemplos de este orden, y en Occidente sólo había tregua entre la monarquía y la Iglesia, el trono y el altar, la nobleza y los sacerdotes cuando su alianza contra terceros prometía mayores ventajas. «Mi reino no es de este mundo» es el principio más profundo de toda religión, y toda Iglesia lo *traiciona*. Pero toda Iglesia sucumbe, por el hecho mismo de su existencia, a las condiciones de la vida histórica: su pensamiento sigue las normas de la política de poderío y del materialismo económico; guerrea diplomática y militarmente y comparte con otros poderes las consecuencias de la juventud y la vejez, de la ascensión y del declive. Y sobre todo, no es honrada en cuanto a la política y la tradición conservadora del Estado y de la sociedad, ni como tal Iglesia puede serlo. Todas las sectas jóvenes son, en su último fondo, enemigas del Estado y de la propiedad, contrarias a toda jerarquía social y partida-

rias de la igualdad (1). Y la política de las Iglesias envejecidas, por conservadoras que para sí mismas sean, está siempre tentada de hacerse liberal, demócrata y socialista en lo que al Estado y a la sociedad se refiere, esto es, de actuar igualitaria y destructoramente en cuanto se inicia la lucha entre la tradición y la plebe.

Los sacerdotes todos son hombres, y con ello el destino de la Iglesia se hace dependiente del material humano del que en rápida sucesión se compone. Ni la más rigurosa selección —magistral generalmente— puede impedir que, en tiempos de decadencia social y demolición revolucionaria de todas las formas antiguas, sean frecuentes o incluso dominantes los instintos ordinarios y el pensamiento ordinario. En todas las épocas de este género hay una *plebe* sacerdotal que arrastra la dignidad y la fe de la Iglesia por la basura de los intereses políticos partidistas, se alía con los poderes revolucionarios y, con la fraseología sentimental del amor al prójimo y el amparo a los pobres, ayuda a desencadenar el mundo abisal para la destrucción del orden social —del orden al que también la Iglesia se halla irrevocable y fatalmente ligada—. Una religión es lo que es el alma de los creyentes. Una Iglesia vale tanto como el material sacerdotal que la compone.

Al principio de la Revolución francesa hallamos, junto al enjambre de corrompidos abates, que desde muchos años atrás venían ya escarneciendo de palabra y por escrito la monarquía, la autoridad y la posición social, al fraile exclaustrado Fouché y al obispo apóstata Talleyrand, regicidas ambos y ladrones de millones, duques napoleónicos y traidores a su patria. Desde 1815 el sacerdote cristiano va haciéndose cada vez más frecuentemente demócrata, socialista y hombre de partido. El luteranismo, que apenas es una Iglesia, y el puritanismo, que no lo es en absoluto, no han hecho política destructora. Sus sacerdotes pudieron ir «al pueblo» *como individuos* y con su sola representación o entrar en

(1) *E inversamente, todo movimiento revolucionario* entraña una tendencia, plenamente involuntaria y con frecuencia *inadvertida, a tomar* forma de culto. El *culto a la Razón*, de la Revolución francesa, es un conocido ejemplo, y otro el mausoleo de Lenin.

un partido obrero, hablar en los mitines electorales y en los parlamentos, escribir sobre cuestiones «sociales» y acabar siendo demagogos y marxistas. En cambio, el sacerdote católico, más fuertemente vinculado, arrastró tras de sí a la Iglesia por este camino. La Iglesia quedó entretejida en la agitación de los partidos, primero como medio eficaz y, por último, como víctima de esta política. Ya bajo Napoleón III hubo en Francia un movimiento obrerista católico con tendencias socialistas sindicalistas. En Alemania, tal movimiento nació después de 1870, ante el temor de que los sindicatos rojos conquistaran solos el poder sobre las masas de las regiones industriales. Y se convino con ellos en seguida. *Todos* los partidos obreros tienen una obscura conciencia de su comunidad, por mucho que los grupos de dirigentes se odien unos a otros.

Ha pasado ya mucho tiempo desde que la visión política mundial de León XIII hizo escuela y el clero alemán fué regido por un verdadero príncipe de la Iglesia, como el cardenal Kopp. Por entonces, la Iglesia tenía conciencia de ser un poder conservador y sabía muy bien que su destino estaba ligado al de los restantes poderes conservadores, al de la autoridad del Estado, la monarquía, el orden social y la propiedad; que en la lucha de clases no tenía más remedio que estar a la «derecha» y *contra* los poderes liberales y socialistas, y que precisamente de ello dependía para ella toda posibilidad de sobrevivir *como poder* a la época revolucionaria. Esto ha cambiado rápidamente. La disciplina anímica se ha relajado. Los elementos plebeyos de la clase sacerdotal tiranizan con su actividad a la Iglesia hasta en sus más altas esferas, y éstas tienen que guardar silencio para no descubrir ante el mundo su impotencia. La diplomacia de la Iglesia, que obraba antes con suprema distinción desde arriba y juzgando tácticamente las cosas con una previsión de decenios enteros, ha cedido el puesto en extensos sectores a los métodos ordinarios de la política cotidiana, de la agitación democrática partidista desde abajo, con sus trucos indignos y sus argumentos falaces. Se piensa y se habla al nivel del mundo abisal de las grandes ciudades. La aspiración tradicional al poder mundano se ha reducido a la mezquina ambición de victorias electorales y alianzas con otros partidos de la

plebe, para conseguir ventajas materiales. La plebe del estado sacerdotal, severamente enfrenada en tiempos, reina hoy con su pensar proletario sobre la parte valiosa del clero, que considera más importante el alma de los hombres que su voto y toma más en serio las cuestiones metafísicas que la intervención demagógica en la vida económica. Hace unos decenios no se habrían cometido errores tácticos como los recientemente observados en España, donde se ha creído posible separar los destinos del trono y el altar. Pero desde el final de la gran guerra, y sobre todo en Alemania, la Iglesia, que es un viejo poder con viejas tradiciones inflexibles y, como tal, ha de pagar muy caro su descenso a la calle, con la pérdida de consideración por parte de sus fieles, ha descendido, por la agitación de adeptos inferiores, a la lucha de clases y a la comunidad con el marxismo. Hay en Alemania un *bolchevismo católico* más peligroso que el anticristiano, porque se oculta detrás de la máscara de una religión.

Ahora bien; todos los sistemas comunistas del Occidente han brotado de hecho del pensamiento cristiano teológico: la *Utopía* de Tomás Moro, la *Ciudad del Sol* del dominico Campanella, las teorías de los discípulos de Lutero, Karlstadt y Tomás Münzer, y el socialismo de Estado de Fichte. Todos los ideales del futuro soñados y descritos por Fourier, Saint-Simón, Owen, Marx y cien otros, tienen su origen, sin que sus autores lo supieran, ni mucho menos lo quisieran, en una indignación sacerdotal y moral y en conceptos escolásticos que latían secretos en el pensamiento económico y en la opinión pública sobre las cuestiones sociales. ¡Cuánto del Derecho natural y del concepto del Estado de Tomás de Aquino hay todavía en Adam Smith y, por lo tanto —con signo contrario—, en el *Manifiesto comunista*! La teología cristiana es la abuela del bolchevismo. Toda meditación abstracta sobre conceptos económicos, pero ajena a toda experiencia económica, conduce, cuando es valiente y honradamente llevada a término, a conclusiones racionalistas contra el Estado y la propiedad, y sólo la falta de vista ahorra a estos escolásticos materialistas advertir que al final de su concatenación de ideas está otra vez el principio: que el comunismo llevado a la práctica es *burocracia autoritaria*. Para lograr el ideal hace falta la dictadu-

ra, el régimen del terror, el poder armado, la desigualdad de amos y esclavos, mando y obediencia, en una palabra, el sistema de Moscú. Pero hay dos clases de comunismo: uno, creyente, fiel por fanatismo doctrinario y sentimentalismo afeminado, que, vuelto de espaldas al mundo y hostil a él, condena la riqueza de los dichosos «perversos» y a veces también la pobreza de los honrados desgraciados. Este acaba en nebulosas utopías o con el refugio en el ascetismo, el convento, la bohemia y el vagabundaje, en los cuales se predica la vanidad de toda aspiración económica. El otro, «mundano», orientado hacia la política real, quiere, por envidia o venganza, hacer que sus adeptos destruyan la sociedad, ya que la misma les señala, con arreglo a su personalidad y a sus talentos, un puesto inferior, o arrastrar en pos de sí a las masas, por medio de un programa cualquiera, para satisfacer su voluntad de poderío. Pero también esto gusta de ocultarse bajo el manto de una religión.

También el marxismo es una religión, no en la intención de su promotor, pero sí en lo que el séquito revolucionario ha hecho de él. Tiene sus santos, sus apóstoles, sus mártires, sus padres de la Iglesia, su Biblia y su misión; tiene dogmas, inquisición, una ortodoxia y una escolástica, y, sobre todo, una moral peculiar, o más bien dos —una para los fieles y otra para los infieles—, como cualquier Iglesia. Y el hecho de que su doctrina sea enteramente materialista, ¿qué diferencia supone? ¿Acaso lo son menos los sacerdotes que intervienen como agitadores en las cuestiones económicas? ¿Qué son los sindicatos cristianos? Bolchevismo cristiano y no otra cosa. Desde el principio de la era racionalista, o sea desde 1750, hay materialismo con y sin terminología cristiana. En cuanto se revuelven los términos de pobreza, hambre, miseria, trabajo y salario —con el acento moral secundario en las palabras rico y pobre, justo e injusto—, y subsiguientemente se declara uno en favor de las exigencias sociales y económicas de orden proletario, esto es, de las demandas de dinero, es uno materialista. Y entonces, con necesidad interior, el altar mayor es substituído por la secretaría del partido, el cepillo de las limosnas por la caja electoral y el empleado del sindicato se convierte en sucesor de San Francisco.

Este materialismo de las grandes ciudades es una forma *práctica* del juicio y de la acción, cualquiera que sea la «fe» coexistente. Es la manera de ver «económicamente» la vida pública y la propia y de entender por economía, no la vocación y el contenido de la vida, sino el método de conquistar con poco esfuerzo la mayor cantidad de dinero y de placer posible: *panem et circenses*. La mayoría de los hombres no tiene conciencia de cuán materialistas son y es su pensamiento. Se puede rezar y confesar fervorosamente y tener constantemente en la boca el nombre de Dios (1), e incluso ser sacerdote de profesión y convicción, y ser, sin embargo, materialista. La moral cristiana es, como toda moral, renunciamiento y no otra cosa (2). Quien así no lo siente *es* materialista. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» —quiere decir no sentir como una miseria este duro sentido de la vida y no intentar eludirlo haciendo política partidista—. Pero esta sentencia no es ciertamente aprovechable para la propaganda electoral proletaria. El materialismo prefiere comer el pan que otros han producido con el sudor de su frente: el campesino, el artesano, el inventor o el gerente. Sin embargo, el famoso ojo de aguja, por el cual pasa algún que otro camello, no es estrecho tan sólo para el «rico», sino también para aquel que valiéndose de huelgas, sabotajes y elecciones arranca aumentos de salario y dismi-

(1) Precisamente esta moda de los oradores y los escritores de hoy demuestra que se trata de una frase hecha, de un concepto vacío, y no de la expresión de una renovación religiosa y de una vivencia interior. Hay religiones profundas y convicciones religiosas de grandes hombres que son ateas, panteístas o politeístas, en China, en la India, en la antigüedad y hoy en Occidente. La antigua palabra germánica *god* era un neutro plural, y lo fué hasta que la propaganda cristiana la convirtió en un masculino singular. Cómo se intenta descifrar el enigma impenetrable del mundo circundante y si se intenta o no descifrarlo, son cosas que nada tienen que ver con la *categoría* de la intuición y la conducta religiosas. Pero en este punto se confunde lo religioso con lo confesional, con la aceptación de doctrinas y preceptos determinados, y con lo clerical, con la aceptación de las aspiraciones de una clase sacerdotal. En realidad, la hondura de una religión depende de la personalidad de aquellos en los que alienta. Sin la piedad de los seglares, ni siquiera una religión francamente sacerdotal es viable.

(2) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 21 y siguientes.

nuciones de la jornada de trabajo, y lo mismo para quien dirige esta actividad en beneficio de su poder. Es la moral utilitaria de almas de esclavos: esclavos no sólo por la situación en la vida —en este sentido lo somos todos por el sino de nuestro nacimiento en un tiempo y un lugar determinados—, sino por su manera vulgar de ver el mundo desde abajo. Esta manera es lo que importa, se envidien o se desprecien las riquezas y se estime o se odie y se quiera derribar a quien por sus excelencias personales y con su trabajo se ha elevado a una categoría dirigente —por ejemplo, al aprendiz de cerrajero que acaba en inventor y propietario de una fábrica—. Pero este materialismo, para el que toda renuncia es incomprensible y ridícula, no es más que egoísmo, individual o de clase, el *egoísmo parasitario* de los inferiores, que consideran la vida económica de los demás y de la comunidad como objeto del cual se absorbe con el menor esfuerzo posible el mayor goce posible —*panem et circenses*—. En este sector, la superioridad personal, la aplicación, el éxito, el goce en el rendimiento son tenidos por malos, como pecado y traición. Es la moral de la lucha de clases, que reúne todo esto bajo la denominación de capitalismo, *a la que desde un principio se dió un sentido moral* (1), y lo señala como fin al odio del proletario, lo mismo que por otro lado intenta fundir, en un frente político único, a los asalariados y al mundo abisal de las grandes ciudades.

Sólo «el obrero» puede y debe ser egoísta, y no el campesino o el artesano. Sólo él tiene derechos en vez de deberes. Los demás tienen sólo deberes y ningún derecho. Es él la clase privilegiada a la que las demás tienen que servir con su trabajo. La vida económica de las naciones existe para él y ha de ser organizada atendiendo tan sólo a su gusto, aunque con ello sucumba. Esta es la concepción del universo que ha sido desarrollada por la *clase de los representantes del pueblo*, salida de la hez universitaria, desde el literato y el profesor hasta el sacerdote, concepción con la cual ha desmoralizado a las clases inferiores de la sociedad para movilizarlas en beneficio de su odio y de su hambre de poder.

---

(1) *Politische Schriften (Preussentum und Sozialismus)* (Escritos políticos [Prusianismo y socialismo]), págs. 77 y siguientes.

Por eso los socialistas de pensamiento distinguido y conservador, como Lassalle, partidario de la monarquía, y como Georges Sorel, que consideraba la defensa de la patria, la familia y la propiedad como la misión más noble del proletariado, y al que Mussolini ha dicho deber más que a Nietzsche, son poco gratos, frente a Marx, y no son nunca citados con sus verdaderas opiniones.

Entre las muchas especies del socialismo teórico o comunismo, ha triunfado, naturalmente, la más ordinaria y menos honrada en sus últimas intenciones, aquella que más brutalmente respondía al propósito de procurar a los revolucionarios de profesión el poder sobre las masas. Que la denominemos o no marxismo, es cosa indiferente. Como es también indiferente cuál sea la teoría que procura las consignas revolucionarias para la propaganda, o las concepciones no revolucionarias detrás de las que se esconde. Lo que importa es sólo el pensamiento práctico y la voluntad práctica. El que es ordinario y piensa, siente y obra ordinariamente, no se tornará otro porque se vista hábitos de sacerdote o agite banderas nacionales. Quien en cualquier lugar del mundo funda o conduce hoy sindicatos o partidos obreros (1), sucumbe pronto, casi necesariamente, a la ideología marxista, que bajo el concepto sintético de capitalismo calumnia y persigue toda jefatura política y económica, el orden social, la autoridad y la propiedad. Encuentra inmediatamente en su séquito la concepción, tradicional ya, de la vida económica como lucha de clases y pasa así a depender de él si quiere seguir siendo jefe. El egoísmo proletario es, con sus fines y sus medios, la forma en que la revolución mundial «blanca» se cumple desde hace casi un siglo, e importa poco que se denomine social o socialista y que sus caudillos acentúen su condición de cristianos o no quieran serlo (2).

---

(1) El ala izquierda del partido laborista inglés, muy nacional, y del nacionalsocialismo alemán, así como los clubs anarquistas españoles y los sindicatos americanos y japoneses, por poco que a veces quieran oír de Marx.

(2) El jefe de la Asociación católica de mineros dijo en Essen el 18 de enero de 1926: «Las ideas sociales se realizan o por el camino de la reforma o *por el camino de la violencia*. Esto no quiere ser una amenaza, sino la fijación de un hecho, y si viniera otra revolución no creo que se

La floración de las teorías reformadoras del mundo llena el siglo primero, ascendente, del racionalismo, desde el *Contrato social* (1762) hasta el *Manifiesto comunista* (1848). Por entonces se creía, como Sócrates y los sofistas, en la omnipotencia del intelecto humano y en su capacidad para dominar el destino y los instintos y poder ordenar y dirigir la vida histórica. Hasta en el sistema de Linneo entró entonces el hombre como *homo sapiens*. Se olvidó la bestia que en el hombre hay y que en 1792 hizo insistentemente recordar su existencia. Nunca se estuvo más lejos del escepticismo del conocedor auténtico de la historia y de los verdaderos sabios de todas las épocas, los cuales sabían que «el hombre es malo desde joven». Se esperaba poder organizar a los pueblos, para su bienaventuranza definitiva, conforme a programas doctrinarios. Por lo menos los lectores de tales utopías materialistas lo creyeron así; hasta qué punto lo creyeron sus autores es ya otra cuestión.

Pero esto terminó en 1848. Si el sistema de Marx ha llegado a ser el más eficiente, ha sido también por ser el último. Quien hoy traza programas políticos o económicos para la salvación de la «Humanidad» resulta anticuado y aburrido. Y comienza a resultar ridículo. Pero la acción agitadora que tales teorías ejercen sobre los imbéciles (que Lenin estimaba en un 95 por 100 de todos los hombres) es todavía muy fuerte —e incluso creciente en Inglaterra y en América—, salvo en Moscú, donde sólo para fines políticos se finge creer en ellas.

salvaran entonces las cabezas de los patronos dirigentes alemanes.» Los sindicatos católicos han pedido siempre, con el aplauso de los «ateos», la expropiación de la propiedad minera y de la gran industria con arreglo a su valor en renta actual, esto es, sin indemnización, o sea la «expropiación de los expropiadores» del *Manifiesto comunista*. (Confróntese el folleto *Christentum oder Klassenkampf?* [¿Cristianismo o lucha de clases?], de F. Holtermann, Berlín.) El disgusto creciente de valiosos sectores del clero, contra los elementos sacerdotales que contribuyeron al desarrollo del bolchevismo católico y llevaron a la alianza con la socialdemocracia, es tan grande y se ha extendido a sectores tan amplios de las clases campesina y media, que no cae fuera de toda posibilidad el nacimiento de una Iglesia nacional alemana, como ya en la época del Congreso de Viena la propugnaba von Wessenberg, el famoso vicario general del obispado de Constanza.

De estas teorías forman parte, en su último fondo, la Economía política clásica de 1770 y la concepción materialista, o sea, «económica», de la historia, igualmente vieja, que refieren ambas los destinos de milenios enteros, a los conceptos de mercado, precio y mercancía. Son interiormente afines y múltiplemente idénticas y llevan necesariamente a sueños de un *tercer reino,* al que la fe del siglo XIX en el progreso aspiró como fin de la historia. Fué el disfraz materialista de la idea del *tercer reino* imaginado por grandes cristianos góticos como Joaquín de Floris (1). Este reino debía fundar sobre la tierra la bienaventuranza definitiva, una Jauja de todos los pobres y los miserables, a los que se identificaba cada vez más insistentemente con «el trabajador». Había de traer consigo el fin de todos los cuidados, el *dolce far niente* y la paz perpetua; y la lucha de clases, con la abolición de la propiedad, el socialismo de Estado y la extinción de todos los amos y los ricos habían de abrirle el camino. Era el victorioso *egoísmo de clase;* calificado de «bien de la Humanidad» y elevado moralmente hasta el cielo.

El ideal de la lucha de clases (2) surge por vez primera en el famoso escrito de propaganda del abate Sieyès —de nuevo un sacerdote católico—, sobre el *tiers état* (1789) que debía arrasar a las dos clases superiores. Luego evolucionó lógicamente desde esta temprana concreción liberal revolucionaria hasta la forma bolchevique tardía de 1848, que desplazó la lucha desde el terreno político al económico, *no en beneficio de la economía, sino para alcanzar con su destrucción el fin político.* Cuando los ideólogos «burgueses» hallan en tal desplazamiento una transición del idealismo al materialismo, no penetran, más allá de las frases hechas, en la hondura de los últimos fines, los cuales son, en uno y otro lado, los mismos. *Todas* las teorías de la lucha de clases han sido planeadas para la movilización de las masas urbanas. Había que *crear* primero la «clase» con que poder combatir. El fin fué designado en 1848, cuando ya se tenía detrás una primera experiencia de las revoluciones; se concretó en la dictadura del proletariado,

(1) *La decadencia de Occidente,* t. II, págs. 220 y siguientes.
(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 74 y siguientes.

y lo mismo hubiera podido concretarse, en aquel punto y hora, en la dictadura de la burguesía, pues el liberalismo no pretende ser otra cosa. Tal es el último sentido de las constituciones, las repúblicas y el parlamentarismo. Pero en realidad se apuntó siempre a la dictadura de los demagogos que, con ayuda de las masas, metódicamente desmoralizadas, quieren, en parte, destruir las naciones, por venganza, y en parte, por ansia de poder, verlas sometidas a ellos como esclavas.

Todo ideal procede de alguien a quien le es necesario. El ideal de la lucha de clases liberal, tanto como el de la bolchevique, es creación de gentes que aspiraban sin éxito a elevarse a una clase social superior o se hallaban en una cuyas exigencias éticas rebasaban sus posibilidades. Marx es un burgués fracasado —de aquí su odio contra la burguesía—. Y lo mismo puede decirse de todos los demás, juristas, literatos, profesores y sacerdotes: habían elegido una profesión para la que no estaban llamados. Esta es la premisa psíquica del *revolucionario* de profesión.

El ideal de la lucha de clases es la famosa *subversión:* no la construcción de algo nuevo, sino la destrucción de lo existente. Es un fin sin porvenir. Es la voluntad de la nada. Los programas utópicos no tienen más razón de ser que el soborno de las masas. Lo único que se toma en serio es la *finalidad* de tal soborno, la creación de la clase, como elemento de combate, por medio de una desmoralización metódica. Nada aglutina más ni mejor que el odio. Pero en este área se debería hablar más bien de envidia de clases que de odio de clases. En el odio late calladamente el reconocimiento de la valía del adversario. La envidia es la mirada oblicua de abajo arriba a algo superior, que permanece incomprendido e inasequible y se quisiera, por ello mismo, rebajar, arrasar, ensuciar y despreciar. Por eso forma parte de la imagen optativa del porvenir proletario, no sólo la felicidad de la mayoría (1), consistente en la placentera inacción —*panem et circen-*

(1) La fórmula liberal *the greatest hapiness of the greatest number* procede de los materialistas ingleses del siglo XVIII, entre los cuales había teólogos creyentes como Paley y Butler. Ha evolucionado lógicamente hasta la fórmula bolchevique de la soberanía de la masa proletaria. De las diferencias congénitas de categoría entre los hombres no se habla ya

ses, de nuevo— y la paz perpetua, para poder gozar de la inacción sin cuidados ni responsabilidades, sino también y ante todo, con gusto auténticamente revolucionario, *la desgracia de los «menos»*, de los antes poderosos, distinguidos y ricos, espectáculo gozoso para los otros (1). Toda revolución lo demuestra. A los lacayos de ayer no les basta sentarse a la mesa del que fué su señor; para que su goce sea completo, tiene aquél que servirles.

El blanco de la lucha de clases, constituído alrededor de 1848 por «los tiranos» —los reyes, los nobles y los curas— pasó a ser, hacia 1850, a consecuencia del desplazamiento de la lucha política al terreno económico, «el capitalismo». Sería vana tentativa querer definir esta palabra vacía, pues no es otra cosa. No procede en absoluto de la experiencia económica, sino que integra un sentido *moral*, para no decir medio cristiano (2). Designa la suma de lo económicamente malo, el gran pecado de la superioridad, al demonio que se ha disfrazado de éxito económico. Ha llegado a ser, incluso en ciertos círculos burgueses, un mote insultante para todo lo que no se puede sufrir, para todo lo que tiene categoría, tanto para el patrono y el comerciante afortunados como para el juez, el oficial y el profesor e incluso para el campesino. *Abarca todo lo que no es el «obrero» o el caudillo obrero*, a todos los que no han fracasado por falta de talentos. Reúne a todos los fuertes y los sanos bajo la vigilancia de todos los descontentos, de toda la plebe anímica.

«El capitalismo» no es, en general, una forma de la economía ni un método «burgués» de hacer dinero. Es una manera de ver las cosas. Hay economistas que lo han hallado en la época de Carlomagno y en aldeas primitivas. Desde 1770, la Economía política considera la vida económica que es, en realidad, una *faceta* de la existencia de los pueblos, desde el punto de vista del *mercader*

---

para nada. Lo que importa es sólo la cantidad —de la felicidad y de los hombres felices—, no las calidades.

(1) También esto es un ideal de la teología cristiana, la cual cuenta entre los goces del Paraíso la posibilidad de contemplar los martirios de los condenados: «*Beati in regno coelesti videbunt poenas damnatorum, ut beatitudo illis magis complaceat*» (Tomás de Aquino).

(2) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 77 y siguientes.

inglés (1). La nación inglesa estuvo realmente a punto de monopolizar el comercio mundial. De aquí su fama de pueblo de tenderos, de masa de *shopkeepers*. Pero el comerciante no es más que un intermediario. *Presupone* la vida económica en cuanto intenta hacer de su actividad el centro de gravedad de la misma, del cual dependan todos los demás hombres como productores y consumidores. Adam Smith ha descrito esta situación de privilegio. Esta es su «ciencia». Por eso la Economía política parte hasta hoy del concepto del precio, y en lugar de *vida* económica y hombres en actividad ve sólo mercancías y mercados. Por eso, desde tal punto y sobre todo por la teoría socialista, *el trabajo* es considerado *como mercancía* y *el salario como precio*. En este sistema no encuentran cabida ni el *trabajo* director del patrono y el inventor ni el *trabajo* del campesino. Se ven tan sólo mercancías fabriles y avena o cerdos. Y al poco tiempo, los campesinos y los artesanos son olvidados por completo, y al dividir a los hombres en clases se piensa tan sólo, como Marx, en los asalariados y en los demás, los «explotadores».

Nace así la división artificial de la «Humanidad» en productores y consumidores (2), la cual, entre las manos de los teorizantes de la lucha de clases, se convierte en la pérfida oposición de capitalistas y proletarios, burguesía y trabajadores, explotadores y explotados. En cambio, del comerciante, el verdadero «capitalista», no se ha dicho nada. El fabricante y el propietario agrícola son el enemigo *visible* porque recibe el trabajo asalariado y paga el salario. Esto es insensato, pero eficaz. La estupidez de una teoría no fué jamás un obstáculo para su eficacia. En el autor de un sistema lo que importa es el sentido crítico; en los adeptos, siempre, todo lo contrario.

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 301 y 323. Todavía Sombart afirma que el sentido de toda economía está en ser una organización económica de servicios. (*Der moderne Kapitalismus*, 1919, I, pág. 319).

(2) Sombart dice en el mismo pasaje: «El capitalismo es una organización económica de servicios en la cual, de manera regular, actúan conjuntamente, ligados por el mercado, dos distintos grupos de población: los poseedores de los medios de producción, que tienen al mismo tiempo la dirección, como sujetos de la economía, y los meros obreros carentes de propiedad, como objetos de la economía.»

El «capitalismo» y el «socialismo» tienen los mismos años, son íntimamente afines, han surgido de la misma manera de ver las cosas y se hallan tarados con las mismas tendencias. *El socialismo no es más que el capitalismo de la clase inferior* (1). La teoría librecambista manchesteriana de Cobdens y el sistema comunista de Marx nacieron ambos alrededor de 1840, y en Inglaterra. Marx incluso acogió muy bien el capitalismo librecambista (2).

El «capitalismo de abajo» quiere vender la mercancía «trabajo asalariado» lo más cara posible, sin tener en cuenta la potencia adquisitiva del comprador, y entregar lo menos posible. De aquí el odio de los partidos socialistas contra el trabajo a destajo y el de calidad y su aspiración a suprimir en lo posible la diferencia «aristocrática» de salario entre los obreros peritos y los que no lo son. Quiere, por medio de la huelga —la primera huelga general se desarrolló en Inglaterra en 1841 (3)—, elevar el precio del trabajo manual y llegar finalmente, con la expropiación de las fábricas y las minas, a que la burocracia de los caudillos obreros, reinante entonces en el Estado, sea la que libremente lo fije. Pues tal es el sentido secreto de la estatización. El «capitalismo de abajo» califica de robo la propiedad que los hombres capacitados y superiores han adquirido con su trabajo, para poder apropiársela sin trabajo por la sola mayoría de los puños. Nace así la teoría de la lucha de clases, de estructura económica y sentido político, calculada la primera con arreglo al estado de ánimo de los tra-

(1) Lo que describí en *Preussentum und Sozialismus* (Prusianismo y socialismo), y ha sido casi siempre erróneamente interpretado, fué el socialismo como *actitud ética*, no como principio económico materialista.

(2) En 1847 escribió: «En general, el sistema proteccionista es hoy conservador, en tanto que el sistema librecambista actúa destructoramente. Disocia las nacionalidades anteriores y hace culminar la oposición entre proletariado y burguesía. En una palabra, el librecambismo acelera la revolución social. Y sólo en este sentido revolucionario voto yo por el librecambio.» (Apéndice a la *Miseria de la filosofía.*)

(3) De que la huelga marxista no es, sin embargo, un fin económico, sino político, la mayoría sólo se da cuenta cuando tiene ocasión de vivir una huelga general. Los socialistas alemanes han dicho, con frecuencia suficiente, que al partido no le interesaban las huelgas ganadas, sino las *perdidas*: atizan el odio y unen más fuertemente a la «clase».

bajadores y el segundo con arreglo a los intereses de los caudillos obreristas. Un fin sin duración. Los espíritus inferiores no pueden ver, más allá del mañana, en la lejanía de los tiempos y obrar para ésta. La lucha de clases había de traer la destrucción y no otra cosa. Debía apartar del camino los poderes de la tradición, tanto de la tradición política como de la económica, para procurar a los poderes del mundo abisal la venganza anhelada y el imperio. En lo que haya de venir luego de la victoria, cuando la lucha de clases pertenezca ya a un lejano pasado, no han derrochado estos círculos ni un sólo pensamiento.

De este modo, desde 1840, comienza, *por dos lados*, un ataque destructor contra la vida económica verdadera, infinitamente complicada, de los pueblos blancos: el gremio de los comerciantes de dinero y los especuladores, la *alta finanza*, penetra en ella con ayuda de la acción, del crédito y de los consejos de administración y hace dependientes de sus propósitos y sus intereses el trabajo directivo de la clase patronal técnica, en la cual se hallan muchos antiguos trabajadores manuales que se han elevado a fuerza de laboriosidad y de genio. El verdadero caudillo de la economía desciende a ser esclavo del financiero. Trabaja por la prosperidad de una fábrica que acaso en el mismo instante es arruinada por una especulación en Bolsa, de la que él nada sabe. Y desde abajo, el *sindicato de los dirigentes obreros* destruye lenta y seguramente el organismo de la economía. El arma teórica de los unos es la sabia Economía política «liberal», que conforma la opinión pública sobre cuestiones económicas, y se mezcla, aconsejando y decidiendo, en la legislación; la de los otros es el *Manifiesto comunista*, con cuyas tesis se interviene igualmente en la legislación desde la izquierda de todos los parlamentos. Y *ambas* representan el principio de la «Internacional», que es puramente nihilista y negativo: se dirige contra las formas históricas, delimitantes —toda forma, toda figura *es* delimitación— de la nación, del Estado, de las economías *nacionales*, cuya *suma* sólo es la «economía mundial». Tales formas cierran el camino tanto a los propósitos de la alta finanza como a los de los revolucionarios de profesión. Por eso son negadas y deben ser destruídas.

Pero ambas clases de teoría están hoy anticuadas. Lo que

podía decirse se ha dicho hace ya mucho tiempo, y ambas se han equivocado tanto, desde 1918, en sus predicciones —en la dirección de Nueva York o en la de Moscú—, que ya sólo se las cita sin creer en ellas. La revolución mundial ha comenzado bajo su sombra. Hoy ha llegado ya quizá a su cima; pero está aún lejos de su fin. Entretanto, toma formas libres ya de toda palabrería teórica.

15

Y ahora ya es posible, por fin, diseñar los «éxitos» que la revolución mundial tiene hoy *logrados*. Pues la revolución ha llegado a la meta. No amenaza ya, triunfa, *ha vencido*. Y si sus adeptos lo niegan, ante los demás o, consternados, ante su propia conciencia, ello no es más que la repetición de la eterna fatalidad de la historia humana, que muestra, con claridad cruel, al luchador llegado a la meta, cómo ésta es muy distinta de lo que él esperaba y cómo, casi siempre, no valía la pena.

Este éxito es prodigioso. Y tan terrible para todos los pueblos «blancos», que nadie ve o se atreve a ver todo lo que encierra, y ni sus fautores tienen el valor de reconocerlo ni los restos de la antigua sociedad conservados en la burguesía el de designar a aquéllos como tales fautores. El camino desde el liberalismo hasta el bolchevismo se cumplió primero en la lucha contra los poderes políticos. Los cuales yacen hoy destruídos, carcomidos y desmoronados. Se ha demostrado de nuevo, como en la Roma de los Gracos, que todo cuanto los contados grandes animales de presa, los estadistas y los conquistadores, han creado en siglos enteros, puede ser destruído en breve tiempo por la masa innúmera de los pequeños, por los parásitos humanos. Las viejas formas venerables del Estado yacen en ruinas. Han sido substituídas por el informe parlamentarismo, montón de escombros de lo que fué autoridad, arte de gobierno y sabiduría estadista, sobre el cual se disputan el botín los partidos, hordas de negociantes de la política. La soberanía hereditaria ha sido substituída por las elecciones, que traen a los negocios legiones constantemente renovadas de hombres de inferior calidad.

Y entre estos partidos son por doquiera los partidos obreros y sus asociaciones, que persiguen fines políticos con medios económicos y fines económicos con medios políticos, los que dan la pauta a todos los demás con sus programas y sus métodos de agitación. Cortejan *todos* a la masa de las grandes ciudades y la fustigan con las mismas esperanzan insensatas y las mismas acusaciones indignantes. Apenas ninguno se atreve ya a declarar que quiere representar a partes de la nación otras que «el obrero». A éste le tratan, sin excepción casi, como clase privilegiada, por cobardía o en espera de éxitos electorales. En todas las naciones se ha conseguido desmoralizarlo, hacer de él el ser más exigente, más descontento y, por lo tanto, más desgraciado; fundirlo con el populacho callejero en una unidad de opinión, en una «clase», y extraer de él el tipo *psíquico* del proletario que con su sola existencia garantiza el éxito revolucionario, que desprecia la laboriosidad y el rendimiento como una traición a la causa, y cuya máxima ambición es llegar a ser conductor de masas y substrato de la revolución.

No es diferencia ninguna que estos frentes de la lucha de clases hayan conservado la figura de partidos burocráticos o asociaciones obreras, como los marxistas, católicos y nacionales en Alemania y análogamente en Inglaterra; o que tengan la forma románica de clubs anarquistas y socialistas, como en Barcelona y en Chicago; o que existan, como antes en Rusia y ahora en América, en calidad de movimientos subterráneos para sólo conglomerarse visiblemente en el momento de la acción. Se componen todos de grupos imperantes de demagogos de profesión y de un cortejo guiado sin voluntad propia, que ha de servir al fin apenas comprendido y sacrificarse a él. Los gobiernos se han convertido ya mucho ha en sus órganos ejecutivos, bien porque los mismos conductores de masas poseen el poder parlamentario o porque los adversarios, hipnotizados por la ideología obrerista, carecen de valor para pensar y actuar por sí mismos.

Rigen también la economía, y por cierto con medios políticos y para un fin político. Y este fin no ha sido perdido nunca de vista: ha sido la lucha de clases contra los poderes y las formas de la vida económica, a los que se daba el nombre de «capitalismo»,

El último fin ha sido, *desde 1848, su destrucción, y este fin ha sido ya alcanzado. La catástrofe de la economía, extáticamente anunciada desde hace casi un siglo, ha llegado ya. La crisis económica mundial de estos años y de otros muchos venideros no es, como el mundo entero cree, la consecuencia pasajera de la guerra, la revolución, la inflación y el pago de las deudas. Ha sido querida. Es, en todos sus rasgos esenciales, el resultado de una labor llevada a cabo por los caudillos del proletariado, con plena conciencia de su fin.* Sus raíces se hincan más hondo de lo que se imagina, y sus efectos sólo por medio de un prolongado y duro batallar con todo lo que hoy es popular pueden ser revocados, y en su gran parte ni siquiera así. Pero la premisa de tal empresa es el valor de ver lo que sucede, y temo que no exista en cuantía suficiente. En ninguna otra época ha sido mayor la cobardía de los parlamentos, los partidos, los oradores y los escritores de todo el mundo ante la opinión pública. Están todos de rodillas ante el «pueblo», la masa, el proletariado o como quiera que llamen a lo que ha servido ciega e imprevisoramente de arma a los caudillos de la revolución mundial. El reproche de ser «hostil al obrero» hace hoy palidecer a todo político.

¿Pero quién es el que verdaderamente ha ganado la guerra? Desde luego ningún Estado, ni Francia, ni Inglaterra, ni América. Ni tampoco el obrero blanco. Por el contrario, ha sido éste el que en gran parte la ha pagado, primero con su sangre en los campos de batalla y luego con sus condiciones de vida en la crisis económica. Ha sido la víctima más señalada de sus caudillos. Fué arruinada en aras de sus fines. *El caudillo obrerista ha ganado la guerra.* Aquello que en todos los países se conoce con los nombres de partido obrero y sindicato, y que en realidad es el *sindicato de los funcionarios de los partidos, la burocracia de la revolución*, ha conquistado el imperio y rige hoy la civilización occidental. Ha llevado al «proletariado» de huelga en huelga, de motín en motín, y ha progresado por sí mismo de un acuerdo parlamentario en otro, cada vez más devastadores, logrados por su propio poder o por el miedo de la burguesía vencida. Desde 1916, y cada vez en mayor medida, todos los gobiernos del mundo han pasado a depender de ellos y han tenido que ejecutar sus órdenes,

so pena de ser derribados. Han tenido que tolerar o llevar a cabo por sí mismos las más brutales intervenciones en la estructura y en el sentido de la vida económica, desarrolladas todas en favor del trabajo de más baja categoría, del trabajo manual meramente ejecutor, en forma de desmedidas subidas de jornales y reducciones de la jornada de trabajo, de devastadoras leyes fiscales contra el producto de la función directiva, contra el antiguo patrimonio familiar, contra los oficios y contra los agricultores. *Se ha llevado a cabo el expolio de la sociedad, el cual era el pago de los mercenarios de la lucha de clases.* El centro de gravedad natural del cuerpo de la economía, el *pensamiento* económico de los expertos, ha sido substituído por otro artificial, no objetivo y de política partidista. Se ha perdido el equilibrio y el edificio se ha venido al suelo. Pero éste era desde decenios atrás el fin manifiesto del bolchevismo occidental; la catástrofe económica ha sido, pues, un *éxito táctico*, por poco que la previeran o la quisiesen los obreros. Cierto es que esta subversión del «capitalismo», este *«Juicio final» de la burguesía*, anticipadamente descrita desde 1848 y entusiásticamente ensalzada por Bebel, debía tener por consecuencia inmediata la anhelada dictadura del proletariado, esto es, de sus creadores y caudillos.

¿Pero acaso no ha sucedido así realmente? Dejando aparte Moscú, ¿qué otra cosa ha sido la república obrerista en Alemania? ¿No es, en los partidos obreros nacionales de Alemania, Inglaterra e incluso Italia, el socialismo económico, burocráticamente administrado, el ideal imperante? ¿No yacen sobre las ruinas de la economía mundial las capacidades económicas creadoras, los substratos de la economía privada, como víctimas de esta dictadura? El *caudillo económico*, el experto *conocedor* de la vida económica ha sido desplazado por el *jefe de partido*, que nada entiende de economía y tanto más de propaganda demagógica. Impera como burócrata sobre la *legislación* económica que ha substituído a la decisión libre del economista, como director de innumerables comisiones, jurados, conferencias y secciones ministeriales o como quiera que se llamen las múltiples formas de su dictadura, e incluso en el Ministerio de corporaciones fascista. Quiere el socialismo económico de Estado, la exclusión de la ini-

ciativa privada; todo lo cual es, en el fondo, una sola y misma cosa: el comunismo. Aunque con el patrono resulte también víctima el obrero, el caso es que el «caudillo obrerista» de profesión tiene por fin entre sus manos el poder anhelado y puede llevar a cabo la venganza del mundo abisal contra los hombres que, por el sino de su nacimiento, que les otorgó talentos y superioridad, estaban llamados a ver las cosas desde arriba y a dirigirlas.

Sé muy bien que los más rehusarán con espanto reconocer este derrumbamiento irrevocable de todo lo que muchos siglos han construído como cosa querida, como el resultado de una labor consciente de su fin. Pero así es, y puede demostrarse. Dicha labor comenzó en cuanto los revolucionarios de profesión de la generación de Marx comprendieron que en el noroeste de Europa la industria ligada al carbón estaba en vías de llegar a ser la parte más importante de la vida económica. La existencia de las naciones, en prodigioso crecimiento, dependía de su florecimiento. Así sucedía ya en Inglaterra y se esperaba que sucediese en Alemania, y aquellos doctrinarios que veían el mundo a través del esquema de burguesía y proletariado presuponían como evidente que así tenía que suceder en todas partes. ¿Pero cómo podía ser tal en España y en Italia, donde no había carbón, e incluso en Francia, para no hablar de Rusia? (1). Es asombroso cuán limitado era y siguió siendo el horizonte de estos teólogos de la lucha de clases y cuán poco se ha advertido esto hasta ahora. ¿Han incluído acaso alguna vez el Africa, el Asia y la América latina en los ámbitos de su crítica económica y de sus profecías? ¿Han dedicado una sola idea a los obreros de color de las colonias tropicales? ¿Tenían

(1) En el prólogo a la segunda edición rusa del *Manifiesto comunista* (1882) Marx y Engels sientan una teoría de la evolución que contradice plenamente la contenida en *El capital*. Según ella, el camino conducente al comunismo definitivo no debía ya avanzar a través del régimen burgués absoluto, sino a través de la pretensa propiedad común de los campesinos. Y es que como en Rusia no había burguesía ni proletariado en el sentido europeo occidental, los dos demagogos adaptaron sus «convicciones» a la masa que pretendían movilizar contra el Estado de Pedro el Grande. Pero luego, los «caudillos obreros» de Moscú, siguiendo la «verdad» occidental, han emprendido la lucha contra los campesinos a favor de una clase obrera apenas existente.

conciencia de tales omisiones y de su necesidad? Hablaban del porvenir de la «Humanidad», y en vez de abarcar con su mirada el planeta entero clavaban sus ojos en un par de países de Europa, cuyo Estado y cuya sociedad querían destruir.

Pero en ellos vieron que podían alcanzar su fin si destruían la capacidad vital de la industria; y así, el ataque metódico contra ella, empezó con el intento de hacer imposible su trabajo organizado. Así sucedió, procediéndose, por primera providencia y en contraposición al trabajo directivo de los patronos, los inventores y los ingenieros (1), a reducir la duración de la jornada obrera en las fábricas, y al principio *sólo* en ellas. En el siglo XVIII la jornada, de acuerdo con las costumbres de trabajo de los campesinos y los artesanos nórdicos, era de más de doce horas, sin estar legalmente fijada. A principios del siglo XIX fué limitada en Inglaterra a doce horas, y alrededor de 1850 en dos horas más por el «*bill* de las diez horas», ardientemente combatido también por los mismos obreros (2). Una vez definitivamente asegurado este *bill* fué celebrado en los círculos revolucionarios como victoria de la clase obrera y —con razón— como «amordazamiento de la industria». Se creía haberla asestado con el tal *bill* un golpe mortal. A partir de aquí, las asociaciones obreras de todos los países laboraron insistentemente por una mayor reducción de la jornada de trabajo y por su extensión a *todos* los asalariados. A finales del siglo XIX la jornada era ya de nueve horas, y al término de la guerra mundial quedó fijada en sólo ocho. Hoy, que nos acerca-

(1) Este trabajo *intelectual* no se puede limitar conforme al número de horas. Persigue y tiraniza a sus víctimas durante el descanso, en viaje y en las noches de insomnio; hace imposible una verdadera liberación de la meditación, una distensión, y gasta antes de tiempo precisamente a los ejemplares superiores. Ningún jornalero perece víctima del *surmenage* o de la locura. De lo cual se dan innumerables casos entre los trabajadores intelectuales. Sirva esto de aclaración del cuadro demagógico del burgués comilón y haragán.

(2) Porque no querían consentir que se les prohibiese aprovechar plenamente su capacidad de trabajo, como el carpintero y el sastre. Este sentimiento sano trasciende siempre a pesar de la agitación de todos los partidos obreros, manifestándose en el deseo de trabajar horas extraordinarias y de lograr ocupaciones accesorias.

mos ya a la mitad del siglo XX, ha pasado a ser la semana de cuarenta horas la mínima exigencia revolucionaria. Y como al mismo tiempo se exige cada vez más estrictamente el descanso dominical, resulta que el individuo sólo suministra ya de su «mercancía-trabajo» la mitad del *quantum* primitivo, posible y *natural*. Y de este modo, el obrero, que según la doctrina de la religión marxista es el *único* que trabaja, ha pasado a ser, en gran parte contra su voluntad, *el que menos trabaja*. ¿Qué otra profesión consiente tan escaso rendimiento?

Esta labor no fué sino el empleo de la huelga como medio de combate, pero en una forma velada y lenta. Pero lo que le dió ya un sentido fué el hecho de que el precio de esta «mercancía», el salario semanal, no sólo no fué reducido, sino permanentemente aumentado. Ahora bien: el «valor», el *verdadero* producto del trabajo ejecutor no es una magnitud independiente. Resulta de la *totalidad* orgánica del trabajo de la industria, en el cual la idea que ha de ser ejecutada, el trabajo de dirección y regulación del procedimiento, de la adquisición de primeras materias, de la venta de los productos, del cálculo del costo y el producto, de la reflexión sobre nuevas instalaciones y dispositivos y nuevas posibilidades es mucho más decisivo. El producto total depende de la categoría y del rendimiento de las cabezas, no de las manos. Si no hay beneficio o el producto es invendible, el trabajo ejecutor no habrá tenido valor ninguno, y no puede propiamente ser pagado. Así les sucede al campesino y al artesano. Pero la actividad de las asociaciones obreras ha logrado extraer de la unidad del organismo el jornal del obrero manual, *el cual es fijado por el jefe de partido, no calculado por el director de la empresa económica*, y cuando éste no lo acepta, ni puede aceptarlo, le es impuesto por medio de la huelga, el sabotaje y la presión sobre los gobiernos parlamentarios. De cien años acá ha sido aumentado en un múltiplo del producto del trabajo campesino y artesano. Todo el que actúa económicamente depende, en cuanto a sus beneficios, de la *situación* económica; sólo el obrero no. Exige un salario *anorgánicamente* fijado y conquistado por la acción de la *política de partido*, aunque su montante sólo pueda ser mantenido a costa de la ruina de los establecimientos, de la improductividad del con-

junto y de malvender los productos, hasta que las empresas sucumben. Y entonces cunde el sentimiento de triunfo, gozoso del mal ajeno, en las filas de los «caudillos obreros». Han logrado una nueva victoria en el camino hacia el «fin último».

Hoy, que la génesis de la teoría de la lucha de clases data ya casi de un siglo y nadie cree realmente en ella, es dudoso que tales caudillos tengan aún conciencia de la finalidad con la cual fué exigida e iniciada en su día esta labor destructora. Pero hay entre ellos una tradición y un método viejos ya, según los cuales tienen que actuar sin tregua por la reducción del trabajo y la elevación del salario. Ello es la prueba de su capacidad ante el partido. Y si hoy se ha olvidado el sentido dogmático primitivo y falta la conciencia tranquila del creyente, quedan todavía los «efectos», los cuales achacan a otras «causas», logrando así un nuevo medio de agitación, la fijación de una nueva deuda para con los obreros; deuda que endosan al capitalismo.

Hubo un tiempo en que la teoría de la «plusvalía» logró imperio sobre el pensamiento no desarrollado de la masa. Todo el producto de la producción industrial era igual al valor del trabajo manual ejecutor y tenía que ser distribuído entre sus elementos. Lo que el director de empresa substraía de él para la conservación del material, el pago de las primeras materias, los sueldos y los intereses, o sea la «plusvalía», era un *robo*. Los directores, los inventores y los ingenieros no trabajaban, y en todo caso el trabajo intelectual, que no era sino una especie de holganza, no poseía mayor valor. Era ésta la misma tendencia «democrática» que despreciaba y procuraba destruir toda clase de calidad y sólo estimaba la cantidad, incluso en el trabajo manual. La diferencia «aristocrática» entre obreros expertos e inexpertos debía ser suprimida. Todos debían percibir el mismo salario. El trabajo a destajo y el rendimiento superior al corriente eran considerados como traición a la «causa». También esta tendencia se ha impuesto precisamente en Alemania desde 1918. Extinguió la competencia entre los obreros, ahogó la ambición de hacer mejor las cosas y *redujo con ello nuevamente el rendimiento total.* Que todo esto era nihilismo, voluntad de destrucción, lo demuestra la práctica actual de Moscú, donde tan pronto como se hubo llegado «a la meta»

se restableció en todos los aspectos el estado de 1840: jornadas largas, salarios bajos, la máxima diferencia —mayor aún que en América— entre el pago del trabajo experto y el del inexperto e importación de ingenieros extranjeros en substitución de los nacionales, pasados a cuchillo porque, según la doctrina del manifiesto comunista, no hacían más que explotar al obrero sin rendir trabajo ninguno, y cuyo valor sólo después se comprendió.

La opinión de que corresponde al obrero el «valor total» de su trabajo, valor que se estimaba en el producto total de la empresa —un residuo de teoría, pues—, rigió hasta finales del siglo pasado. Con ello se reconocía, por lo menos, un límite natural a las demandas de elevación de salarios. Pero al lado de esto y rebasándolo se desarrolló, aproximadamente desde el año 70, el método totalmente ateórico de la imposición del montante de los salarios por la presión *política* de las organizaciones obreras. No se trataba ya de fronteras puestas por la vida económica a este expolio en favor de una clase, sino tan sólo de los límites del *poder* político y parlamentario revolucionario. En casi todas las naciones «blancas» ha habido a principios de siglo, y más claramente que en ninguna otra en Alemania desde 1918, al lado del gobierno constitucional un gobierno accesorio, ilegal, pero poderoso, de las asociaciones obreras de toda clase, uno de cuyos principales cometidos era cebar a sus electores con salarios y comprar a los poderes «burgueses» el derecho a ello con el permiso de gobernar. El «estado de ánimo de los obreros», manejado por los jefes de partido, había llegado a ser decisivo en todo cuanto los gobiernos parlamentarios se atrevían a resolver. *Así nació el hecho de los salarios políticos, para los cuales no había ya límites económicos ni naturales.* Los salarios tipos que el Estado estaba obligado a proteger eran fijados por el partido, no calculados por la economía, y la soberanía de las asociaciones obreras en esta cuestión de salarios se convirtió en un derecho que ningún partido ni gobierno burgués se atrevía a herir ni siquiera a poner en duda. El salario político rebasó muy pronto el «valor total del trabajo». Más que la competencia y la superproducción ha compelido, en legítima defensa y por instinto de conservación, a la industria de las naciones «blancas», a un desarrollo, cuyo resultado ha sido

la catástrofe de la economía mundial que hoy se alza a nuestra vista. El *bolchevismo de los salarios*, laborando con huelgas, sabotajes, elecciones y crisis de gobierno, ha substraído tanta sangre a la vida económica de las naciones —no sólo a la de Alemania—, que la economía ha tenido que intentar compensar, en un *tempo* febril y por todos los medios imaginables, tales pérdidas.

Hay que saber todo lo que forma parte del concepto de salario político para apreciar la presión de esta dictadura de salarios sobre la vida económica total de los pueblos. Abarca, rebasando extensamente el pago en dinero, el cuidado integral de la existencia del obrero, del cual se ha descargado a éste para cargarlo sobre «los demás». El obrero ha pasado a ser un pensionista de la sociedad, de la nación. Todo hombre, como todo animal, tiene que defenderse contra el destino imprevisible o soportarlo. Cada uno tiene *su cuidado personal*, la *plena responsabilidad* de sí mismo, la necesidad de afrontar por sí y por sus fines, por *propia decisión*, todos los peligros. Nadie piensa descargar, a costa de otros, al campesino, de las consecuencias de las malas cosechas, las epizootias, los incendios y las crisis de consumo, ni a los artesanos, los médicos, los ingenieros, los comerciantes y los profesores, de los peligros de la ruina económica ni de la invalidez para el ejercicio de su profesión a causa de falta de capacidad, enfermedades o accidentes. Cada uno debe hacer frente a su costa a todo ello o soportar las consecuencias y pedir limosna o sucumbir del modo que mejor le cuadre. La vida es así. La manía de los seguros —contra la vejez, los accidentes, las enfermedades y el paro, esto es, contra el destino en todas las manifestaciones imaginables, signo cierto de vitalidad declinante— ha anidado, partiendo de Alemania, en el pensamiento de todos los pueblos blancos. Quienquiera es víctima de una desgracia clama socorro a los demás, sin querer auxiliarse a sí mismo. Pero hay una diferencia que demuestra la victoria del pensamiento marxista sobre los instintos *individualistas, originalmente germánicos*, del gozo en la responsabilidad, de la lucha personal contra el destino, del *amor fati*. En general, todo individuo procura eludir y afrontar lo imprevisto con su propia decisión y su propio esfuerzo; sólo al obrero le es ahorrada también tal decisión. Sólo él puede confiar en que otros

piensen y obren por él. La acción degeneradora de esta exención de los *grandes* cuidados, tal como se advierte en los niños de familias muy ricas (1), se ha apoderado precisamente en Alemania de toda la colectividad obrera: en cuanto surge algún apuro se pide socorro al Estado, al partido, a la sociedad, siempre «a los demás». Se ha desaprendido a resolver por uno mismo y a vivir bajo la opresión de cuidados reales.

Pero esto significa un nuevo gravamen del trabajo de orden superior de una nación, en beneficio del inferior. Pues también esta parte del salario político, el seguro de toda clase contra el destino, la edificación de viviendas para obreros —a nadie se le ocurre pedirlas para los campesinos—, la construcción de campos de deportes, sanatorios y bibliotecas, la obtención de precios de favor en las subsistencias, los viajes y las diversiones; también esta parte del salario político es pagada directamente por medio de impuestos por «los demás» en provecho de los obreros. *Es ésta precisamente una parte esencialísima del salario político* en la que no suele pensarse. Sin embargo, la riqueza nacional, en cuyo montante precisado en cifras se confía, es *una ficción económica.* Es calculada —como capital— por el producto de las empresas económicas o la cotización de las acciones, dependiente del interés, y baja con ellos cuando el valor de las industrias en actividad se hace dudoso por el montante de la carga de los salarios. Pero una fábrica que se ve así obligada al paro no tiene ya más valor que el precio de la venta de sus instalaciones como material usado. Bajo la dictadura de las asociaciones obreras, desde el 1.º de enero de 1925 hasta principios de 1929, o sea durante cuatro años, la economía alemana ha sufrido un incremento de gravamen por elevación de salarios, impuestos y gastos sociales,

(1) En cambio, los *pequeños* cuidados, en figura de «problemas» de la moda, la cocina, los disgustos amorosos conyugales y extraconyugales y, sobre todo, del aburrimiento, que conduce al cansancio de la vida, toman una importancia ridícula. Del vegetarianismo, el deporte y el gusto erótico se hace una «concepción del universo». Hay quienes se suicidan por no haber logrado el vestido o el amante deseado o por estar en desacuerdo con los suyos en el régimen alimenticio o en el lugar de veraneo.

que ascendió a 18.225 millones de marcos (1). *Lo cual supone la inversión unilateral de un tercio de los ingresos totales de la nación.* Un año después esta cantidad rebasaba ampliamente los 20.000 millones. Frente a esto, ¡qué significan los 2.000 millones de las reparaciones! Pusieron éstos en grave peligro la situación financiera y la valuta del Imperio. Pero su presión sobre la economía no significaba nada frente a los efectos del bolchevismo de los salarios, de la expropiación de la economía toda en provecho de una clase.

16

Hay trabajo superior y trabajo inferior, esto no puede negarse ni modificarse; es la expresión del hecho de que hay una cultura. Cuanto más se ha desarrollado una cultura y más potente es su fuerza estructuradora, más grande se hace la diferencia entre la actividad *dirigente* y la *subordinada*, en todos los órdenes: político, económico o artístico. Pues la cultura es vida estructurada, espiritualizada, forma en maduración y perfeccionamiento, cuyo dominio presupone una categoría cada vez más alta de la personalidad. Hay trabajos para los cuales es preciso entrañar íntima vocación y otros que es preciso hacer, porque nada mejor se *sabe*, para vivir de ellos. Hay trabajos de los cuales sólo muy pocos hombres de categoría son capaces, y otros cuyo valor está sólo en su duración, en su cantidad. Tanto para unos como para otros *se nace*. Es cosa del destino. Y no puede modificarse ni por imitación racionalista ni por mimetismo románticosentimental.

El gasto total de trabajo exigido por la cultura occidental, e *idéntico* con ella, es mayor cada año. En la época de la Reforma era ya un múltiplo del de la época de las Cruzadas, y creció prodigiosamente durante el siglo XVIII, de acuerdo con el dinamismo del trabajo directivo creador, que ha hecho necesario cada vez con mayor amplitud el trabajo inferior de la masa. Mas por eso el revolucionario proletario que ve la cultura desde abajo y no la comprende porque no la *tiene*, quiere destruirla, para ahorrar tra-

(1) *Mitteilungen des Langnamvereins* 1929, pág. 6.

bajo de calidad y trabajo en general. No habiendo hombres de cultura —a los que considera como un lujo superfluo— habrá menos trabajo y, sobre todo, sólo trabajo inferior, que cualquiera puede hacer. En un periódico socialista leí una vez que, después de acabar con los millonarios de dinero, habría que acabar con los millonarios de cerebro. El trabajo verdaderamente creador irrita, se odia su superioridad y se envidian sus éxitos, consistan éstos en riqueza o en poderío. La mujer que friega los platos en un sanatorio es para ellos más importante que el médico director; el gañán es más importante que el director de una explotación agrícola que cultiva nuevas especies de trigo y cría nuevas razas de ganado, y el maquinista más que el inventor de la máquina. Se ha cumplido, para usar una expresión de Nietzsche, una transmutación de los valores económicos, y como en los ojos de la masa todo valor se refleja en dinero, en el pago, el trabajo inferior de la masa debe ser mejor pagado que el superior de las personalidades dirigentes, *y así se consigue.*

Las consecuencias nadie las ha comprendido verdaderamente aún. Este obrero «blanco», adulado y mimado en competencia por los jefes de los partidos obreros y la cobardía de los burgueses, se ha convertido en un animal de lujo. Prescindamos de la estúpida comparación con los millonarios que «lo pasan mejor». Lo que aquí importa no es la gente que vive en palacios y tiene servidumbre. Compárese la vida privada de un obrero de la industria moderna con la de un pequeño agricultor. Alrededor de 1840 la vida de ambas clases era aproximadamente la misma. Hoy el primero trabaja mucho menos que el segundo; pero la forma en que el labrador vive, come y se viste, lo mismo en Pomerania que en el Yorkshire o en Kansas, es, frente a lo que un metalúrgico de la zona del Ruhr gasta en su mantenimiento y sobre todo en diversiones, tan miserable, que el obrero se declararía inmediatamente en huelga ante la sola sospecha de tener algún día que volver a llevar tal existencia, a costa, además, de doble trabajo y de la constante preocupación por las malas cosechas, las crisis del mercado y las deudas. Lo que en las grandes ciudades del norte es considerado como un «mínimum de existencia» y como «miseria», parecería derroche en una aldea situada a una hora de camino de

ellas, y no hablemos ya del estilo de vida de la región del comunismo agrario de la Europa meridional, donde rige aún la sobriedad de los pueblos de color. Pero tal lujo de la colectividad obrera, consecuencia de los salarios políticos, es un hecho. ¿Y quién lo paga? El trabajo rendido, no. Su producto no vale tanto, ni allá cerca. Para costearlo tienen que trabajar otros, todo el resto de la nación. Hay locos —si Ford piensa seriamente lo que ha dicho y escrito habremos de incluirle entre ellos— que creen que el incremento de la «capacidad adquisitiva» del obrero sostiene la economía a gran altura. ¿Acaso lo hicieron así las masas desocupadas de Roma desde la época de los Gracos? Se habla de mercado interior sin reflexionar sobre lo que el mismo es en realidad. Póngase a prueba si no este nuevo dogma de las asociaciones obreras «blancas» y retribúyase a los obreros no ya con dinero, sino con los productos de su propio trabajo, con locomotoras, productos químicos y adoquines, de cuya venta tuvieran que ocuparse ellos mismos.

No sabrían qué hacer con ellos. Les espantaría ver cuán poco valen tales cosas. Y se demostraría, además, que para gastar el dinero de un modo elevado hace falta el mismo grado de cultura, la misma espiritualización del gusto que para ganarlo con un trabajo superior. Hay un lujo distinguido y un lujo *ordinario*. E irrevocablemente. Es la diferencia entre una ópera de Mozart y un estribillo de opereta. A los salarios de lujo no corresponde una afinada necesidad de lujo. Sólo la capacidad adquisitiva de la alta sociedad hace posible una industria de calidad. Las clases bajas alimentan sólo una industria de diversiones *circenses*, lo mismo hoy que en la antigua Roma. Pero este lujo vulgar de las grandes ciudades —poco trabajo, mucho dinero y más diversiones— ha ejercido una acción funesta sobre los hombres del campo, rudos trabajadores sin necesidades. Han conocido necesidades ni siquiera soñadas por sus antepasados. La renuncia es difícil cuando se tiene a la vista lo contrario. Y así comenzó la huída del campo, primero los gañanes y las mozas, luego los hijos de los labradores y, por último, familias enteras, que no sabían si debían ni cómo podrían conservar la herencia paterna frente a este desgarramiento de la vida económica. En todas las culturas ha sucedido lo mis-

mo en este estadio. No es cierto que los latifundios hayan despoblado Italia ya desde la época de Aníbal. Lo que la despobló fué el *panem et circenses* de la ciudad mundial, y sólo el agro desierto y depreciado dió origen a los latifundios cultivados con esclavos (1). De otro modo habría llegado a ser un desierto. La despoblación de las aldeas comenzó en 1840 en Inglaterra, en 1880 en Alemania y en 1920 en el Oeste central de los Estados Unidos. El labrador se cansó de trabajar sin retribución, mientras que la ciudad le prometía retribución sin trabajo. Huyó, pues, del campo y se hizo «proletario».

El obrero mismo es inocente de todo esto. No siente su modo de vivir como un lujo, sino muy al contrario. Se siente miserable y descontento, como todo privilegiado sin méritos propios. Lo que ayer era la meta de deseos extravagantes ha pasado a ser hoy cosa naturalísima y parecerá mañana miseria que es necesario socorrer. El caudillo obrero ha corrompido al obrero al elegirlo para pretoriano de la lucha de clases. En la época del *Manifiesto comunista* el obrero debía ser convertido psíquicamente a este fin en proletario; hoy, para el mismo fin, es alimentado con la esperanza de dejarlo de ser algún día. Pero aquí como allí la altura inmerecida de los salarios políticos ha conducido a que cada vez sea más lo que se juzga indispensable.

Pero ¿es que este salario, que ha llegado a ser *una magnitud independiente al lado de la economía*, puede seguir siendo pagado? ¿Con qué? ¿Por quién? Una consideración algo detenida nos muestra que la representación del *producto* de la economía ha cambiado inadvertidamente bajo la presión de las imposiciones de elevación de los salarios. Hay un producto natural, no forzado, en tanto que el salario del trabajo de ejecución depende de él como función suya. Pero si pasa a ser una magnitud independiente —*política*—, una sangría suelta que ningún cuerpo vivo soporta, se inician un orden y un cálculo artificiales y morbosos de la actividad económica, una carrera entre la venta, que tiene que conservarse en cabeza si el todo no ha de sucumbir desangrado, y los salarios juntamente con los impuestos y los gastos sociales, que son salarios

(1) *La decadencia de Occidente*, t. III, pág. 154.

indirectos. El *tempo* febril del incremento de la producción es en gran parte consecuencia de esta *herida secreta* de la vida económica. El estímulo de mayores necesidades se difunde con todos los medios del reclamo; la venta a los pueblos de color es extendida e *impuesta* por todos los medios imaginables. El imperialismo económico de los grandes Estados industriales, que asegura con medios militares zonas de venta y procura conservarlas en su papel de tales, es determinado también en su intensidad por el instinto de conservación de los dirigentes de la economía, despierto a la defensa por la presión de los salarios políticos impuestos por los partidos obreros. En cuanto la industria logra o parece lograr algún respiro en cualquier lugar del mundo «blanco», las asociaciones obreras presentan demandas de salarios para garantizar a sus partidarios ganancias inexistentes. Cuando Alemania suspendió los pagos por reparaciones se proclamó en el acto que aquellos «ahorros» tenían que beneficiar a la colectividad obrera. La consecuencia natural de los salarios de lujo fué un encarecimiento de la producción —o sea una pérdida de valor del dinero—, y también en esto se intervino políticamente, rebajando o manteniendo legislativamente los precios de venta para asegurar la capacidad adquisitiva de los salarios. Por eso fueron suprimidos en Inglaterra alrededor de 1850 los derechos de importación del trigo —lo cual no era más que una velada elevación de los salarios—, *sacrificándose así el labrador al obrero*, lo cual ha sido realizado o intentado después en todos lados, en parte con el absurdo fundamento económico, sentado por los banqueros y otros «expertos» semejantes, de que era preciso dividir el mundo en países agrícolas y países industriales para conseguir una organización adecuada de la «economía» mundial. Lo que entonces había de ser de los agricultores de los países industriales, eso no se lo preguntaba nadie. No eran sino el objeto de la política obrera, y el verdadero *enemigo* del monopolio de los intereses obreros. Todas las organizaciones obreras son enemigas del campesino, confiésenlo o no. Por la misma razón fué fijado, bajo la presión parlamentaria, el precio del carbón y del hierro, sin tener en cuenta el costo de la producción, mayorado precisamente por los salarios. Y se impuso toda clase de precios de favor en beneficio de

los obreros; precios que luego tenían que ser compensados con una elevación de los precios normales para «los demás». El que la venta padeciera o se hiciese imposible con ello era asunto privado de la clase patronal, y cuanto más declinaba la posición de ésta más victoriosas se sentían las asociaciones obreras.

Una *consecuencia* de estos efectos de la lucha de clases fué que la economía productora tuvo cada vez más necesidad de «crédito» y de «capital», esto es, de valores pecuniarios *imaginarios*, que sólo existen mientras se cree en su existencia y que a la menor duda se disuelven en nada bajo la forma de un *krach* en Bolsa. Fué ésta una tentativa desesperada de sustituir valores auténticos destruídos con *fantasmas de valores*. Comenzó la floración de una nueva astuta clase de Bancos que financiaban las empresas y se adueñaban así de ellas. No se limitaban a dar crédito, sino que lo *creaban* sobre el papel como *capital financiero* fantasmático, vagabundo sin patria. Con *tempo* acelerado, los patrimonios familiares fueron transformados en sociedades anónimas, movilizados para llenar con el dinero así logrado los huecos producidos en el giro de gastos e ingresos. Las deudas de la economía productora —pues, al fin y al cabo, las acciones no son más que una deuda— crecieron monstruosamente, y cuando sus intereses, unidos al pago de salarios, comenzaron a alcanzar una magnitud peligrosa para este último, emergió el último medio de la lucha de clases, la demanda de la expropiación de las empresas por el Estado; con ello los salarios quedarían definitivamente substraídos al cálculo económico y convertidos en *sueldos del Estado*, que serían libremente fijados por los partidos obreros gobernantes, y para los cuales el bolchevismo impositivo extraería los medios del resto de la nación.

Las últimas consecuencias, decisivas, de esta locura de los salarios de lujo afloran rápidamente a partir de 1900: la despoblación creciente del agro condujo masas cada vez mayores al círculo de acción del *panem et circenses* urbano y compelió a la industria a ampliar cada vez más sus instalaciones, sin creer que hubiera aún motivo alguno de preocupación en cuanto a la salida de sus productos. De 1900 a 1914 inmigraron en los Estados Unidos quince millones de campesinos de la Europa meridional y oriental, mientras que la propia población campesina comenzaba ya a

decrecer (1). En el norte de Europa tuvo efecto una emigración interior de igual magnitud. En la región minera de Briey trabajaban en 1914 más polacos e italianos que franceses. Y en este desarrollo irrumpió la fatalidad desde un lado que los caudillos de la lucha de clases no habían hecho entrar en sus cálculos porque ni siquiera lo habían advertido.

Marx había admirado y envidiado como la obra maestra de la «burguesía» la economía industrial de las naciones «blancas» del norte. Su visión se limitaba a Inglaterra, Francia y Alemania, y este horizonte provincial siguió siendo para sus sucesores la premisa ortodoxa de todas sus reflexiones tácticas. Pero el mundo era mayor y era más y otra cosa que una zona que recibía en silencio y sin resistencia la exportación del pequeño norte europeo. Las masas obreras blancas no vivían de la industria en general, sino del *monopolio industrial de las grandes potencias norteñas.* Sólo sobre la base de este hecho habían podido ser pagados los salarios políticos sin producir en el acto la catástrofe. Pero ahora se alzó por encima de la lucha de clases entre la colectividad obrera y la sociedad, *dentro* de los pueblos blancos, una lucha de razas de muy otra magnitud, que ningún caudillo obrero había sospechado y que tampoco hoy comprende ni se atreve a comprender en toda su implacable fatalidad. La competencia de los obreros blancos entre sí había sido suprimida por las organizaciones obreras y por las tarifas de salarios. La diferencia crecida desde 1840 entre la vida del obrero industrial y la del campesino había sido hecha inocua por el hecho de que las decisiones económicopolítiticas —aduanas, impuestos, leyes— eran tomadas por la clase obrera y contra la agricultura. *Pero en este punto el nivel de vida de los hombres de color entró a competir con los salarios de lujo de los obreros blancos.*

Los salarios «de color» son una magnitud de otro orden y otro origen que los «blancos». Fueron impuestos, no exigidos, y han sido *mantenidos bajos*, cuando preciso ha sido, con la fuerza

(1) La población campesina de Norteamérica no experimentó crecimiento alguno en 1900. Alrededor de 1910 decreció anualmente en 100.000 almas; desde 1920, en medio millón, y desde 1925, en un millón.

de las armas. A lo cual no se ha llamado reacción ni infracción de los derechos del proletariado, sino política colonial, y por lo menos al obrero inglés, que se ha asimilado el pensamiento imperialista, le pareció perfectamente. En su demanda del «producto íntegro» como salario obrero, Marx intentó ocultar una cosa que, de haber obrado con mayor honradez, habría tenido que advertir y tomar en cuenta: en el producto de las industrias nórdicas está incluído el coste de las primeras materias tropicales —algodón, goma, metales—, y en éste los salarios *bajos* de los obreros de color. *El pago excesivo del trabajo blanco reposaba también en el pago insuficiente del trabajo de color* (1).

El método empleado por la Rusia soviética en la lucha contra la economía «blanca» para destruir su capacidad de vida con el *dumping*, método consistente en volver a situar a sus propios obreros, en cuanto al nivel de vida y a la jornada de trabajo, en las condiciones de 1840, imponiéndolo, si preciso era, con la muerte por hambre —como en Moscú en 1923— o con la artillería, *estaba ya en vías de evolución, sin coerción alguna, en todo el mundo. Y se dirigía, con terribles efectos, menos contra la categoría de tal industria que contra la existencia del obrero blanco.* Si los soviets no lo han comprendido ¿ha sido por su ceguera doctrinaria o era ya la voluntad de destrucción de la naciente conciencia de raza asiática, que quiere exterminar a los pueblos de la cultura occidental?

En las minas surafricanas trabajan juntos blancos y cafres: los blancos, ocho horas, con un jornal de dos chelines por hora, y los cafres, doce horas, con un jornal de un chelín por día. Esta grotesca proporción es mantenida por las asociaciones obreras blancas, que prohiben las tentativas de organización de los obreros de color e impiden, ejerciendo presión sobre los partidos, que los obreros blancos sean despedidos todos, como sería natural. Pero esto es tan sólo un ejemplo de la relación general entre el trabajo blanco y el de color en todo el mundo. La industria japonesa, con

(1) Del mismo modo se aumenta la potencia adquisitiva de los salarios blancos desencadenando la competencia de las subsistencias producidas con salarios de color sobre los campesinos del propio país, a los cuales los salarios elevados y los gastos sociales les impiden abaratar la producción.

sus salarios bajos, está acabando con la competencia blanca en el Asia meridional y oriental y acude ya a los mercados europeos y americano (1). En Londres aparecen mercancías textiles de la India. Y entretanto sucede algo temeroso. Todavía alrededor de 1880 sólo en la Europa septentrional y en Norteamérica había yacimientos carboníferos en explotación. Hoy los hay en todas las partes del mundo. El monopolio del carbón por los obreros blancos ha llegado a su fin. Pero, además, la industria se ha libertado ampliamente de su vinculación al carbón con el empleo de la energía hidráulica, el petróleo y la transmisión de energía eléctrica. Puede viajar y lo hace, *y emigra precisamente en todas partes fuera del alcance de las dictaduras de las asociaciones obreras blancas a países con salarios bajos*. La dispersión de la industria occidental está en marcha desde 1900. Las hilaturas de la India han sido creadas como filiales de las fábricas inglesas para «acercarse al consumidor». Tal fué, en efecto, la intención primitiva; pero los salarios de lujo de la Europa occidental han producido efectos totalmente distintos. La industria de los Estados Unidos emigra cada vez más decididamente de Chicago y Nueva York hacia las regiones negras del Sur, y no se detendrá seguramente en la frontera de Méjico. En China, Java, África del Sur y Suramérica hay ya zonas industriales en rápido crecimiento. La huída de los procedimientos técnicos superiores a las regiones de color prosigue sin tregua, y los salarios de lujo blancos comienzan a ser mera teoría, pues el trabajo por ellos ofrecido no es empleado ya.

17

Ya en 1900 era tremendo el peligro. El edificio de la economía «blanca» estaba ya minado, y bajo la presión de los salarios políticos, la reducción de la jornada de trabajo, la saturación de los mercados de venta extranjeros y la creación de regiones industriales extranjeras independientes de los partidos obreros blancos

(1) La semana de sesenta horas es retribuída por la industria textil japonesa con siete marcos. En Lancashire la semana de cuarenta y ocho horas se retribuye con 35 marcos. (Datos de principios de 1933.)

amenazaba venirse abajo a la primera conmoción mundial. Sólo la inverosímil paz reinante desde 1870, mantenida en el mundo «blanco» por el miedo de los estadistas a decisiones de imprevisible alcance, sostenía en pie el engaño general en cuanto a la catástrofe, que se aproximaba con rapidez siniestra. Sus sombrías señales precursoras no fueron advertidas ni atendidas. Un optimismo fatal, estúpido y criminal casi —la fe en el progreso inmutable, manifiesto en *cifras*—, dominaba a los dirigentes obreros y a los patronos, no digamos ya a los políticos, apoyado por la morbosa inflación del capital financiero ficticio, que todo el mundo suponía propiedad verdadera, valores pecuniarios indestructibles. Pero ya en 1910 se alzaron voces aisladas recordando que el mundo comenzaba a estar saturado de productos de la industria, con inclusión de los de la gran agricultura industrializada. Aquí y allá surgieron propuestas de convenios internacionales sobre una contingentación voluntaria de la producción. Pero todo esto se perdió en el viento. Nadie creía en peligros serios. Nadie quería creer en ellos. Y además estaba erróneamente fundamentado por economistas de visión unilateral, que consideraban *sólo* la economía como una magnitud independiente, y no la política, mucho más poderosa, de la revolución mundial acechante, que había impelido a la economía en direcciones y formas equivocadas. Las causas eran demasiado profundas para que una mera reflexión sobre los problemas de la coyuntura pudiera siquiera rozarlas. Y además, era ya demasiado tarde. Todavía logró un breve plazo el engaño general: la preparación de la guerra mundial, que ocupaba innúmeros brazos o los substraía a la producción; los de los soldados de los ejércitos permanentes y de los obreros empleados en la creación del material militar.

Vino luego la gran guerra, y con ella, *no producida por ella, sino tan sólo no detenida por más tiempo*, la ruina económica del mundo blanco. Sin la guerra habría llegado también, pero más lentamente y en formas menos temerosas. Ahora bien; esta guerra fué hecha desde un principio por Inglaterra, la patria del socialismo obrero *práctico*, para aniquilar económicamente a Alemania, la más joven de las grandes potencias y la unidad económica que más rápidamente y en formas más superiores se des-

arrollaba, y excluirla para siempre de la competencia del mercado mundial. Cuanto más desaparecía en el caos de los acontecimientos el pensamiento estadista y más exclusivamente dominaban el campo tendencias militares y groseramente económicas, más claramente surgía por doquier la sombría esperanza de salvar, con la ruina de Alemania, de Rusia después y luego de las distintas potencias de la Entente, la propia situación industrial y financiera y con ello a los obreros propios. Pero esto no era ya el verdadero comienzo de la catástrofe que siguió. Esta surgió más bien del hecho de que, desde 1916, en todas las naciones blancas, participaran o no en la guerra, se impuso *la dictadura de los obreros frente al régimen del Estado*, franca u oculta, en muy distintos grados y formas, pero con la misma tendencia revolucionaria. Derrocó o dominó a todos los gobiernos. Removió todos los ejércitos y las flotas. Fué —y con razón— más temida que la guerra misma. Y al terminar ésta elevó los salarios del trabajo inferior a una altura grotesca e impuso al mismo tiempo la jornada de ocho horas. Cuando los obreros volvieron de la guerra a sus casas surgió por doquiera en el mundo, a pesar de las enormes pérdidas de hombres, la conocida escasez de viviendas, porque el proletariado victorioso quería ahora vivir al modo de la burguesía, y lo ha logrado. Fué éste el símbolo lamentable de la caída de todos los antiguos poderes de la posición y la categoría. En este aspecto fué en el que primero se comprendió la inflación general de las finanzas del Estado y de los créditos de la economía como lo que realmente era: una de las formas más eficaces del bolchevismo, por medio de la cual las clases directoras de la sociedad fueron expropiadas, arruinadas, proletarizadas y, a consecuencia de todo ello, excluídas de la política dirigente. Desde entonces el pensamiento bajo y corto del hombre vulgar, poderoso de pronto, rige el mundo. Esto fué la victoria. El aniquilamiento se ha cumplido, el porvenir es casi desesperado; pero la venganza contra la sociedad ha sido satisfecha. Sin embargo, ahora se muestran las cosas tal como *son*. La lógica implacable de la historia se venga de los vengadores: del pensamiento vulgar, de los envidiosos, de los soñadores, de los fanáticos, que han sido ciegos a los grandes y fríos hechos de la realidad.

Treinta millones de obreros blancos están hoy sin trabajo, a pesar de las grandes pérdidas de la guerra y prescindiendo de otros millones que sólo en parte están ocupados. Esto *no* es consecuencia de la guerra, pues la mitad de ellos viven en países que no participaron, o apenas, ni lo es tampoco de las deudas de guerra o de fracasadas maniobras valutarias, como otros países lo demuestran. *El paro es en todas partes exactamente proporcional a la altura de los salarios políticos.* Pesa sobre los distintos países en proporción al número de los obreros *blancos*. En los Estados Unidos son primero los angloamericanos, luego los inmigrantes de la Europa oriental y meridional y por último y con mucha diferencia los negros, aquellos cuyo trabajo no se necesita ya. Lo mismo sucede en la América latina y en el África del Sur. En Francia el número de parados es menor sobre todo porque los diputados socialistas conocen la diferencia entre la teoría y la práctica y se venden lo antes posible a la alta finanza imperante en lugar de extraer de ella salarios para sus electores. Pero en Rusia, Japón, China e India no hay escasez de trabajo porque no hay salarios de lujo.

La industria busca refugio en los países de color, y en los países blancos sólo se pagan ya bien los inventos y los métodos que ahorran *trabajo manual*, porque minoran la presión de los salarios. Desde hace decenios el incremento de la producción con igual número de obreros por medio de perfeccionamientos técnicos ha sido el último medio de soportar dicha presión. Ahora, la falta de consumo la ha hecho ya intolerable. Antes eran los salarios de Birmingham, Essen y Pittsburgo los que servían de patrón en el mundo entero; ahora son los salarios de los obreros de color de Java, Rhodesia y Perú los que dan la pauta. Y a ello se agrega el arrasamiento de la sociedad distinguida de los pueblos blancos con su riqueza heredada, su gusto lentamente formado y su necesidad de lujo *auténtico*, modelo para los demás. El bolchevismo de los impuestos sobre la herencia y la renta —que en Inglaterra se inició ya antes de la guerra (1)— y las inflaciones, que consumieron

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 264 y siguientes y 307 y siguientes.

fortunas enteras, han hecho su trabajo fundamental. Pero aquel *lujo auténtico* había *creado y sostenido el trabajo de calidad y promovido y alimentado industrias enteras de calidad.* Había seducido a las clases medias y había educado su gusto. Cuanto mayor es este lujo más floreciente es la economía. Así lo comprendió ya Napoleón, que no se entregaba a teorías economistas y por ello mismo comprendía *mejor* la vida económica. *Al amparo de su corte* se reanimó la economía destruida por los jacobinos, porque se formó de nuevo una alta sociedad, si bien según el modelo inglés, ya que el *ancien régime* había sido pasado a cuchillo y arruinado y sólo quedaban de él restos mutilados y sin vida. Cuando la riqueza acumulada en las clases directoras es destruída por la plebe; cuando se hace sospechosa y representa un peligro para sus propietarios, la voluntad nórdica de adquisición de propiedad y de poderío por medio de la propiedad cesa de crear riqueza. La ambición económica —*anímica*— se extingue. No vale ya la pena de luchar. El individuo se sienta en su rincón, renuncia y ahorra —y el «ahorro», que es siempre un *ahorro del trabajo de otros,* acaba con toda economía de gran envergadura—. Todo esto actúa conjuntamente. El trabajo asalariado blanco de categoría inferior carece de todo valor; la masa obrera de las zonas carboníferas nórdicas se ha hecho superflua. Tal ha sido la primera gran derrota de los pueblos blancos frente a la masa de pueblos de color de todo el mundo, a la cual pertenecen los rusos, los españoles del Sur y los italianos del Sur, lo mismo que los negros de la América sajona y los indios de la América española. Ha sido ésta la primera señal amenazadora de que el dominio blanco del mundo se encuentra ante la posibilidad de sucumbir al poder de color a consecuencia de la lucha de clases que a sus espaldas se desarrolla.

Y, sin embargo, nadie se atreve a ver los verdaderos fundamentos y abismos de esta catástrofe. El mundo blanco es regido por cabezas hueras —si en general es regido, cosa harto dudosa—. En derredor del lecho en que yace postrada la economía blanca se agrupan ridículas autoridades que no ven más allá del año siguiente y que, basándose en opiniones «capitalistas» y «socialistas», ha largo tiempo anticuadas, estrictamente económicas, se

disputan medios mezquinos. Y, por último, la cobardía ciega. Nadie habla de las consecuencias de esta revolución mundial más que secular, que, surgiendo de los abismos de las urbes blancas, ha destruído la vida económica, y no sólo ella; nadie la ve; nadie se atreve a verla.

El obrero es, ahora como antes, el ídolo de todo el mundo, y el jefe obrero está substraído a toda crítica en cuanto a la tendencia de su existencia. Por ruidosamente que se hable contra el marxismo, éste resuena en cada palabra. Sus enemigos más declarados están poseídos por él y no lo advierten. Y todos nosotros somos en algún rincón de nuestro corazón «socialistas» o «comunistas» (1). De aquí la repugnancia general a admitir el *hecho* de la lucha de clases reinante y a deducir las consecuencias. En lugar de combatir sin consideraciones las causas de la catástrofe, en cuanto ello es posible aún, se intenta suprimir las consecuencias, los síntomas, y ni siquiera suprimirlos, sino velarlos, ocultarlos y negarlos. Ahí está, en lugar de la revisión de la altura revolucionaria de los salarios, la semana de cuarenta horas, la *nueva demanda revolucionaria*, un paso más por el camino marxista, una reducción más de las actividades de los obreros blancos sin disminución de sus ingresos, o sea un nuevo encarecimiento del trabajo blanco, pues que los salarios políticos no deben bajar es cosa que se presupone como evidente. Nadie se atreve a decirles a las masas obreras que su victoria ha sido su más grave derrota, que los jefes obreros y los partidos obreros las han llevado a ella para saciar su propia sed de popularidad, de poder y de puestos pingües, y que no piensan soltar de entre sus manos a sus víctimas y desaparecer. Pero, entretanto, los obreros «de color» trabajan más barato y más tiempo, hasta el límite de su capacidad de trabajo, en Rusia bajo el *knut*, pero en otros lados ya con la serena conciencia del poder que con ello adquieren sobre los blancos odiados, los amos de hoy, *o quizá de ayer ya*.

Ahí está la frase hecha de la «supresión» del paro y de la «procuración de trabajo» —de trabajo superfluo y sin objeto, desde luego, puesto que en estas condiciones no lo hay ya nece-

(1) Confróntese pág. 76.

sario, productivo y útil—, y nadie se dice que el costo de esta producción sin salida, de estas aldeas de Potemkin en un desierto económico, tendrá que ser sufragado de nuevo mediante el bolchevismo fiscal con inclusión de la creación de medios de pago ficticios, por los restos de la clase campesina sana y de la sociedad urbana. Ahí está el *dumping* por medio de la ruina metódica de la valuta, con el cual un país aislado intenta salvar la venta de sus productos a costa de la venta de los productos de los demás; en el fondo un cálculo falso y más barato de los verdaderos salarios y del coste de la producción, con el cual es engañado el comprador y del cual es de nuevo el resto de la propiedad del resto de la nación el que paga las costas con una minoración de valor. Pero la baja de la libra, tremendo sacrificio para el orgullo inglés, no ha disminuído ni en uno sólo el número de los parados. No hay más que una clase de *dumping* que esté naturalmente basado en la vida económica y tenga, por lo tanto, éxito seguro: el realizado por medio de salarios más bajos y mayor rendimiento de trabajo, y sobre él se apoyan la tendencia destructora de la exportación rusa y la superioridad efectiva de los centros productores «de color», como el Japón, se dediquen a la industria o a la agricultura y destruyan la producción blanca por medio de su exportación propia o impidiendo la importación con suministros propios más baratos.

Y por fin aparece el último medio desesperado de las economías nacionales mortalmente enfermas: la autarquía o como quiera se llame con palabra resonante esta conducta de animales moribundos, la incomunicación económica recíproca por caminos políticos, con tarifas aduaneras hostiles, prohibición de la importación, boicot, lucha de divisas y todo cuanto se ha inventado o se inventará para establecer el estado de sitio que casi constituye ya una verdadera guerra y podrá incitar un día a las potencias militarmente más fuertes a exigir, amenazando con sus tanques y sus escuadrillas de bombardeo, la apertura de las puertas y la capitulación económica. Pues preciso es repetirlo una y otra vez: la economía no es un reino independiente; está indisolublemente ligada a la gran política; no es concebible sin una vigorosa política exterior y con ello dependiente

en último término del poderío militar del país en el cual vive o muere (1).

Pero ¿qué sentido tiene la defensa de una fortaleza sitiada cuando el enemigo se encuentra *dentro* de ella, y con él la *traición* bajo la forma de la lucha de clases, que hace dudoso qué es lo que propiamente se defiende y a quién? Yacen aquí los verdaderos y graves problemas de la época. Las grandes cuestiones existen para que las cabezas importantes se rompan contra ellas. Cuando se ve cómo éstas son rebajadas en todo el mundo con engaños, a pequeños problemas, meramente aparentes, para que hombres pequeños puedan darse importancia con ideas pequeñas y medios pequeños; cuando se busca la «culpa» de la catástrofe económica en la guerra y en las deudas de guerra, en la inflación y en los trastornos de la valuta, y las palabras que cierran una prodigiosa era de la historia mundial son el «retorno de la prosperidad» y el «final del paro obrero», palabras de las que nadie se avergüenza, llega uno a desesperar del porvenir. Vivimos en una de las épocas más prodigiosas de la historia toda y nadie lo ve ni lo comprende. Asistimos a una erupción volcánica sin igual. Se ha hecho de noche, la tierra tiembla, ríos de lava invaden los pueblos todos— y se avisa a los bomberos. Pero en esto se reconoce al populacho llegado a ser dueño y señor, a diferencia de los raros hombres «de raza». Los grandes individuos son los que hacen la historia. Lo que aparece «en masa» no puede ser más que su objeto.

18

Esta revolución mundial no ha terminado. Rebasará la mitad y acaso el término del siglo actual. Avanza incesantemente hacia sus últimas decisiones con la fatalidad histórica de un gran destino que ninguna civilización pretérita pudo eludir y somete a todos los pueblos blancos del presente a su implacable necesidad. Quien predica su fin o cree haberla vencido, no la ha comprendido en absoluto. Todas las personalidades directoras de la época

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 325 y siguientes.

de la revolución de los Gracos, tanto Escipión como Aníbal, su adversario, y tanto Sila como Mario, y todo magno acontecimiento, el derrumbamiento de Cartago, las guerras de España, el alzamiento de los aliados itálicos, los levantamientos de los esclavos desde Sicilia hasta el Asia Menor, son sólo formas en las que esta profunda crisis interior de la sociedad, esto es, de la estructura orgánica de las naciones de cultura, camina hacia su perfección. Así fué en el Egipto de la época de los *hicsos*, en la China de los «Estados en lucha» (1) y en todas las demás partes en los períodos «correspondientes» de la historia, por poco que de ellos sepamos. En esto somos nosotros todos, sin excepción alguna, esclavos de la «voluntad» de la historia, órganos colaboradores, ejecutores de un acontecer orgánico.

En este duelo terrible de grandes tendencias que se desarrolla sobre el mundo blanco en guerras, revoluciones, vigorosas personalidades plenas de felicidad y de tragedia, creaciones poderosas y sin embargo efímeras, la ofensiva parte aún hoy *de abajo*, de la masa urbana; y la defensiva, de arriba, endeble todavía y sin la serena conciencia de su necesidad. El fin sólo se hará visible cuando tal relación se invierta, lo que no tardará en suceder.

En tales épocas hay dos partidos *naturales*, *dos* frentes de la lucha de clases, *dos* poderes y orientaciones interiores, llámense como se llamen, y sólo dos, independientemente del número de organizaciones de partido que existan y de su existencia misma. La bolchevización progresiva de las masas en los Estados Unidos lo demuestra, y el estilo ruso de su pensamiento, sus esperanzas y sus deseos. Esto *es* un partido (2) No hay todavía un centro de resistencia contra él en este país que carece de ayer y acaso de mañana. El brillante episodio del imperio del dólar y de su estructura social, iniciado con la guerra de Secesión en 1865, parece estar llegando a su fin. ¿Será Chicago el Moscú del nuevo mundo? En Inglaterra, la Oxford Union Society, el mayor club de estudiantes de la universidad más distinguida de la nación, ha tomado por aplastante mayoría el acuerdo siguiente: Esta casa no luchará en

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 220, 230 y 243.

(2) Confróntese pág. 67.

ningún caso ni por el rey ni por la patria. Esto significa el final del estado de opinión que hasta entonces había regido todos los partidos. No es imposible que las potencias anglosajonas estén en vías de disolución. ¿Y el continente europeo occidental? La potencia más libre de este bolchevismo blanco es Rusia, en la cual no hay ya ningún «partido», sino bajo este nombre una horda imperante a la antigua manera asiática. Ni hay tampoco creencia en un programa, sino sólo miedo a la muerte, por retirada de los bonos de alimentación o del pasaporte, por envío a un campamento obrero, por un balazo o en la horca.

En vano la cobardía de clases enteras se esfuerza en propugnar la constitución de un «centro» conciliador contra las tendencias radicales «derechistas» e «izquierdistas». La época misma es radical. No tolera compromisos. El *hecho* de la prepotencia presente de las izquierdas, la voluntad naciente de un movimiento derechista, que de momento sólo encuentra puntos de apoyo en círculos muy reducidos, en algunos ejércitos y, entre otros lugares, en la Alta Cámara inglesa, no pueden ser desterrados o negados. *Por eso* ha desaparecido en Inglaterra el partido liberal y desaparecerá, en su forma actual, su heredero, el partido laborista. Por eso han desaparecido sin resistencia los partidos centristas alemanes. La voluntad de un centro es el deseo senil de tranquilidad a toda costa, de hacer de toda nación una Suiza, de *abdicación histórica*, con lo que se imagina escapar a los golpes de la historia. La oposición entre la jerarquía social y la masa urbana, entre la tradición y el bolchevismo, entre las condiciones superiores de unos pocos y el trabajo manual inferior de la masa, o como quiera llamársele, es lo único presente. No hay en absoluto un tercer término.

Pero también es un error creer en la posibilidad de un partido único. Los partidos son formas liberaldemocráticas de la *oposición*. Presuponen un partido contrario. *Un* partido es tan imposible en el Estado como *un* Estado en un mundo sin Estados. La frontera política —de la nación o de la opinión— separa siempre entre sí a dos poderes. Es una enfermedad infantil de todas las revoluciones creer en una unidad victoriosa, en tanto que el problema de la época, del cual han nacido, *exige la*

discordia. Las grandes crisis de la historia no se resuelven así. Quieren madurar para resolverse en nuevas crisis y en nuevas *luchas.* El «Estado totalitario», lema italiano que ha llegado a ser una consigna internacional de moda, fué ya realizado por los jacobinos en los dos años del Terror. Pero en cuanto aniquilaron a los poderes caídos del *ancien régime* y fundaron la dictadura, se dividieron ellos mismos en girondinos y montañeses y los primeros ocuparon el puesto vacante. Sus jefes cayeron víctimas de la izquierda; pero sus sucesores hicieron lo mismo con ésta. Luego, con el Termidor, comenzó la espera del general victorioso. Se puede destruir un partido como organización y burocracia de asalariados; pero no como movimiento, como poder espiritual e intelectual. La lucha naturalmente necesaria queda entonces desplazada al partido restante. Fórmanse en él nuevos frentes para continuarla. Se deja negar y encubrir, pero existe.

Así sucede con el fascismo y con todos los movimientos surgidos a su imagen o por surgir aún, quizá en América. En este punto se plantea a todo individuo una elección ineludible. Hay que saber si está uno «a la derecha» o «a la izquierda», y saberlo con toda decisión, pues, si no, decidirá por uno la marcha de la historia, más fuerte que toda teoría y toda ensoñación ideológica. La conciliación es hoy tan imposible como en la época de los Gracos.

El bolchevismo occidental no ha muerto en ningún lado, salvo en Rusia. Cuando se destruyen sus organizaciones de combate pervive en nuevas formas, como ala izquierda del partido que cree haberlo vencido, como estado de opinión sobre cuya existencia en el propio pensamiento pueden engañarse tanto los individuos aislados como masas enteras (1), como movimiento que un buen día surge de pronto en formas organizadas.

¿Qué quiere decir «izquierda»? Los lemas del siglo pasado, tales como socialismo, marxismo y comunismo, están ya anticuados, no dicen ya nada. Se usan para no tener que darse cuenta de adónde se ha llegado realmente. Pero la época exige claridad. «Izquierda» es lo que es partido (2), lo que cree en los partidos,

---

(1) Véase pág. 76.
(2) *La decadencia de Occidente*, t. IV, págs. 272 y siguientes.

pues ésta es una forma liberal de la lucha contra la alta sociedad, de la lucha de clases desde 1770, del anhelo de mayoría, de la colaboración de «toda» la cantidad en lugar de la calidad, el rebaño en vez del señor. Pero el cesarismo genuino de todas las culturas próximas a su fin se apoya en pequeñas *minorías vigorosas*. Izquierda es lo que tiene un programa, pues esto es la creencia intelectual, románticorracionalista, de poder domeñar la realidad con abstracciones. Izquierda es la agitación ruidosa en el arroyo y en los mítines (1), el arte de trastornar la masa urbana con palabras fuertes y razones mediocres. En la época de los Gracos la prosa latina alcanzó aquel estilo retórico que no sirve más que para una retórica sofística, y que hallamos en Cicerón. Izquierda es la adoración a las masas en general como fundamento del poder propio, la voluntad de arrasar lo sobresaliente, de equiparar el obrero manual al pueblo con despreciativas miradas de reojo a la clase campesina y a la burguesía.

Un partido no es sólo una forma senescente, reposa también en la ideología de masa anticuada ya, ve las cosas desde abajo y va detrás del pensamiento de los más. «Izquierda» es, por último y sobre todo, la falta de respeto a la propiedad, aunque ninguna raza tiene tan fuerte instinto de la propiedad como la germánica, y precisamente porque ha sido, de todas las razas históricas, la de más vigorosa voluntad. La voluntad de propiedad es el *sentido* nórdico *de la vida*. Domina e informa toda nuestra historia desde las campañas de conquista de reyes casi míticos hasta la forma de la familia del presente, la cual muere cuando se extingue la idea de la propiedad. Quien no posee el instinto de esto, no es «de raza».

El gran peligro de mediados de este siglo es que se prosiga lo que se quisiera combatir. Es ésta la época de las soluciones intermedias y las transiciones. Pero mientras esto sea posible *no* habrá terminado la revolución. El cesarismo del porvenir no convencerá argumentando, vencerá con las armas. Sólo cuando esto se haya hecho evidente, cuando se sienta la mayoría como objeción, se la desprecie y alguien vea la masa, el partido en todos sentidos, y

(1) *Véase pág. 81.*

todos los programas, y las ideologías por debajo de sí, se habrá vencido la revolución. También en el fascismo se dan los dos frentes de la época de los Gracos —el izquierdo de la masa inferior urbana y el derecho de la nación articulada desde el campesino hasta las clases directoras de la sociedad—; pero esta oposición está *reprimida* por la energía napoleónica de un individuo solo. Reprimida, pero no suprimida, ni puede serlo (1), y volverá a emerger en graves luchas de diadocos en el momento en que aquella mano de hierro deje el timón. También el fascismo es un tránsito. Se ha desarrollado partiendo de la masa urbana, como partido de masa con ruidosa agitación y discursos de mitin. Integra tendencias del socialismo obrero. Pero mientras una dictadura abriga ambición «social», afirma existir por el «obrero», corteja al arroyo y es popular; mientras tanto, es forma intermedia. El cesarismo del porvenir lucha sólo por conquistar poder, por un imperio y contra toda clase de partidos.

Todo movimiento ideológico cree definitiva su labor. Rechaza la idea de que «después de él» prosiga la historia. Le faltan el escepticismo y el desprecio a los hombres —características del cesarismo—, el profundo conocimiento de lo efímero de todos los fenómenos. El pensamiento creador de Mussolini ha sido grandioso y ha ejercido una acción internacional: se ha visto en él una forma posible de combatir el bolchevismo. Pero esta forma ha nacido de la imitación del enemigo y está, por eso, llena de peligros: la revolución desde abajo, hecha y seguida en gran parte por hombres de abajo, por la milicia armada del partido —representada en la Roma de César por las bandas de Clodio y de Milón—; la tendencia a subordinar el trabajo intelectual y económico de los directores al trabajo ejecutor, porque no se le comprende, a menospreciar la propiedad de los demás, a confundir la nación con la masa; en una palabra, la ideología socialista del siglo pasado.

---

(1) Prescindiendo de que en un país meridional, de un estilo de vida semitropical y una «raza» correspondiente, y, además, con una industria débil y en consecuencia un proletariado poco desarrollado, no puede existir la *agudeza* nórdica de la oposición. En Inglaterra, por ejemplo, no habría podido nacer ni afirmarse esta clase de fascismo.

Todo esto pertenece al pasado. Lo que anticipa el futuro no es la existencia del fascismo como partido, sino tan sólo la figura de su creador. Mussolini no es un jefe de partido, aunque antes fuera jefe obrero, sino el *señor* de su país. Lenin, su prototipo, lo hubiera llegado a ser igualmente si hubiera vivido más. Poseía ya la desconsideración superior frente a su partido y el valor de iniciar la retirada de toda ideología. Mussolini es ante todo estadista, gélido y escéptico, realista y diplomático. Gobierna realmente solo. Lo ve todo, capacidad la más rara en un soberano absoluto. El mismo Napoleón estaba aislado por los que le rodeaban. Las victorias más difíciles, y las *más necesarias*, que un dictador ha de reñir, no son las que alcanza contra los enemigos, sino sobre sus propios partidarios, sobre los pretorianos, sobre los «ras», como los llamaban en Italia. Con ellas se demuestra el soberano de nacimiento. Quien no lo sabe, lo puede y lo arriesga, nada como un corcho sobre las olas, encima y no obstante sin poder. El cesarismo acabado es dictadura; pero no la dictadura de un partido, sino la de un hombre contra todos los partidos y, sobre todo, contra el propio. Todo movimiento revolucionario alcanza la victoria con una vanguardia de pretorianos, que luego no son ya útiles y sí tan sólo peligrosos. El *verdadero* soberano se revela en la forma en que los despide, sin consideraciones, ingratamente, atento sólo a su fin, para el cual tiene ahora que encontrar los hombres adecuados y sabe encontrarlos. La revolución francesa muestra en su principio lo contrario: nadie tiene el poder y todos quieren tenerlo. Todos mandan y nadie obedece.

Mussolini es un hombre señorial como los condottiere del Renacimiento, que entraña toda la astucia meridional de la raza y calcula así el teatro de sus movimientos de un modo exactamente adecuado al carácter de Italia —la patria de la ópera—, sin embriagarse nunca él mismo, cosa de la que Napoleón no estaba del todo libre y que perdió, por ejemplo, a Rienzi. Cuando Mussolini invoca el modelo prusiano tiene razón: es más afín a Federico el Grande, e incluso a su padre, que a Napoleón, para no citar ejemplos menores.

Ha de ser dicha aquí, por fin, la palabra decisiva sobre el «prusianismo» y el «socialismo». En 1919 los comparé uno a otro

como una *idea* viva y el lema imperante de todo un siglo (1), y —naturalmente, me atrevería a decir— no fuí comprendido. Hoy no se sabe ya leer. Este gran arte, vivo aún en la época de Goethe, se ha extinguido. Se ojea lo impreso «en masa» y por lo regular el lector desmoraliza el libro. Había yo mostrado que en la colectividad obrera con la que Bebel supo forjar un poderoso ejército, en su disciplina y su fidelidad, en su camaradería y en su disposición a los sacrificios más extremos, pervivía aquel estilo prusiano antiguo que se reveló por vez primera en las batallas de la guerra de Siete Años. Lo que importaba era el *individuo* «socialista» como carácter y sus imperativos morales, no el socialismo imbuído en su cerebro y mezcla nada prusiana de ideología estúpida y ansia vulgar. Y señalé que este tipo del *«estar en forma» para una misión* remonta su tradición hasta la orden de los caballeros teutónicos que en los siglos góticos —como de nuevo hoy— era la guarda fronteriza de la cultura fáustica contra el Asia. Esta actitud ética, inconsciente como todo estilo de vida genuino, y por ello mismo sólo despertable y constituíble por el ejemplo vivo y no con discursos y escritos, surgió magníficamente en agosto de 1914 —el ejército había educado a Alemania— y fué traicionado por los partidos en 1918, cuando el Estado se extinguió. Después la voluntad disciplinada se ha erguido de nuevo en el movimiento nacional; no en sus programas y partidos, sino en la *actitud moral* de los individuos mejores (2), y es posible que partiendo de esta base el pueblo alemán sea lenta y consecuentemente preparado para las tareas de su arduo futuro, y así es *necesario* que lo sea si no hemos de sucumbir en las luchas que se aproximan.

Pero las cabezas adocenadas no saben salir del pensamiento marxista del siglo pasado. No entienden, en todo el mundo, el socialismo como una reforma moral de la vida, sino como socialismo económico, como *socialismo obrero,* como ideología de masas con fines materialistas. El socialismo programático de toda clase es pensamiento de abajo, basado en instintos vulgares, apoteosis

(1) *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 1 y siguientes.

(2) En mi ensayo *Politische Pflichten der deutschen Jugend* (Deberes políticos de la juventud alemana), 1924, intenté diseñar esta actitud.

del sentimiento gregario que hoy se esconde en todas partes detrás de la frase hecha de «superación del individualismo» y es la antítesis del sentir prusiano que ha *vivido* en jefes modelos la necesidad de una entrega disciplinada y posee con ello la *libertad* interior del cumplimiento del deber, de mandarse a sí mismo y dominarse a sí mismo con vistas a un gran fin.

En cambio, el socialismo obrero, en cualquiera de sus formas, es —y así lo he mostrado ya (1)— de origen exclusivamente inglés y nació alrededor de 1840, al mismo tiempo que la soberanía de las acciones como forma victoriosa del capital financiero sin patria (2). Ambas cosas son manifestaciones del manchesterianismo librecambista: este bolchevismo «blanco» es *capitalismo de abajo, capitalismo de salarios,* así como el capital financiero especulador es, por su método, *socialismo de arriba,* desde la Bolsa. Ambos brotan de la misma raíz espiritual, del pensar en dinero (3), del comerciar con dinero en el arroyo de las grandes ciudades, bien sea como elevación de salarios o como diferencia de cotización. Entre el liberalismo económico y el socialismo no hay oposición alguna. El mercado de trabajo es la Bolsa del proletariado organizado. Las asociaciones obreras son trusts para la imposición de salarios con la misma tendencia y los mismos métodos que los trusts del petróleo, el acero o bancarios de tipo angloamericano, cuyo socialismo financiero se infiltra en las empresas individuales personal y técnicamente dirigidas, sometiéndolas, absorbiéndolas y dominándolas hasta la expropiación económica. La condición devastadora y expropiadora de los paquetes de acciones y las participaciones; la separación del mero «haber» del trabajo responsable del empresario, que no sabe ya a punto fijo a quién pertenecen sus instalaciones, no ha sido aún suficientemente tomada en cuenta. La economía productora no es en último término más que el objeto sin voluntad de maniobras de Bolsa. Con la soberanía de la acción, la Bolsa, hasta entonces mero medio auxiliar de la

(1) Véase pág. 96. Y también *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 75 y siguientes.

(2) Véase *Politische Schriften* (Escritos políticos), págs. 139 y siguientes y 269.

(3) *La decadencia de Occidente,* t. IV, pág. 282.

economía, ha atraído a sí la función decisoria sobre la vida económica. Estos socialistas de las finanzas y magnates de los trusts, como Morgan y Kreuger, corresponden por completo a los jefes de masas de los partidos y a los comisarios de economía rusos: naturalezas de comerciantes con un igual gusto de *parvenu.* Desde ambos lados son combatidos hoy, lo mismo que en la época de los Gracos, los poderes conservadores del Estado, el ejército y la propiedad, y el campesino tanto como el patrono.

Pero el estilo prusiano no exige sólo la primacía de la gran política sobre la economía, su *disciplina* por un Estado fuerte, lo cual presupone la libre iniciativa del espíritu de empresa privado, y no es en absoluto organización partidista y programática y superorganización hasta la supresión de la idea de la propiedad, la cual precisamente en los pueblos germánicos significa *libertad* de la voluntad económica y *señorío* sobre lo propio. «Disciplina» es la educación de un caballo de raza por un experto jinete, no la opresión del cuerpo económico viviente en un corsé de planes económicos o su transformación en una máquina de acompasado golpear. Prusiana es la ordenación *aristocrática* de la vida con arreglo a la categoría de la función. Prusiana es, sobre todo, la primacía incondicional de la política exterior, de la dirección afortunada del Estado en un mundo de Estados, sobre la política interior, cuya única función es mantener en forma a la nación para aquella tarea y se convierte en abuso y en delito cuando persigue independientemente fines ideológicos propios. En esto reside la debilidad de la mayoría de las revoluciones cuyos jefes han sido elevados por la demagogia; no han aprendido otra cosa y, consiguientemente, no saben encontrar el camino que conduce desde el pensamiento partidista al pensamiento estadista; tales Dantón y Robespierre. Mirabeau y Lenin murieron demasiado pronto; Mussolini ha cuajado. Pero el futuro pertenece a los grandes hombres de hechos, después que, a partir de Rousseau, se han pavoneado en el escenario de la historia mundial pobres reformadores del mundo y han desaparecido sin dejar huella duradera.

Prusiano es, por último, un carácter que se disciplina a sí mismo, como el que Federico el Grande poseyó y definió al calificarse de primer servidor de su Estado. Un tal servidor no es un

lacayo; pero cuando Bebel afirmaba que el pueblo alemán tenía alma de lacayo acertaba en cuanto a los más. Su propio partido lo demostró en 1918. Los lacayos del éxito son, entre nosotros, más numerosos que en ningún otro lado, aunque en todos los tiempos y en todos los pueblos hayan plagado el rebaño humano. Es indiferente que el bizantinismo celebre sus orgías ante la bolsa llena, el éxito político, un título o sólo ante el sombrero de Gessler. Cuando Carlos II desembarcó en Inglaterra no hubo ya, de repente, republicanos. Ser servidor del Estado es una virtud aristocrática de la que sólo muy pocos son capaces. Si esto es «socialista», será un socialismo orgulloso y exclusivo para hombres de raza, para los elegidos de la vida. El prusianismo es algo muy distinguido y enderezado contra toda clase de mayoría y de imperio de la plebe, y, sobre todo, también contra las *cualidades* de la masa. Moltke, el gran educador del oficial alemán, el máximo ejemplo de prusianismo genuino en el siglo XIX, era así. El conde de Schlieffen resumió su personalidad en el siguiente lema: «Hablar poco, hacer mucho, más ser que aparentar.»

De esta idea de la naturaleza prusiana partirá el vencimiento definitivo de la revolución mundial. No hay posibilidad ninguna otra. En 1919 dije ya: no todo nacido en Prusia es prusiano; este tipo es posible por doquiera en el mundo «blanco» y existe *realmente* en él aunque en raros ejemplares. Constituye en todas partes la forma *provisional* de los movimientos nacionales —no son éstos nada definitivo—, y se plantea la interrogación de en qué grado es posible desligarlo de los elementos rápidamente senescentes, populares y democráticopartidistas del nacionalismo liberal y socialista, que lo dominan por ahora. El callado sentimiento nacional de los ingleses alrededor de 1900, vacilante hoy; el chauvinismo jactancioso y sin contenido de los franceses, que afloró ruidosamente en el *affaire Dreyfus*, formaban parte de él, adherida allí al culto a la flota y aquí al culto al ejército. América no posee nada semejante —el americanismo cien por cien es una frase—, y lo necesita si ha de sobrevivir como nación a la catástrofe venidera entre el comunismo acechante y la alta finanza, soterrada ya. La idea prusiana se endereza tanto contra el liberalismo financiero como contra el socialismo obrero. Todo orden

de masa y de mayoría, todo lo que es «izquierda» le es sospechoso. Ante todo, apunta contra la debilitación del Estado y contra el abuso del mismo en favor de intereses económicos. Es conservadora y derechista y brota de los poderes primordiales de la vida en cuanto tales poderes existen aún en los pueblos nórdicos. El instinto del poder y la propiedad, de la propiedad *como poder*, de la herencia, la fecundidad y la familia —pues todo esto está enlazado—, de las diferencias de rango y la articulación social, cuyo enemigo mortal fué, es y será el racionalismo desde 1750 a 1950. El nacionalismo del presente es, con las ideas monárquicas en él latentes, una transición. Es un estadio previo del cesarismo venidero, por lejano que éste aun parezca. Aquí borbotea ya el asco a todo partidismo liberal y socialista, a toda clase de popularidad, que siempre compromete a sus objetos; a todo lo que surge en masa y quiere meter baza. Este rasgo, por muy oculto que aun se encuentre bajo tendencias «más actuales», tiene en favor suyo el porvenir —y a los *jefes* del porvenir—. Todos los caudillos verdaderamente grandes de la historia marchan hacia la derecha, por abismal que sea la profundidad de la que se han elevado; en ello se reconoce al *señor* y al soberano de nacimiento. Tal sucedió con Cromwell y con Mirabeau, lo mismo que con Napoleón. Cuanto más madura la época, más lleno de esperanzas aparece este camino. Escipión el Viejo sucumbió al conflicto entre las tradiciones de su origen, que le prohibían la dictadura sin leyes, y la situación política, que le procuró, sin él quererla, la salvación de Roma del peligro cartaginés, y murió en el extranjero. Por entonces *comenzó* el movimiento revolucionario a soterrar las formas saturadas de tradición, de manera que Escipión el Joven ocupaba aún una posición débil frente a los Gracos, Sila una posición muy fuerte ya frente a Mario, hasta que, por fin, César, que comenzó como catilinario, no encontró ya resistencia en los partidos, pues los pompeyanos no eran un partido, sino el séquito de un individuo. La revolución mundial, por fuerte que sea en su comienzo, no termina en victoria o derrota, sino en *resignación* de las masas empujadas hacia adelante. Sus ideales no son controvertidos; se hacen *tediosos*. Acaban por no mover a nadie a molestarse por ellos. Quienes hablan del final de la burguesía se caracterizan con

ello aun como proletarios. Nada tienen que hacer con el porvenir. Una sociedad «no burguesa» sólo puede ser mantenida por el terror, y sólo por un par de años, al cabo de ellos todo el mundo está harto de ella, sin contar con que en el entretanto los jefes obreros se han convertido en nuevos burgueses. Y este no es el gusto de las naturalezas genuinas de jefe.

El socialismo de toda clase está hoy tan anticuado como las formas liberales en las que tuvo su punto de partida, como todo lo referente a partidos y programas. El siglo del culto al obrero —1840 a 1940— llega irrevocablemente a su fin. Quienes hoy cantan «al obrero» es que no han comprendido la época. El trabajador manual se reintegra al todo de la nación, no ya como su niño mimado, sino como la clase más baja de la sociedad urbana. Las *antítesis* elaboradas por la lucha de clases tornan a ser *diferencias* (1) permanentes de alto y bajo, y todos se satisfacen con ello. Es la resignación de la época imperial romana, en la cual no había ya problemas económicos de este orden. Pero, ¡qué más puede aún ser destruído y arrasado en los últimos tiempos de la anarquía mundial socialista! Tanto, que en algunos pueblos blancos no habrá ya materia con la que un César pueda alzar su creación, su *ejército —pues en el porvenir los ejércitos relevarán a los partidos—* y su *Estado.*

En aquello que en todas las naciones blancas participantes en la guerra se llama, con cierta obscuridad, la «juventud» o la «generación del frente» (2), ¿existe acaso ya un fundamento sólido para tales hombres y tareas del porvenir? La honda conmoción producida por la gran guerra, que arrancó a todo el mundo de las perezosas ilusiones de seguridad y progreso como sentido de la historia, se muestra más patentemente que en ninguna otra cosa en el cáos espiritual que dejó tras de sí. El hecho de que no se tenga la menor conciencia de él y se crea llevar en sí un nuevo orden, demuestra más que nada su existencia. A los hombres nacidos alrededor de 1890 les ha faltado la vista de un jefe verdade-

(1) Véase pág. 84.

(2) ¿Se trata de los hombres que en 1918 tenían entre dieciocho y cincuenta años o de los que hoy tienen de veinte a treinta?

ramente grande. Las figuras de Bismarck y de Moltke, para no hablar de otras grandes naciones, se habían desvanecido ya en la niebla de una literatura histórica. Podían ser un criterio para la grandeza genuina, pero no sin presente vivo, y la guerra no ha mostrado un solo monarca importante, ni un estadista sobresaliente, ni un estratega victorioso en su lugar decisivo. Todos los monumentos y los nombres de calles no pueden nada contra esto. Consecuencia de ello fué una falta absoluta de sentimiento de autoridad; falta con la que por ambos lados volvieron millones de hombres desde las trincheras a sus casas. Esta falta se reveló en la crítica juvenil y sin reservas de todo lo existente, hombres y cosas, sin que ante todo hubiera existido ni la más mínima huella de *autocrítica*. Se reía del pasado sin sospechar su poder subsistente. Se mostraba sobre todo en la manera en que por todas partes se clamaba por una dictadura al gusto de cada uno, sin conocer un dictador o reconocerlo; en la manera en que se elegía hoy un dictador y se le rechazaba mañana —Primo de Rivera, d'Annunzio, Ludendorff—, y en cómo se discutía el caudillaje como un problema en lugar de aceptarlo como un hecho si así había de ser. El dilettantismo político daba la pauta. Cada uno prescribía a su dictador lo que debía querer. Cada uno exigía disciplina de los demás porque él mismo era incapaz de autodisciplina. Porque se había olvidado lo que es un conductor del Estado se cayó en la histeria de los programas y los ideales, y todo el mundo se entregó, en escritos y discursos, a sueños fantásticos sobre lo que incondicionalmente había de ser transformado, pues lo que era posible se presuponía ya evidente. La falta de respeto a la historia no fué nunca mayor que en estos años. No se sabía ni se quería advertir que la historia tiene su lógica propia, contra la que se estrellan todos los programas. Pero Bismarck llegó a la meta porque había comprendido la marcha de la historia de un siglo y se intercaló en ella. Esto era gran política como arte de lo *posible*.

De esta «juventud» de todos los países «blancos», que pretendía «poner término» desde abajo a una revolución mundial de dos siglos, porque no la comprendía, y precisamente en la forma del bolchevismo, del cual tanto entrañaba ella misma, se alzó el

clamor típicamente revolucionario contra el «individualismo» en Alemania, en Inglaterra, en España, en todas partes. Todos ellos eran por sí mismos pequeños individualistas, muy pequeños, sin talento ni profundidad; pero precisamente por ello estaban poseídos de la necesidad convulsiva de tener razón, y odiaban por eso la superioridad de los más grandes, a los que, por lo menos, no les era ajeno un hálito de escepticismo sobre sí mismos. *Todos los revolucionarios carecen de humor*, y esta es la causa principal de sus fracasos. Amor propio mezquino y falta de humor, tal es la definición del fanatismo. No se dieron cuenta en absoluto de que el caudillaje, la autoridad, el respeto y el «socialismo» se excluyen recíprocamente. Este antiindividualismo es la moda teórica del momento entre los intelectuales a la fuerza de todas las naciones blancas, como ayer lo era un individualismo que no se diferenciaba mucho. Por miserable que sea esta especie de ingenio, es el único que tienen. Es literatura de las grandes ciudades, y nada nueva por cierto, pues ya los jacobinos usaron de ella hasta la saciedad en sus discursos. La falta de inteligencia no es aún la superación del racionalismo.

¿En qué consiste, pues, el «socialismo» de estos héroes que salen al campo contra la libertad de la personalidad? Es el colectivismo asiático impersonal del Oriente, el espíritu de la gran llanura (1) enlazado a la *levée en masse* occidental de 1792. ¿Qué es lo que propiamente se alza? Los insignificantes, cuyo solo poder es su número. En esto late mucha parte de eslavismo subterráneo, restos de razas prehistóricas y de su pensamiento primitivo, y también *envidia* del ruso, cuya voluntad indesarrollada le libra de la tortura de los inferiores, de querer algo y no saber qué, tener que querer y no atreverse. Quien no entraña valor para ser martillo tiene que resignarse a ser yunque. Lo cual tiene su comodidad. El impulso a ser redimido de la propia voluntad, a sumergirse en la mayoría inerte, la felicidad de un alma de lacayo en verse libre de las preocupaciones del señor; todo esto se disfraza aquí con palabras resonantes. ¡El romanticismo de los insignificantes! ¡La apoteosis del sentimiento gregario! ¡El último medio de idea-

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, pág. 55.

lizar el propio miedo a la responsabilidad! Este odio al individualismo por cobardía y vergüenza es la caricatura de los grandes místicos de los siglos XIV y XV y de su «abandono del yo», como consta en la «Teología alemana» (1). Eran almas fuertes las que entonces vivieron la tremenda soledad del yo en el mundo, genuinamente germánica, y extrajeron de su tortura el ansia ardiente de disolverse en lo que llamaban Dios, el Todo o de otro modo, y que no era de nuevo sino su propio yo. *El yo vigoroso e inflexible* era su fatalidad. Toda tentativa de rebasar sus límites les enseñaba sólo que no los tenía. Hoy se procede más sencillamente: se hace uno «socialista» y se habla contra el yo de los demás.

El yo propio no les crea dificultades. Se ha cumplido el arrasamiento de los cerebros. Se congregan «en masa», quieren «en masa» y piensan «en masa». El que no piensa como todos y si por su cuenta es sentido como adversario. La masa en lugar de la divinidad es en lo que se «abisma» el yo inerte, estúpido y enfermo de todo género de inhibiciones. También esto es «redención». Algo casi místico. Y ya se sabía así en 1792. Es la necesidad de la plebe de concurrir e intervenir. Pero el estilo prusiano es una *renuncia por libre decisión*, el *doblegarse de un vigoroso yo* ante un gran deber y una gran misión, un acto de dominio de sí mismo, y en este sentido el máximo individualismo de que el presente es capaz.

La «raza» celtogermánica es la de más fuerte voluntad que jamás viera el mundo. Pero este «¡quiero!» —*¡Yo quiero!*—, que llena hasta los bordes el alma fáustica, constituye el último sentido de su ser y rige toda manifestación de la cultura fáustica en el pensamiento, la acción y la conducta, despertaba la conciencia de la absoluta soledad del yo en el espacio infinito. La voluntad y la soledad son en último fondo lo mismo. De aquí el silencio de Moltke y, por el otro lado, la necesidad de Goethe, más blando y femenino, de confesarse una y otra vez ante un mundo circundante de su elección; necesidad que traspasa todas sus obras. Era el anhelo de un eco en los espacios del mundo, la cuita de un alma tierna por el monólogo de su existencia. Puede uno estar orgulloso de su soledad o sufrir por ella, mas no escapar a ella. El

(1) *La decadencia de Occidente*, t. IV, pág. 51.

hombre religioso de «verdades eternas» —así Lutero— ansía el indulto y la redención de este sino; quiere conquistarlos, arrancarlos. En cambio, el hombre político del norte extrae de él un gigantesco *desafío a la realidad*. «Confías más en tu espada que en Thor», dice una saga islandesa. Si hay en el mundo algo que sea individualismo, es este desafío del individuo al mundo entero, la conciencia de una voluntad inflexible, el gozarse en las últimas decisiones y el amor al destino, incluso en el instante mismo en que se estrella contra él. Y lo prusiano es el doblegarse por libre voluntad. El valor del sacrificio está en que sea difícil. Quien no tiene un yo que sacrificar no debiera hablar de fidelidad a un jefe. No hace sino correr detrás de alguien sobre el que ha echado la responsabilidad. Si algo debiera asombrar hoy es la miseria del ideal socialista con el que se quisiera redimir al mundo. Esto no es una liberación de los poderes del pasado, es la continuación de sus peores tendencias. Es cobardía frente a la vida.

La lealtad genuina —genuinamente *prusiana*— es lo que más precisa el mundo en esta época de las grandes catástrofes. Sólo lo que ofrece resistencia puede servir de apoyo. En este conocimiento se reconoce al verdadero jefe. Quien procede de la masa ha de saber tanto mejor, que la masa, las mayorías y los partidos no son un séquito. Quieren sólo provecho. Y dejan en la estacada al que va delante en cuanto les pide sacrificios. Aquel que extrae de la masa su pensamiento y su sentir no dejará tras de sí en la historia más que el renombre de un demagogo. En este punto se separan los caminos hacia la izquierda y la derecha. El demagogo vive entre la masa, siempre entre sus iguales. El hombre *nacido* para regir puede utilizarlos, pero los desprecia. Riñe su más ardua batalla, no contra el enemigo, sino contra el enjambre de sus amigos demasiado abnegados.

Por eso serán los *ejércitos* y no los partidos la forma futura del poder; ejércitos de abnegación desinteresada, como Napoleón no los tuvo ya después de Wagram. Podía confiar en sus viejos soldados, pero no en los oficiales superiores, y el valor de un ejército se mide ante todo por el de su oficialidad (1). No se veía en él el

(1) Confróntense págs. 49 y siguientes.

caudillo, sino el eterno dispensador de provecho. En cuanto los sacrificios exigidos superaron los beneficios acabó el gran ejército.

Tiempo es ya de que el mundo «blanco» y Alemania en primer lugar recuerden estos hechos. Pues detrás de las guerras mundiales y de la revolución mundial proletaria, aun inacabada, emerge el mayor de todos los peligros: el peligro *de color*, y todo cuanto de «raza» hay todavía en los pueblos blancos ha de ser necesario para afrontarlo. Alemania sobre todo no es una isla, como pretenden los ideólogos políticos, que quisieran realizar en ella, como objeto, sus programas. Es tan sólo una pequeña extensión en un mundo en ebullición, si bien ocupa una situación decisiva. Pero *sólo* ella entraña en sí el prusianismo como *hecho*. Con tal tesoro de naturaleza modelo puede llegar a ser la educadora del mundo «blanco» y quizá salvarlo.

LA REVOLUCIÓN MUNDIAL DE COLOR

19

La civilización occidental de nuestro siglo está amenazada no ya por una, sino por dos revoluciones mundiales de primera magnitud. Ninguna de ambas ha sido aún estimada en su verdadero alcance, profundidad y efectos. Una de ellas viene de abajo, y de fuera la otra: *lucha de clases y lucha de razas*. La primera está ya en gran parte detrás de nosotros, aunque sus batallas decisivas —acaso en la zona angloamericana— estén aún, probablemente, por reñir. La segunda no empezó decididamente hasta la guerra mundial, y va tomando, con gran rapidez, tendencia y figura. En los próximos decenios combatirán ambas lado a lado, *quizá como aliadas*, y ésta será la crisis más grave que los pueblos blancos hayan de atravesar en común —estén o no de acuerdo—, si quieren tener aún un futuro.

También la «revolución desde fuera» se ha alzado contra todas y cada una de las culturas pretéritas. Ha surgido siempre del odio a muerte que la superioridad inatacable de un grupo de naciones de cultura, basada en formas y medios políticos, militares, económicos e intelectuales llegados a plena maduración, hubo de provocar en su rededor, en los «salvajes» o «bárbaros», en los explotados sin derecho. En ninguna alta cultura falta este estilo colonial. Pero un tal odio no ha excluído el desprecio a la vida extranjera, la cual han ido conociendo paulatinamente hasta penetrarla con burlona mirada y osar, por último, estimar los límites de su acción. Y han visto que había muchas cosas que podían ser imitadas y otras que podían ser desarmadas o no poseían la fuerza que al principio las habían atribuído paralizados de espan-

to (1). Advirtieron las guerras y las revoluciones que surgían en el seno de aquel otro mundo señorial, y fueron iniciados, por su forzado uso, en los secretos del armamento (2), la economía y la diplomacia. Dudaron, por último, de la superioridad real de los extranjeros, y en cuanto sintieron flaquear su resolución de imperar empezaron a pensar en la posibilidad de atacarlos y vencerlos. Así sucedió en la China del siglo III a. de J. C., cuando los pueblos bárbaros del norte y oeste del Koangho y al sur del Yangtsekiang fueron complicados en la lucha de las grandes potencias, e igualmente en el mundo árabe de la época de los abásidas, en el cual las estirpes turcomongólicas pasaron de mercenarios a señores, y, sobre todo, en la antigüedad, en la cual podemos ver con toda precisión acontecimientos absolutamente equivalentes a aquellos hacia los que irrevocablemente vamos.

Los ataques de los bárbaros contra el mundo antiguo comienzan el año 300 con las expediciones celtas contra Italia, donde en la batalla decisiva de Sentinum (295) hubo tribus galas que apoyaron a los etruscos y a los samnitas contra Roma, y todavía Aníbal se sirvió de ellas con fortuna. Alrededor del año 280 otros celtas conquistaron Macedonia y el norte de Grecia, donde, a consecuencia de las luchas políticas intestinas, había cesado de existir todo poder estatal, y sólo ante Delfos fueron detenidos. En Tracia y en Asia Menor fundaron reinos bárbaros sobre una población helenizada y helénica en parte. Algo más tarde comienza también en Oriente, en el desmoronado reino de Alejandro Magno, la reacción bárbara, con innumerables alzamientos contra la cultura helénica, que se ve forzada a ceder el terreno paso a paso (3), hasta que hacia el año 100, Mitrídates, aliado con «salvajes» de la Rusia meridional (escitas y bastarnos), y contando con el avance, cada vez más vigoroso, de los parthos de Ostiran contra Siria, podía ya esperar destruir el Estado romano, inmerso en el caos

(1) El juicio de Yugurta sobre Roma.

(2) Los libios y los «pueblos marítimos», por los egipcios del Nuevo Imperio; los germanos, por Roma; los turcos, por los árabes, y los negros, por Francia.

(3) Ed. Meyer, *Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien* (1925).

de las luchas de clases. Sólo en Grecia ya pudo ser detenido. Atenas y otras ciudades se le habían unido, y también tribus celtas asentadas aún en Macedonia. En los ejércitos romanos reinaba abierta revolución. Las distintas partes combatían unas contra otras y los jefes se asesinaban unos a otros, incluso ante el enemigo (Fimbria). Por entonces, el ejército romano dejó de ser un ejército nacional y se transformó en séquito personal de individuos particulares. Las tropas que Aníbal condujo en el año 218 contra Roma no fueron, en realidad, cartaginesas, sino compuestas predominantemente por gentes de las tribus salvajes del Atlas y del sur de España, con las cuales tuvo Roma que reñir luego, desde el año 146, terribles e interminables luchas —las pérdidas sufridas en estas guerras fueron las que condujeron al alzamiento de los campesinos romanos en los trastornos de la época de los Gracos—, y con las que más tarde intentó el romano Sertorio fundar un Estado contra Roma. En 113 se inició el ataque celtogermánico de los cimbros y los teutones, que sólo luego del aniquilamiento de ejércitos romanos enteros pudo ser rechazado por Mario, el caudillo de la revolución, a su retorno de la campaña victoriosa contra Yugurta, el cual había alzado en armas contra Roma el Africa septentrional e impedido, a través de años enteros, toda acción contraria, sobornando a los políticos romanos. Hacia el año 60 comenzó un segundo movimiento celtogermánico (suevos, helvecios) contrarrestado por César con la conquista de las Galias, en tanto que Craso caía peleando contra los parthos, victoriosos. Pero en este punto terminó *la resistencia por la extensión*. El plan de César de reconquistar el imperio de Alejandro y suprimir así el peligro partho no llegó a ser realizado. Tiberio tuvo que retraer a Germania la frontera, después de fracasar el empeño de substituir las tropas exterminadas de Varo y luego de la primera gran rebelión de las legiones fronterizas, acaecida a la muerte de Augusto. Desde entonces reinó un sistema defensivo. Pero el ejército fué llenándose cada vez más de elementos bárbaros. Se convirtió en un poder independiente. Germanos, ilirios, africanos y árabes se elevan al caudillaje, mientras que los hombres del Imperio se hunden en la inercia de una «paz eterna», y cuando comenzaron, por el norte y el este, los grandes ataques,

no fué sólo la población civil la que concertó convenios con los invasores y entró con ellos voluntariamente en una relación de súbditos: pacifismo tardío de una civilización cansada.

Pero, de todos modos, fué posible a través de siglos enteros una defensa metódica contra estos estados, porque el *orbis terrarum* del Imperio romano era un dominio cerrado, con *fronteras* que podían ser defendidas. Mucho más grave es la situación actual del *imperium* de los pueblos blancos, que abarca toda la superficie de la tierra e *incluye* a los pueblos «de color». La humanidad blanca, llevada por su indómito impulso hacia la lejanía infinita, se ha dispersado por todas partes, por Norteamérica y Suramérica, por el Africa del Sur, por Australia y por innúmeros puntos de apoyo intermedios. El peligro amarillo, cobrizo, negro y rojo acecha *dentro* de la esfera de poderío de los blancos, penetra en las pugnas guerreras y revolucionarias entre las potencias blancas, participa en ellas y amenaza con llegar a ser el factor decisivo.

¿Qué forma parte del mundo «de color»? No sólo Africa, los indios —con los negros y los mulatos— de toda América, los pueblos islámicos, China y la India hasta Java, sino sobre todo Japón y *Rusia*, que ha vuelto a ser una gran potencia asiática, «mongólica». Cuando el Japón venció a Rusia, una esperanza lució sobre el Asia entera: un joven Estado asiático, usando medios occidentales, había hecho doblar la rodilla a la potencia mayor del Occidente, destruyendo así el nimbo de invencible que rodeaba a «Europa». Esto fué como una señal en la India, en Turquía e incluso en el Cabo y en el Sahara. Era, pues, posible hacer pagar a los pueblos blancos los sufrimientos y las humillaciones de todo un siglo. Desde entonces, la profunda astucia de los hombres asiáticos medita medios inaccesibles y superiores al pensamiento europeo occidental. Y Rusia, una vez sufrida en 1916 una segunda derrota decisiva, infligida esta vez por el Occidente y contemplada con burlona satisfacción por Inglaterra, su aliada, arrojó la máscara «blanca» y volvió a ser asiática con toda su alma y plena de ardiente odio contra Europa. Conocedora de sus debilidades interiores, edificó sobre ellas nuevos métodos maliciosos de combate, con los que infundió a la población «de color», de la tierra toda, la idea de la resistencia común. Tal ha sido, al lado de la

victoria del socialismo obrero sobre la sociedad de los pueblos blancos, la segunda consecuencia *verdadera* de la guerra mundial, la cual no ha facilitado la comprensión de ninguno de los verdaderos problemas de la gran política ni ha resuelto ninguno. Esta guerra fué una derrota de las razas blancas, y la paz de 1918 fué el primer gran triunfo del mundo de color. Es un símbolo que en la «Sociedad de las Naciones» ginebrina —que no es más que el símbolo miserable de cosas ignominiosas— pueda hoy el mundo de color intervenir en las disputas de los Estados blancos entre sí.

El hecho de que los alemanes establecidos fuera de la metrópoli fueran maltratados por gentes de color por orden de los franceses o los ingleses no fué ninguna novedad sorprendente. Este método comienza con la revolución liberal del siglo XVIII. En 1775, los ingleses reclutaron tribus enteras de indios pieles rojas, que cayeron, incendiando y escalpando, sobre los americanos republicanos, y no se debía haber olvidado en qué forma los jacobinos pusieron en movimiento a los negros de Haití en favor de los «derechos del hombre». Pero que hombres de color de todo el mundo fueran conducidos a tierra europea para luchar en ella, mandados por hombres blancos, contra hombres blancos; que se les enseñaran los secretos de los medios de guerra más modernos y *los límites de su acción* y fueran luego devueltos a sus casas en la creencia de haber vencido a potencias blancas, todo esto ha transformado fundamentalmente su concepción de la distribución del poder en la tierra. Sintieron su fuerza común y la debilidad de los otros; comenzaron a despreciar a los blancos como en tiempos Yugurta a Roma poderosa. No Alemania, el *Occidente* ha perdido la guerra mundial al perder el respeto de los hombres de color.

Moscú ha sido el primero en comprender el alcance de este desplazamiento de la gravedad política. En la Europa occidental no ha sido aún comprendido. Los pueblos señoriales blancos han descendido de su rango anterior. Negocian hoy en lo que ayer mandaban, y mañana tendrán que adular para poder negociar. Han perdido el sentimiento de la evidencia de su poder y ni siquiera se dan cuenta. En la «revolución desde fuera» han cedido la elección del momento a América, y sobre todo al Asia, cuyas

fronteras son hoy el Vístula y los Cárpatos. Por vez primera, desde el sitio de Viena por los turcos, han vuelto a verse obligados a una defensiva, y tendrán que poner en manos de hombres muy grandes fuerzas muy grandes, espirituales y militares, si quieren resistir el primer arrollador ataque violentísimo, que no se hará esperar mucho tiempo.

En Rusia, ambas revoluciones, la blanca y la de color, estallaron simultáneamente en 1917. La primera, roma y urbana, el socialismo obrero, con la creencia occidental en partidos y programas, hecha por literatos, proletarios universitarios y agitadores nihilistas del cuño de Bakunín, de consuno con la hez de las grandes ciudades, retórica y literaria de parte a parte, pasó a cuchillo a la sociedad petrínica, de origen occidental en su mayor parte, y puso en escena un ruidoso culto «del trabajador». La técnica maquinista, tan ajena al alma rusa y odiada por ella, pasó a ser de repente una divinidad y el sentido de la vida. Mas, por debajo, lenta, tenaz, silenciosa y grave de porvenir, comenzó la otra revolución del *mujik*, de las aldeas, el verdadero bolchevismo asiático. La eterna hambre de tierra del campesino, que arrancaba del frente a los soldados para participar en el gran reparto de tierras, fué su primera expresión. El socialismo obrero no tardó en advertir el peligro. Después de una alianza inicial comenzó, con el odio al campesino de todos los partidos urbanos, sean liberales o socialistas, la lucha contra este elemento conservador, que ha sobrevivido siempre en la historia a todas las estructuras políticas, sociales y económicas de las ciudades. Expropió al campesino, volvió a introducir la servidumbre y la prestación personal, suprimidas por Alejandro II en 1862, y, con una administración hostil y burocrática de la agricultura —todo socialismo que pasa de la teoría a la práctica se ahoga muy pronto en burocracia— consiguió que hoy en día los campos estén en barbecho, la riqueza ganadera anterior reducida a una fracción y el hambre de estilo asiático convertida en un estado permanente, que sólo una raza de voluntad débil, nacida para una existencia de esclavos, tolera.

Pero el bolchevismo «blanco» ha entrado aquí rápidamente en vías de desaparición. Sólo hacia fuera se mantiene el rastro marxista, para desencadenar y dirigir en el Asia meridional, en África

y en América la rebelión contra las potencias blancas. Una nueva clase asiática de gobernantes ha relevado a la anterior semioccidental. Habita de nuevo en las villas y los palacios en derredor de Moscú; tiene servidumbre y se atreve ya a desplegar un lujo bárbaro con el gusto de los khanes mongoles, ricos en botín, del siglo XIV. Hay una «riqueza» de nueva forma que puede ser adaptada a conceptos proletarios.

Se volverá también a la propiedad campesina, a la propiedad privada en general, lo cual no excluye la servidumbre, y se podrá hacerlo así por ser el *ejército* el que tiene el poder, y no ya el «partido» civil. El soldado es el único ser que no pasa hambre en Rusia, y él sabe por qué y por cuánto tiempo. Este poder es inatacable desde fuera, a causa de la extensión geográfica de la nación, pero ataca por sí mismo. Tiene mercenarios y aliados en todo el mundo, disfrazados como él mismo. Su arma más fuerte es la nueva diplomacia revolucionaria, genuinamente asiática, que obra en vez de negociar, y obra desde abajo y por detrás con la propaganda, el asesinato y la rebelión, siendo con ello muy superior a la gran diplomacia de las naciones blancas, que no ha perdido aún del todo, pese a los abogados y periodistas inmiscuidos en la política, su antiguo estilo aristocrático, procedente de El Escorial, y en el que fué Bismarck el último gran maestro.

Rusia es la dueña de Asia. Rusia *es* Asia. El Japón, sólo geográficamente pertenece a ella. Por su «raza» está indudablemente más cerca de los malayos más orientales, de los polinesios y de algunos pueblos indios del lado occidental de América. Pero es en el mar lo que Rusia es en tierra: dueño de un extenso dominio, en el que las potencias occidentales no significan ya nada. Inglaterra no es, ni con mucho, dueña en el mismo grado en «su» *Empire*, ni siquiera en las colonias de color. El Japón extiende su influencia muy lejos. La tiene en el Perú y en el canal de Panamá. El pretenso parentesco de sangre entre los japoneses y los mejicanos ha sido acentuado y festejado ocasionalmente por ambas partes (1). En Méjico surgió a principios de 1914 en los círculos

---

(1) L. STODDARD, *The rising tide of colour* (1920), págs. 131 y siguientes.

indios directores el «plan de San Diego», consistente en la irrupción de un ejército de indios, negros y japoneses en los Estados de Tejas y Arizona. La población blanca debía ser exterminada, declarados independientes los Estados negros y constituirse un Méjico mayor como puro Estado de raza indio (1). Si este plan hubiera sido llevado a ejecución, la guerra mundial habría comenzado con una distribución completamente distinta de las potencias y sobre la base de otros problemas. La doctrina de Monroe en la forma del imperialismo del dólar, con su amenaza contra la América latina, habría quedado destruída. Rusia y Japón son hoy las únicas potencias *activas* del mundo. Por ellas ha llegado a ser Asia el elemento decisivo del acontecer mundial. Las potencias blancas obran bajo su presión, y ni siquiera lo advierten.

Esta presión consiste en la actividad de la revolución de color, racista, que se sirve ya de la revolución blanca de la lucha de clases como medio. De los segundos términos de la catástrofe económica hemos hablado ya. Una vez que la revolución desde abajo, en la forma del socialismo obrero, hizo brecha con los salarios políticos, la economía de color intervino, guiada por Rusia y Japón, con el arma de los salarios más bajos, y está en vías de completar la destrucción (2). Pero a ello se añade aún la propaganda politicosocial en gran escala, la verdadera diplomacia asiática de nuestros días. La cual ha penetrado de parte a parte toda la India y toda la China y ha con-

(1) En la ciudad de Méjico se alza una estatua de Guatemocín, el último emperador azteca. Nadie se atrevería a levantar otra a Hernán Cortés.

(2) Cuando oímos que el Japón vende a Java bicicletas por 12 marcos y bombillas eléctricas por 0,15 marcos, mientras que las naciones blancas no pueden ofrecerlas sino a un múltiplo de tales precios si quieren tan sólo cubrir gastos, y que el pequeño labrador javanés, con mujer e hijos, vende el arroz por él cosechado a la mitad del precio que las plantaciones modernas, con su personal blanco, tienen *forzosamente* que pedir, nos damos cuenta de toda la abismal profundidad de esta lucha. Y como la técnica occidental no es ya un secreto y es perfectamente imitada, no hay ya contraposición en el método de producción sino tan sólo en su costo.

seguido en Java y en Sumatra la constitución de un frente de raza contra los holandeses y la descomposición del ejército y la marina. Corteja desde el Asia oriental a la raza india, asentada desde Méjico hasta Chile, e infunde por vez primera a los negros un sentimiento de comunidad, enderezado contra los pueblos señoriales blancos.

También aquí la revolución blanca ha venido preparando el terreno a la de color desde 1770. La literatura inglesa liberal de Mill y Spencer, cuyos procesos mentales se remontan hasta el siglo XVIII, procuró una «concepción del universo» a las escuelas superiores de la India. El camino que desde este punto lleva a Marx lo encuentran ya los hindúes reformistas por sí solos. El caudillo revolucionario chino Sunyat-sen lo encontró en América. De ello ha surgido una literatura revolucionaria propia, que en cuanto a radicalismo deja muy en la sombra a Marx y a Borodin.

El movimiento de independencia de la América española desde Bolívar (1811) no es concebible sin la literatura revolucionaria anglofrancesa de 1770 —ni sin el ejemplo de Napoleón—, ni tampoco el de Norteamérica contra Inglaterra. En su origen fué ésta una lucha exclusivamente entre blancos —la aristocracia criolla terrateniente, asentada desde generaciones atrás en el país, y la burocracia española, que mantenía en pie la relación señorial colonial—. Bolívar, un blanco de pura sangre, como Miranda y San Martín, tenía el proyecto de fundar una monarquía que habría de ser sostenida por una oligarquía puramente blanca. Todavía Rosas, el dictador argentino —una poderosa figura de estilo «prusiano»—, representó esta aristocracia contra el jacobinismo, que invadió muy pronto desde Méjico hasta el extremo Sur, encontró apoyo en los clubs masones enemigos de la Iglesia y exigió la igualdad general, también de las razas. Con ello empezó el movimiento de los indios y los mestizos, no sólo contra España, sino contra la sangre blanca en general; movimiento que ha progresado sin tregua y se halla hoy próximo a la meta. Alejandro de Humboldt observó ya en estos dominios el orgullo de un origen puramente ibérico, y todavía hoy pervive en las familias distinguidas de Chile la tradición de descender de antepasados visigodos

o vascos (1). Pero en la anarquía reinante desde mediados del siglo XIX esta aristocracia ha sucumbido en su mayor parte o reemigrado a Europa. Los «caudillos», (2) demagogos guerreros de la población de color, rigen la política. Entre ellos hay indios de pura sangre, de grandes dotes, como Juárez y Porfirio Díaz. Hoy la clase superior blanca, o que se tiene por tal, oscila, salvo en la Argentina, entre una cuarta y una décima parte de la población total. En algunos Estados, los médicos, los abogados e incluso los oficiales son casi exclusivamente indios y se sienten afines al proletariado mestizo de las ciudades en su odio a la propiedad blanca, hállese ésta en manos criollas, inglesas o norteamericanas. En el Perú, Bolivia y el Ecuador el aimará se usa como segunda lengua en la administración y en la enseñanza. Se dedica un culto manifiesto al supuesto comunismo de los incas, con el apoyo entusiástico de Moscú. El ideal de raza de un régimen indio puro está quizá muy próximo a su realización.

En África es el misionero cristiano, sobre todo el metodista inglés, el que con toda inocencia —con su doctrina de la igualdad de todos los hombres ante Dios y del pecado de ser rico— ara la tierra en la cual siembra y cosecha el enviado bolchevique. Además, partiendo del norte y del este, y hoy avanzando ya hacia el Sambesi (Nyassaland), el misionero islámico sigue sus huellas con mucha mayor fortuna. Donde ayer había una escuela cristiana habrá mañana una choza-mezquita. El espíritu guerrero y viril de esta religión es más comprensible para el negro que la doctrina de la piedad y la compasión, que sólo le despoja de todo respeto al blanco; y sobre todo, el sacerdote cristiano le es sospechoso, porque precede a un pueblo señorial blanco contra el cual se endereza con astuta decisión la propaganda islámica, más política que dogmática (3).

Esta revolución «de color» de la tierra toda avanza con muy

(1) Y de los árabes y los judíos bautizados a la fuerza, reconocibles en sus apellidos rigurosamente católicos: Santa Ana, Santa María, San Martín.

(2) En español en el original. *(N. del T.)*

(3) Hay también una Iglesia metodista etíope, hostil a los europeos, cuyas misiones son dirigidas desde los Estados Unidos, y que ya ha provocado alzamientos, por ejemplo, en Natal, en 1907, y en Nyassaland, en 1915.

diversas tendencias, nacionales, económicas y sociales; tan pronto se endereza contra los gobiernos blancos de los imperios coloniales (India) o los del propio país (El Cabo), como contra una clase superior blanca (Chile); contra el poder de la libra o del dólar, de una economía extranjera en general, o contra el propio mundo financiero porque hace negocios con los blancos (China), o contra la aristocracia o la monarquía propias; a ello se añaden factores religiosos: el odio al cristianismo o a toda especie de sacerdocio y de ortodoxia, a las costumbres y los usos, a la concepción del universo y a la moral. Pero en el fondo, desde la revolución de los taipings en China, el alzamiento cipayo en la India y el de los mejicanos contra el emperador Maximiliano, hay una sola y misma cosa: el odio a la raza blanca y la decidida voluntad de aniquilarla. Es indiferente que civilizaciones antiquísimas y cansadas, como la india y la china, sean capaces de mantener el orden sin un régimen extranjero; lo que importa es si están en situación de romper el yugo blanco, y este es el caso. La cuestión de cuál de los pueblos de color ha de ser luego el amo, Rusia o Japón, o acaso un gran aventurero de origen cualquiera, con un montón de ejércitos tras de sí, se resolverá luego o no se resolverá. La antigua civilización egipcia cambió muchas veces de dueño desde el año 1000 a. de J. C. —los libios, los asirios, los persas, los griegos y los romanos—; no era ya capaz de regirse a sí misma, pero sí de continuos alzamientos victoriosos. Y que de los muchos otros fines sólo uno sea o pueda ser realizado es al principio cosa secundaria. La gran cuestión histórica es la de si el derrocamiento de las potencias blancas llegará o no a ser conseguido. Y sobre ella se ha formado una grave unidad de decisión, que da mucho que pensar. ¿Y cuáles son las fuerzas de resistencia espiritual y material que el mundo blanco puede oponer a este peligro?

20

Muy pocas, según parece a primera vista. También sus pueblos se han fatigado en la cultura. En el fuego de la forma elevada y en la lucha por la perfección interior se ha consumido la substancia psíquica. En muchos casos sólo queda ya el rescoldo,

y en algunos sólo cenizas, pero hay excepciones. Cuanto menos arrastrado ha sido un pueblo por el torbellino de la historia pretérita, más caos susceptible de llegar a ser forma ha conservado. Y cuando la tempestad de grandes decisiones sopla sobre ello, como en 1914, las chispas ocultas se alzan de pronto en llamas. Precisamente en la raza germánica, la de más fuerte voluntad, laten aún grandes posibilidades.

Pero cuando aquí hablamos de raza no es en el sentido que hoy está de moda entre los antisemitas de Europa y América, esto es, en un sentido darwinista, materialista. La pureza de raza es un término grotesco ante el hecho de que desde hace milenios todas las estirpes y las especies se han mezclado, y que precisamente las estirpes guerreras, y por lo tanto sanas y ricas en porvenir, han acogido en sí gustosas al extranjero cuando éste era «de raza», cualquiera que fuese la raza a que *perteneciera*. El que habla demasiado de raza no tiene ya ninguna. Lo que importa no es la raza pura, sino la raza *fuerte* que un pueblo integra.

Esto se muestra ante todo en la fecundidad evidente y elemental, en la riqueza en hijos, que la vida histórica puede gastar sin agotarla jamás. Según la conocida frase de Federico el Grande, Dios está siempre al lado de los batallones más nutridos, y así se demuestra precisamente en este caso. Los millones de víctimas de la guerra mundial eran, racialmente, lo mejor de los pueblos blancos; pero la raza se *demuestra* en la rapidez con la que pueden ser substituídos. Un ruso me dijo: «La mujer rusa compensará en diez años los sacrificios ofrecidos a la revolución.» Este es el instinto acertado. Tales razas son irresistibles. La trivial doctrina de Malthus, que ensalza la esterilidad como un progreso, predicada hoy en todos los países blancos, demuestra sólo que tales intelectuales carecen de raza, aparte de la tontería que supone creer que las crisis económicas pueden ser suprimidas con la disminición de la población. Los «batallones fuertes», sin los cuales no hay gran política, otorgan también a la vida económica protección, fuerza y riqueza interior.

La mujer de raza no quiere ser «compañera» o «amada», sino *madre*, y no madre de un solo hijo como juguete y entretenimiento, sino de muchos. En el orgullo por la abundancia de hijos,

en el sentimiento de que la esterilidad es la maldición más dura que puede caer sobre una mujer y, a través de ella, sobre su estirpe, habla el instinto de las razas fuertes. De él proceden los celos primordiales con los que una mujer intenta quitar a otra su hombre, al que ella misma quiere poseer como padre de sus hijos. Los celos más espirituales de las grandes ciudades, que apenas son algo más que apetito erótico y estiman a la otra parte como medio de goce, la mera *reflexión* sobre el número de hijos deseado o temido delatan ya la extinción del instinto de *perduración* de la raza, instinto que no puede ser ya reavivado con discursos y escritos. El matrimonio primordial —o lo que las antiguas costumbres populares conocen en cuanto a usos profundamente arraigados de consagrar la procreación— no tiene nada de sentimental. El hombre quiere tener hijos esforzados que continúen y acrecienten en el futuro, más allá de su propia muerte, su nombre y sus hechos, lo mismo que él se siente heredero del renombre y la obra de sus mayores. Esta es la idea *nórdica* de la inmortalidad. Tales pueblos no conocieron ni quisieron jamás otra. En ella reposa su impetuoso anhelo de fama, el deseo de pervivir en una obra entre las generaciones futuras, ver perpetuado en mármoles su nombre o dejar, por lo menos, memoria venerada. Por eso la idea de la herencia es inseparable del matrimonio germánico. *Cuando la idea de la propiedad descaece, el sentido de la familia se disuelve en nada.* Quienquiera impugna la primera, ataca también a la segunda. La idea de la herencia, adherida a la existencia de todo cortijo, todo taller y toda antigua firma comercial, así como a las profesiones continuadas de padres a hijos (1), y que ha encontrado su más alta expresión simbólica en la monarquía hereditaria, garantiza la fortaleza del instinto de raza. El socialismo no solamente lo ataca, sino que su mera existencia es ya signo seguro de la decadencia de tal instinto.

Pero el descaecimiento de la familia blanca, manifestación ineludible de la existencia de las grandes ciudades, ataca hoy en derredor suyo y devora la «raza» de las naciones. El sentido

(1) Por eso hay estirpes de oficiales, jueces y sacerdotes. Sobre ello reposan la nobleza, el patriciado y los gremios.

del matrimonio, la *voluntad de perdurar*, va perdiéndose. No se vive ya más que para sí mismo, no para el porvenir de las estirpes. La nación como sociedad, primitivamente un tejido orgánico de *familias*, amenaza disolverse en una suma de *átomos particulares*, cada uno de los cuales pretende extraer de su vida y de las ajenas la mayor cantidad posible de goce —*panem et circenses*—. La emancipación femenina de la época de Ibsen no quiere liberarse del hombre, sino del hijo, de la *carga* de los hijos, y la emancipación masculina de la misma época rechaza, a su vez, los deberes para con la familia, la nación y el Estado. Toda la literatura liberalsocialista sobre este problema gira en torno de este suicidio de la raza blanca. Así sucedió también en todas las demás civilizaciones (1).

Las consecuencias están a la vista. Las razas de color del mundo eran hasta ahora el doble de las blancas. Pero alrededor de 1930 Rusia ha tenido un exceso de nacimientos de dos millones anuales y el Japón de cuatro; y la población de la India ha aumentado en 34 millones de 1921 a 1931. En África, los negros, prodigiosamente fecundos, aumentarán más poderosamente aún ahora que la medicina europea ha «irrumpido» en su área e impide la selección que las enfermedades realizaban. Frente a esto, el exceso de los nacimientos sobre las muertes sólo es en Alemania e Italia de menos del medio millón; en Inglaterra, el país en que se recomienda públicamente la limitación del número de hijos, dicho exceso no llega al cuarto de millón, y no existe ya en Francia ni en la población *yankee* de antigua prosapia de los Estados Unidos (2). Esta última, la «raza» hasta ahora dominante, de cuño germánico, está en vías de rápida desaparición desde hace algunos decenios. El incremento de población corresponde en su totalidad a los negros y a los europeos del Sur y del Este inmigrados desde 1900. En Francia hay departamentos que en cincuenta años han perdido un tercio de su población. En algunos el número de los nacimientos es un 50 por 100 menor

(1) *La decadencia de Occidente*, tomo III, págs. 150 y siguientes.
(2) Y lo mismo sucede entre el elemento blanco de Africa del Sur y de Australia.

que el de las muertes. Algunas pequeñas ciudades y muchas aldeas están casi desiertas. Procedentes del sur inmigran catalanes e italianos que se dedican a la agricultura, y por todas partes hay ya polacos y negros que penetran incluso en la clase media. Hay sacerdotes, oficiales y jueces negros. Estos inmigrantes, que sobrepasan una décima parte de la población total, son los que mantienen aproximadamente al mismo nivel el número de «franceses». Pero en un período de tiempo ya calculable el francés genuino dejará de ser el amo en Francia. El incremento aparente de la población blanca de la tierra toda, por muy pequeño que sea en relación con el de la población de color, reposa en un engaño pasajero: el número de hijos es cada vez menor, y sólo el número de adultos aumenta, no porque sean más, sino porque viven más tiempo.

Pero a una raza fuerte corresponde no sólo un número inagotable de nacimientos, sino también una dura *selección* por las resistencias de la vida: la desgracia, la enfermedad y la guerra. La medicina del siglo XIX, producto genuino del racionalismo, es también, desde este punto de vista, un fenómeno senil. Prolonga toda vida, merezca o no ser vivida. Prolonga incluso la muerte. Substituye el número de niños por el número de ancianos. Favorece la concepción universal del *panem et circenses*, midiendo la vida por la cantidad de sus días y no por su contenido. Impide la selección natural e incrementa con ello la decadencia de la raza. El número de enfermos mentales incurables ha pasado, en veinte años, del 4,6 al 8,6 por 1000 en Inglaterra y el país de Gales. En Alemania, el número de los inferiores mentales se eleva casi a medio millón, y rebasa ampliamente el millón en los Estados Unidos. Según un informe del ex presidente Hoover, entre la población infantil de Norteamérica hay 1.360.000 individuos que padecen defectos de los órganos de la palabra o la audición, 1.000.000 de cardiópatas, 875.000 son difícilmente educables o delincuentes, 450.000 inferiores mentales, 300.000 inválidos y 60.000 ciegos. Pero a ellos se añade la multitud de los anormales mentales y somáticos de toda clase, los histéricos, los psicópatas y los neurópatas, incapaces de engendrar ni parir hijos sanos. Su número es indeterminable; pero puede deducirse de la canti-

dad de médicos que de ellos viven y de la masa de libros que sobre ellos se publican. De esta descendencia se desarrollan el proletariado revolucionario con el odio de los incapaces y el bolchevismo de salón de los estetas y los literatos que saborean y proclaman el encanto de tales constituciones psíquicas.

Es un hecho conocido que los hombres importantes sólo muy rara vez son hijos primogénitos y casi nunca hijos únicos. El matrimonio pobre en hijos se endereza no sólo contra la cantidad, sino sobre todo, también, contra la calidad de la raza. Lo que un pueblo necesita, tanto como una raza sana en sí misma, es la existencia de una selección de hombres superiores que lo dirijan. Una selección tal como la promovían el servicio colonial inglés y el cuerpo de oficiales prusiano —y también la Iglesia católica—, atendiendo implacablemente y sin consideración al dinero ni al origen, a la conducta moral y a la afirmación en situaciones difíciles, se hace imposible cuando el material dado no sobrepasa en ningún lado la mediocridad. Ha de haber una selección previa por la vida; sólo después puede haberla por la clase. Una estirpe fuerte precisa padres fuertes. Algo del barbarismo de los tiempos primitivos tiene que haber aún en la sangre, bajo las formas rigurosas de una antigua cultura, que en los tiempos difíciles irrumpe para salvar y vencer.

Este barbarismo es lo que yo llamo raza fuerte (1), lo eterno y guerrero en el tipo del animal de presa hombre. Muchas veces parece no existir ya, pero late, dispuesto a saltar, en el alma. Una ruda provocación... y caerá sobre el enemigo. Sólo se ha extinguido allí donde el pacifismo de las ciudades tardías tiende su légamo sobre las generaciones, el deseo fatigado de tranquilidad a todo precio, salvo al de la propia vida. Es este el autodesarme anímico después del físico por esterilidad.

¿Por qué es el pueblo alemán el menos gastado del mundo blanco y, por lo tanto, aquel en que más se puede esperar? Porque su pasado político no le ha dado ocasión de *derrochar* su sangre preciosísima y sus grandes talentos. Tal es la única bendición de

(1) Repito: raza que se *tiene*, no raza a la que se *pertenece*. La una es *ethos*, la otra zoología.

nuestra miserable historia desde 1500. Nos ha *ahorrado*. Nos ha convertido en soñadores y teóricos en las cosas de la gran política, vueltos de espaldas al mundo y ciegos, mezquinos, quimeristas y provincianos, pero esto puede superarse. No ha sido un defecto orgánico ni una carencia nativa de capacidades, como la era imperial lo prueba. La sangre esforzada, base también de toda clase de superioridad espiritual, existía y fué conservada. La gran historia es exigente. Consume los mejores elementos raciales. Consumió el romanismo en un par de siglos. Cuando con el descubrimiento de América comenzó de nuevo en gran estilo la emigración de los pueblos nórdicos, detenida mil años antes en la Europa meridional, y se continuó allende los mares, las vigorosas estirpes españolas, en su mayor parte oriundas del Norte, pasaron a la otra banda, donde podían luchar, osar e imperar. Hacia 1800, la aristocracia española más valiosa estaba ya allende el océano, y la vida vigorosa se extinguió en la metrópoli. Del mismo modo, la clase superior de Francia, llamada a reinar, se ha gastado, desde Luis XIII, en la gran política —y no sólo en ella, pues también la alta cultura se paga cara—. Y aun más la anglosajona en el imperio mundial inglés. Lo que aquí había de estirpes superiores no envió a sus hombres a los escritorios y los pequeños empleos de la isla patria. Siguieron el impulso wikingo hacia una vida en peligro y sucumbieron por todo el mundo en innúmeras aventuras y guerras; fueron corroídos por el clima o permanecieron en lejanos países en los que, como en Norteamérica, formaron la base de una nueva clase señorial. El resto se hizo «conservador», lo cual, desde este punto de vista, quiere decir estéril, cansino, lleno de odio improductivo contra todo lo nuevo e imprevisto. También Alemania ha perdido gran parte de su mejor sangre en ejércitos extranjeros y en naciones extranjeras. Pero el provincialismo de sus estados políticos rebajaba la ambición de los hombres de talento al servicio en cortes pequeñas, en ejércitos pequeños y administraciones pequeñas (1). No pasaron de ser una clase media sana y fecunda. La nobleza siguió siendo en gran parte una alta clase agricultora. No había gran mundo ni vida

(1) Salvo en el Estado habsburgiano.

rica. La «raza» del pueblo dormía y esperaba la llamada de una gran época. A pesar de las desolaciones de los últimos decenios, Alemania entraña un tesoro de sangre esforzada, como ninguna otra nación lo posee. Puede ser despertado y tiene que ser espiritualizado para estar dispuesto a las grandes tareas del porvenir. Pero tales tareas son ya presente. Ha comenzado la lucha por el planeta. El pacifismo del siglo liberal ha de ser superado si queremos seguir viviendo.

¿Hasta qué punto están ya inmersos en él los pueblos? El clamor contra la guerra, ¿es una levadura espiritual o la seria abdicación ante la historia a costa de la dignidad, el honor y la libertad? Pero la vida *es* guerra. ¿Puede uno despojarla de su sentido y, sin embargo, conservarla? La necesidad de tranquilidad inerte, de aseguramiento contra todo lo que perturba la marcha perezosa de los días, contra el destino en todas sus formas, parece quererlo así: una especie de *mimicry* frente a la historia del mundo, el hacerse el muerto como insectos humanos ante el peligro, el *happy end* de una existencia sin contenido, a través de cuyo aburrimiento la música de *jazz* y los bailes negros entonan la marcha fúnebre de una gran cultura.

Pero esto no puede ni debe ser. La liebre engaña quizá a la zorra. Pero el hombre *no* puede engañar al hombre. El hombre de color atraviesa con su mirada al blanco cuando éste habla de «Humanidad» y de paz eterna. Ventea la incapacidad y la falta de voluntad de defenderse. Hace falta una gran educación, tal como la que yo he calificado de «prusiana» y a la que otros pueden llamar «socialista». ¡Qué importan las palabras! Una educación que con el ejemplo vivo despierte la fuerza; no escuela, saber ni ilustración, sino *crianza espiritual*, que haga aflorar lo que aun existe, lo fortifique y lo lleve a nueva floración. No podemos permitirnos estar cansados. El peligro llama a la puerta. Los hombres de color *no* son pacifistas. No se adhieren a una vida cuyo único valor es su longitud. *Tomarán la espada si nosotros la rendimos.* En tiempos temieron al blanco, pero ahora le desprecian. En sus ojos se lee la sentencia condenatoria cuando los hombres y las mujeres de la raza blanca se conducen ante ellos como suelen hacerlo, en su patria o incluso en los países de color. Antes les

sobrecogía de espanto nuestro poder —como a los germanos las primeras legiones romanas—. Hoy, que son ya un poder por sí mismos, su alma, que jamás comprenderemos, se yergue y mira de arriba abajo a los blancos como a algo perteneciente al ayer.

Pero aun no hemos mencionado el peligro mayor: ¿Qué sucederá si la lucha de clases y la de razas se *alían* un día para acabar con el mundo blanco? Ello está en la naturaleza de las cosas y ninguna de las dos revoluciones despreciará la ayuda de la otra sólo porque desprecie a sus substratos. El odio común extingue el mutuo desprecio. ¿Y qué pasará si a su cabeza se pone un aventurero *blanco*, como ya hemos conocido algunos; un hombre cuya alma salvaje no hubiera podido respirar en el invernáculo de la civilización, e intentara saciarse de peligros en empresas coloniales, entre piratas o en la legión extranjera, hasta columbrar el magno fin que aquí apuntamos? Con estos seres es con los que la historia prepara sus grandes sorpresas. La repugnancia que a los hombres profundos y fuertes inspiran nuestros estados y el odio de los hombres hondamente decepcionados podrían exacerbarse ya hasta un alzamiento sediento de destrucción. Tampoco esto fué ajeno a la época de César. De todos modos, si el proletariado blanco se desencadena en los Estados Unidos, los negros entrarán en acción y detrás de ellos esperarán su hora los indios y los japoneses. La Francia negra no vacilaría tampoco en un tal caso en sobrepasar las escenas parisinas de 1792 y 1871. Y los jefes blancos de la lucha de clases, ¿dudarían un solo instante si se vieran abierto el camino por trastornos de color? Nunca han reparado en los medios. Nada cambiaría tampoco que Moscú cesara en su mando. Ha hecho ya su obra, y ésta continúa por sí misma. Hemos puesto ante los ojos de las gentes de color nuestras guerras y nuestras luchas de clases, y nos hemos rebajado y traicionado unos a otros; les hemos invitado a participar en ellas. No sería ningún milagro que ellos lo hicieran al fin de *motu proprio*.

En este punto, la historia futura se alza muy por encima de las crisis económicas y de los ideales de política interior. Las potencias elementales entran ya por sí mismas en la lucha en que va todo. La forma previa al cesarismo se hará muy pronto más pre-

cisa, más consciente y desnuda. Caerán del todo las máscaras de la era de interregnos parlamentarios. Todas las tentativas de integrar en partidos el contenido del porvenir serán rápidamente olvidadas. Las estructuras fascistas de estos decenios se transmutarán en formas nuevas, imprevisibles, y también el nacionalismo desaparecerá en su forma actual. Como poder morfogenético quedará sólo el espíritu guerrero, «prusiano», y ello en todas partes, no sólo en Alemania. El destino, concretado antes en formas graves de significación y grandes tradiciones, hará historia en figura de poderes individuales amorfos. Las legiones de César despiertan de nuevo.

En este área, y acaso ya en el siglo actual, las últimas decisiones esperan su hombre. Ante ellas se hunden en la nada los pequeños fines y conceptos de la política actual. Aquel cuya espada logre la victoria será señor del mundo. Ahí están los dados del tremendo juego. *¿Quién se atreve a echarlos?*

FIN

